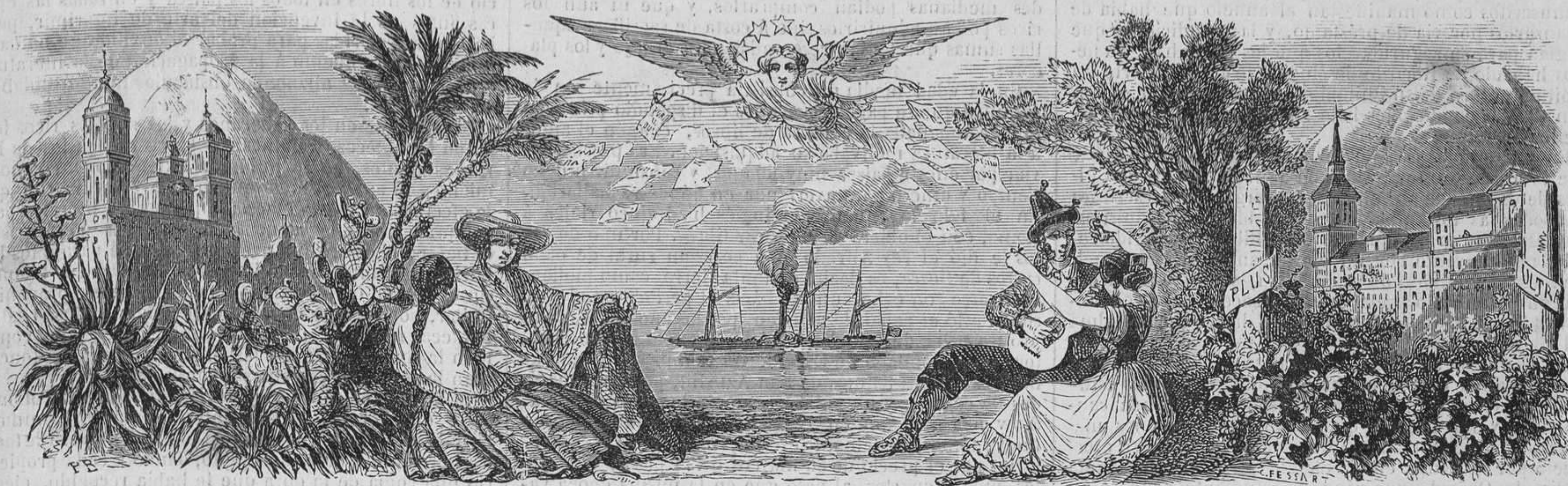


# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1869. — Tomo XXXIII.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

Administracion general, passage Saunier, número 4, en Paris.

AÑO 28. — N° 846.

## SUMARIO

El almirante francés Trehouart; grabado. — Historia de la imprenta. — Cuestion musical. — Las residencias de Lamartine; grabados. — Revista de Paris. — La historia de un pensamiento. — Nuevas adquisiciones del Jardin de Plantas; grabado. — Las reuniones públicas en Paris; grabado. — La Francia pintoresca; grabados. — Debe y haber, novela escrita en aleman por Gustavo Freitag. — Los plés y las manos, estudio de expresiones por Morin; grabados. — Manuela, novela original por Eugenio Diaz. — Estatua del Moisés de Miguel Angel; grabado.

## El almirante francés

### TREHOUART.

El noble y simpático marino breton cuyo retrato damos en esta página, pertenece á la escuadra desde hace cerca de sesenta años. Nacido en 1798, tenia doce años cuando por primera vez entró á bordo de un buque de guerra. Terrible fué la época de los últimos años del imperio aun para los simples grumetes. Los últimos combates que se dieron á los ingleses despues de Trafalgar, ofrecian un carácter particularmente encarnizado y sangriento. En aquella grande escuela hizo el joven Trehouart su aprendizaje de marino. En 1815 no quiso abandonar el servicio, y no tardó la restauracion en concederle su primera charretera. En 1829, despues del combate de Navarino, era alférez de navío, y pasados ocho años, le nombraron oficial superior. En 1843 era capitán de navío, y en calidad de tal recibió el mando de una escuadrilla de guerra que fué á la Plata á proteger los intereses franceses amenazados por el sanguinario dictador Rosas. Bajo sus órdenes tenia buques ingleses, y con estas fuerzas combinadas dió el combate de Obligado, al que debió su ingreso en el cuadro de oficiales generales (1846).

Posteriormente tomó parte en la expedicion de Roma mandando una division naval, y habiendo llegado á ser vicealmirante, tuvo á sus órdenes, de 1856 á 1858, la escuadra de evoluciones del Mediterráneo.

La alta dignidad á que acaba de ser llamado Francisco Tomás Trehouart, no es pues otra cosa que la justa recompensa de sus largos y buenos servicios. Toda la marina francesa habla con orgullo de su nuevo almirante.

J. B.

## Historia de la imprenta,

POR A. BERGNES.

(Continuacion.—Véase el N° 845.)

Otros recurrían á estas prácticas destructoras no solamente cuando querían añadir sus propias sandeces á las que ya circulaban, sino para lucrarse por este medio, pues el pueblo ignorante compraba con ansia cualquiera composicion insulsa que se le presentaba, siempre que tratase de las materias favoritas de aquella época.

Aunque muchos escritos de los autores clásicos yacieron sepultados por tan largo tiempo bajo los escombros literarios que habia apilado sobre ellos el mal gusto de una edad ignorante, pues afirma Montfaucon que todos los manuscritos que ha visto de aquella época están formados del modo referido, ninguna medida se tomó en los siglos que siguieron para recuperar las obras genuinas y apreciables, hasta que el ingenioso Angelo Mai emprendió la tarea y consiguió la recuperacion de algunos escritos, entre los cuales se encuentra un buen trozo de *Cicero de república*, que habia sido borrado y sustituido por unos comentarios metafísicos.

La conquista de Egipto por los sarracenos paralizó completamente la circulacion de papel de papiro, y por consiguiente se subió el precio del pergamino, aumentándose la costumbre de borrar los que se encontraban escritos. Estos acontecimientos fueron muy perjudiciales á la literatura; y la conquista de España por los referidos infieles, al mismo tiempo que los normandos invadian la Francia, y que los príncipes europeos se hallaban envueltos en guerras asoladoras é interminables, todos estos accidentes suministraron ocasiones y pretextos para saquear los monasterios y las ciudades, originándose así la destruccion y pérdida de otro gran número de apreciables manuscritos.

Ya hemos insinuado en términos generales la facilidad que hay en el dia de reunir libros, y lo difícil que era entonces aun el descubrir en donde podian proporcionarse, antes de la invencion de la imprenta. Cuando se averiguaba no se sabia si eran asequibles, ó si podian lograrse aunque fuera por via de préstamo, prescindiendo del precio excesivo en que estaba tasada su compra.

Referiremos en seguida varios ejemplos para probar la verdad de nuestro aserto, pues este será el método mas claro de indicar y patentizar las inmensas ventajas que han refluído á las ciencias y á la literatura del descubrimiento de la imprenta. Los materiales que antiguamente servian para escribir, lo engorroso y perecedero de algunas de estas materias, la escasez ó carestía de otras, el tiempo que necesariamente se consumia en manuscribirlas, los pocos parajes en que habia probabilidad de encontrar obras, la dificultad de que sus dueños las franqueasen á todos, lo expuestas que estaban á perderse ó destruirse, y últimamente, la costumbre de borrar los caracteres para sustituirles otros escritos; todas estas circunstancias habrán convencido á nuestros lectores de la escasez y valor de los pocos que quedaron despues de tan repetidos accidentes.

Debemos sin embargo advertir, que aun cuando los hechos que va-



El almirante Trehouart.



mos á exponer sean suficientes para probar el subido precio de libros manuscritos, no podemos formarnos una idea exacta de esta materia, porque nacia muchas veces de aumentarse su valor intrínseco por estar iluminados ó costosamente guarnecidos; además, que es imposible averiguar con exactitud el valor comparativo del dinero en aquellas edades con el de la presente época.

Citaremos, pues, algunos ejemplos de la escasez de manuscritos como manifiestan el anhelo que habia de alcanzarlos por via de préstamo, y las condiciones que exigian para su seguridad los que los prestaban. Ya hemos hablado de Ricardo de Muy. Este autor invierte un capítulo entero de su *Philobiblion*, en enumerar expresamente las condiciones bajo las cuales se debian prestar los libros.

En 1299 el obispo de Winchester no pudo conseguir que le prestase un convento de aquella ciudad, una Biblia de dos tomos en folio, sin otorgar una escritura con todas las formalidades, solemnidades y requisitos, para asegurar su devolucion. Esta Biblia habia sido regalada al convento por un obispo antecesor de aquel, y en agradecimiento de esta dádiva, y de cien marcos con que el difunto prelado habia socorrido al convento fundaron los monges una misa diaria por el alma del bienhechor.

En el mismo siglo se dieron varias biblias en latin á la universidad de Oxford, bajo condicion que los estudiantes que las leyesen, depositasen una prenda caucionaria, y aun despues que se multiplicaron los manuscritos con la invencion del papel de trapo, se estableció por estatuto, en 1446, en el colegio de Santa Maria de Oxford, que ningún estudiante ocupase un libro mas de una hora á la vez, ó dos horas cuando mas, para no impedir su uso á los otros estudiantes.

Para prestar dinero se exigia muchas veces un libro como prenda pretoria, y habia cajas públicas en las universidades y otros sitios para depositar los libros que quedaban en fianza. Muchas veces se nombraban con particularidad los libros, y describian exactamente en los testamentos, legándose por lo comun á un pariente ó amigo como vínculo vitalicio, que debia pasar á su fallecimiento á la biblioteca de alguna casa religiosa.

Cuando se compraba un libro, refiere M. Warton, era un negocio de tanta importancia, que se acostumbraba reunir muchos sugetos de representacion y carácter, y expresar en el contrato de venta, que se hallaban presentes cuando tuvo lugar. Añade el mismo autor que en 1471, Luis XI, rey de Francia, solicitó que la facultad médica de Paris le prestase las obras del físico árabe Rhasis, y fué preciso para conseguirlo, que depositase el monarca en prenda una riquísima vajilla, y que un caballero de la corte saliese fiador en mancomun y se otorgase una escritura, por la cual se obligaba el rey á devolver la obra á su debido tiempo, pagando un crecido alquiler por cada dia que la tuviese en su posesion. Largos y violentos altercados y hasta pleitos se originaban á veces sobre la legítima propiedad de un libro.

Los libros escaseaban tanto en España en el siglo X, que muchos monasterios tenian una sola copia de la Biblia, de las epístolas de San Gerónimo ó de otro libro religioso, y algunos solamente un misal.

Lupo, abad de Ferrieris, hablando de la escasez de manuscritos clásicos á mediados del siglo X, refiere muchos y curiosos ejemplos. Este religioso era muy adicto á la literatura, y se conoce por sus cartas que no excusaba medio alguno de averiguar en dónde existia algun curioso manuscrito para adquirirlo ó comprarlo.

En una carta dirigida al papa, le suplica que le proporcione una copia de Quintiliano, y otra de un tratado de Ciceron; añadiendo que solo poseia el monasterio algunos trozos de estos autores, y que no se encontraba en toda la Francia una copia completa. En dos de sus cartas suplica á otro abad que le preste varios manuscritos, asegurándole que los hará copiar y devolver lo mas pronto posible, por persona de toda confianza. En otra ocasion envió un mensajero especial para pedir prestado un manuscrito á cierto amigo suyo, prometiéndole que cuidaria mucho de él, y lo devolveria con toda seguridad, suplicando que si alguno preguntaba á quién se lo habia prestado, tuviese la bondad de responder, que á un pariente muy cercano suyo que lo necesitaba con urgencia.

Viéndose importunado repetidas veces por varias personas para que les prestase un manuscrito que apreciaba mucho, se vió precisado á ocultarlo en un sitio en que no pudiera desmejorarse ó perderse, y le dice á un intimo amigo en una de sus cartas, que tal vez tendrá proporcion de prestárselo cuando venga á verle, pero que no se atreve á entregárselo al mensajero que habia venido á buscarlo, pues aunque era un monge de la mayor confianza, tenia que hacer el viaje á pié.

Solo extractaremos otro ejemplo acerca de la escasez de los manuscritos, de otra carta que escribió el mismo autor á uno de sus amigos, suplicándole que pida en su propio nombre á cierto abad, una copia de Suetonio, pues que, dice, «en esta parte del mundo no se encuentra ninguna.»

Tenemos pocos datos acerca del precio de manuscritos en los tiempos clásicos. Platon, que no perdonaba dispendio ni trabajo para enriquecer su biblioteca, especialmente con obras filosóficas, compró por la cantidad de 100 *mina*, que equivalen á unos 1,865 pesos fuertes, tres pequeños tratados escritos por Filolao el Pitagorero; y despues de la muerte de Spesippo, compró Aristóteles sus libros, que aunque en corto número, le costaron tres talentos ó 3,375 duros.

Se dice que San Gerónimo consumió toda su hacienda en la compra de obras místicas, y aunque no sabemos cuáles fuesen en aquella época los precios específicos de los libros, sin embargo, de la relacion ya dada de su escasez, de la dificultad de averiguar ni aun en donde se hallarian, y de la extrema repugnancia de deshacerse de ellos, aunque por via de préstamo, que manifestaban sus poseedores, podemos fácilmente creer como hecho general, que ninguna persona de facultades medianas podian comprarlos, y que ni aun los ricos podian adquirirlos sino á costa de sacrificar aquellas sumas que tenian reservadas para el lujo y los placeres.

En la edad media no consistia precisamente en la cantidad que se pagaba por ellos el dispendio principal que acompañaba la compra de libros, cuando el amor á la literatura motivaba su adquisicion. Era preciso enviar por ellos á países muy lejanos, y consumir mucho tiempo y dinero para averiguar en dónde se hallarian. En el siglo IX, un obispo inglés hizo cinco viajes á Roma, con el objeto de comprar libros. Por uno de estos le dió el rey Alfredo una posesion rural de ocho cueros de tierra, es decir, de tanta tierra como pudiese cultivarse con ocho vuntas; hácia el período en el cual se inventó el papel de algodón, por los años 1174, compró un prior de Winchester á los monges de Dorchester, en el condado de Oxford, las Homilias del venerable Beda, y los Salmos de San Agustin, por doce medidas de cebada, y un palio ricamente bordado de plata. Stow nos dice que en 1274 se vendió una Biblia en nueve tomos, bellamente escrita, con su glosa ó comentario, por el precio de 50 marcos ó 171 pesos, tres reales, cuatro cuartos, al paso que en la misma época valia una fanega de trigo dos reales y un maravedí, el jornal de un cavador cinco cuartos y medio, y el de un segador ocho cuartos.

En una página en blanco de la historia Escolástica de Comestor, que se conserva en el Museo Británico, se halla un apunte que denota que aquel manuscrito fué tomado al rey de Francia en la célebre batalla de Poitiers.

Compró despues el conde de Salisbury por 100 marcos, y mandó en su testamento que lo vendiese su viuda por la cantidad de 333 duros y 16 cuartos. Esta suma constituia entonces la paga anual de Enrique Percy, castellano de la fortaleza de Berwick, en 1359. En aquella época el salario anual del cirujano del rey, equivalia á 27 duros y 13 rs., además de otra peseta que se le daba diariamente por via de gratificacion: los maestros carpinteros ganaban 16 cuartos de jornal, y sus oficiales ocho; y el precio del trigo era de tres reales y diez y siete maravedís la fanega.

A principios del mismo siglo se legaron algunos libros al colegio de Merton en Oxford, cuyos nombres y aprecio son los siguientes: Una historia Escolástica, 100 reales; una Concordancia, 50 rs.; los Cuatro Profetas principales con glosas, 20 rs.; una coleccion de Salmos con glosas, 40 rs.; una de las obras de san Agustin, 40 reales.

En el año de 1400 se vendió una copia del Romance de la Rosa, delante de la puerta del palacio de Paris, por 40 coronas ó 171 pesos, tres reales, ocho cuartos. La condesa de Anjou dió por una copia de las Homilias del obispo Hayman, 200 carneros, 20 fanegas de trigo, 20 de mijo y otras tantas de cebada.

Conquistada por los ingleses la ciudad de Paris, en 1425, envió á Inglaterra el duque de Bedford la real biblioteca, que consistia solamente de 853 volúmenes apreciados en 2,223 libras de aquel tiempo, que equivalen á algo mas de 11,115 pesos fuertes. Al mismo tiempo valia una vaca 32 rs. y un caballo 100; y la pension que pagaba el gobierno inglés al conde Valaquia, á quien los turcos habian desposeido de su trono, importaba anualmente la cantidad de 2,655 rs., cuatro cuartos. Se supone que los referidos libros formaron la base de la famosa biblioteca de Hunfredo, duque de Gloucester. Este magnate fué en su siglo uno de los mas celosos y liberales patronos de la literatura y de los literatos.

Convidó á establecerse en Inglaterra á muchos extranjeros, á quienes mantuvo en su servicio, empleándoles en copiar y traducir al latin las obras griegas, y tenia constantemente asalariados un gran número de sugetos que se empleaban en adquirir manuscritos de valor. Regaló á la universidad de Oxford, hácia los años 1440, 600 volúmenes, 120 de los cuales estaban apreciados en una cantidad que excedia de 100,000 rs.

El precio del trigo en aquella época pasaba rara vez de un real, 17 maravedís la fanega. A mediados de aquel mismo siglo un caballero de Bolonia deseoso de comprar una copia de Tito Livio, trascribió por el célebre Poggio, tuvo que vender una hacienda para conseguirlo, y con el dinero que ganó en la venta, compró el copista otra posesion en las inmediaciones de Florencia. Nos cuenta Usher con la autoridad del registro de Guillermo Alnwich, obispo de Norwich, que en 1429 el precio de un Nuevo Testamento en inglés, su autor Wiklife, era de cuatro marcos y cuarenta peniques, equivalentes á 255 rs. y seis cuartos, cuya suma, añade el arzobispo, bastaria ahora (año de 1630) para comprar 40 nuevos testamentos.

Multiplicáronse despues las copias en tal manera, por haberse aumentado mucho el número de discípulos de Wiklife, que bajó el precio de la mencionada obra á 40 rs., al paso que valia seis marcos una copia de un Breviario ó Porteo. En 1488 prestó un sugeto la cantidad de 127 rs. y seis cuartos y medio, exigiendo en prenda pretoria un manuscrito de Petrus Comestor,

cuya obra ya hemos mencionado. En aquella época valia un cahiz de trigo 31 rs., siete cuartos y medio. Una vaca en la carniceria, 40 rs. Un carnero cinco reales, siete cuartos y medio. Una ternera 11 rs. Un cerdo ocho reales, y una azumbre de cerveza cinco cuartos.

Cuando vendió Faust sus biblias en Paris, por los años de 1460, una copia en pergamino que valia antes 400 ó 500 coronas, habia ya bajado á 40. Otros ejemplares podrian citarse de la estremada escasez y enorme precio de los libros en todos los países y en todas las épocas antes de la invencion del arte de imprimir, pero basten las referidas para probar el auxilio que ha dado aquel descubrimiento á la propagacion de la literatura y de las ciencias allanando obstáculos tan formidables é imponentes.

Si no hubiesen los soberanos y los sugetos ricos formado bibliotecas, franqueando su entrada á los de letras y talentos, no se hubieran extendido los conocimientos ni aun del modo imperfecto y tardío con que lo efectuaron, pues demasiado pobres los literatos para comprar libros, y demasiado ocupados para gastar el tiempo necesario en averiguar en qué paraje los hallarian, les hubiera sido imposible cultivar sus talentos sin el auxilio de los sabios modelos que se proponian imitar, por carecer de medios de adquirirlos. Las bibliotecas mas célebres de la antigüedad y que contenian la mayor parte de las obras existentes entonces, eran las que expresaremos á continuacion:

1º La biblioteca de Alejandria, fundada por Tolomeo Soter, que floreció 300 años antes de Jesucristo. Aumentáronla sus sucesores, y uno de ellos se apoderó de todos los libros importados en Egipto, dando á cada propietario una copia de la obra que le habia recogido, ejecutada á expensas del monarca. Del mismo modo consiguió de los atenienses las obras originales de Esquilo, Sófocles y Euripides, devolviéndoles las copias correspondientes, y dándoles por via de indemnizacion la suma de 15 talentos, que equivalen á unos 300,000 rs. de nuestra moneda. Esta biblioteca padeció mucho durante la primera guerra de Alejandria y fué totalmente destruida por el califa Omar, en el año de gracia 642.

2º La biblioteca fundada en Atenas por Pisistrato, esta y otras que habia en aquella ciudad, continuaron en un estado floreciente hasta el tiempo de Justiniano.

3º Julio César proyectó el establecer en Roma una biblioteca pública, pero la muerte impidió la ejecucion de su proyecto, y en el reinado de Augusto fundó Asinio Polion la primera biblioteca pública. El mencionado emperador estableció tambien las denominadas Octaviana y Palatina. Esta última aun existia en tiempo de Gregorio el Grande, hácia fines del siglo VI.

4º La mas extensa y espléndida de cuantas bibliotecas hubo en Roma, fué la Ulpiana fundada por Trajano, y se cree que por consejo de Plinio el Joven, mandó el emperador que se trasladasen á aquella biblioteca todos los libros que se encontrasen en las ciudades conquistadas. Apenas habia una ciudad principal en el imperio romano que no tuviese en aquella época su biblioteca pública.

La invasion del imperio de Occidente por los bárbaros, destruyó ó dispersó la mayor parte de los libros que contenian; así es que en esta parte del mundo, despues de aquel periodo y durante los siglos de barbarie, solo en los monasterios se hallaban bibliotecas.

Lo contrario sucedió en el imperio oriental. Tanto Constantinopla como Alejandria conservaron las suyas, hasta que los turcos tomaron posesion de estas ciudades. La biblioteca de Constantinopla fué fundada por Constantino, y aumentada por sus sucesores, especialmente Julian y Teodosio el Joven.

El doctor Henry despues de mencionar la compra que hizo Alfredo de un libro, por una hacienda de ocho cueros de tierra, añade: «por este precio solo los reyes, obispos y abades podian hacerse dueños de algunos libros, y esta es la razon porque no se conocian entonces otras escuelas que las que se hallaban en los palacios de los reyes, en las casas de los obispos, y en los monasterios.»

Se cree generalmente que no hubo escuelas públicas en Roma, hasta 300 años despues de su fundacion; enseñando los padres á sus hijos lo poco que ellos mismos habian aprendido. Aun despues del establecimiento de las escuelas, continuó el método de la educacion privada. Los pedagogos eran por lo comun libertos ó esclavos, y uno de estos acompañaba siempre á la escuela los niños de las casas pudientes, llevando una cajita que contenia libros, papel, tablillas y otros instrumentos para escribir.

Otro niño ó un maestro inferior enseñaba á los principiantes los rudimentos de la lectura. Los niños griegos leian las obras de Homero, y los romanos las de Virgilio. Se trasladaban progresivamente de una escuela á otra á medida que iban adelantando, enseñándoles en una á leer y escribir, y en otra diferente los rudimentos de aritmética por medio de *calculi* ó fichas. Los pórticos de los templos eran los parajes destinados comunmente para la instruccion pública.

En un antiguo relieve publicado por Winkelmann se ven representados dos niños de clase distinguida en el acto de recibir instruccion; el uno, que parece de doce años, tiene en la mano una tablilla doble y de figura oblonga sujeta con un gozne; el maestro medio desnudo como los antiguos filósofos, tiene un rollo ó volumen, y está en actitud de explicar al niño la leccion. Algunos de estos libros de escuela debieran ser de crecido tamaño, porque hallamos en Plauto un niño de diez y siete años de edad, rompiéndole con uno de ellos la cabeza al maestro.



Desde la época en que se fundaron los monasterios hasta fines del siglo X, no había en Europa otras escuelas que las que pertenecían á monasterios ó iglesias episcopales. Regentábanlas á principios del siglo XI, varias personas distinguidas, ya eclesiásticos, ya seglares, en todas las ciudades de Italia y Francia.

Pero aunque se señala su establecimiento é introducción en aquel período, consta que Carlomagno fundó varias en sus dominios, y mucho tiempo antes del reinado de este monarca, había sido san Agustín ayo de escuela. La obligación de estos ayos se reducía á vigilar el decoro exterior, la moralidad, etc., de sus discípulos y á ocupar con ellos una especie de ante-escuela que estaba separada del aula principal por una cortina. En este sitio repasaban sus lecciones con el ayo antes que el maestro descorriese la cortina para darles entrada en la escuela principal.

En el siglo medio había escuelas distintas para clérigos, seglares y niñas: en una misma escuela aprendían de una vez los rudimentos de lectura un crecido número de muchachos. También había maestros de escuela ambulantes; sin embargo, la educación mas completa se hallaba reducida, aun en las clases mas elevadas, á aprender á leer y escribir, y las reglas mas sencillas de la aritmética. Establecieronse en el siglo XV varias escuelas parroquiales de gramática en Inglaterra.

M. Fosbroke da la siguiente relación del origen de su establecimiento: «para impedir la propagación del Wikclifismo se había hecho criminal el emplear tutores para la instrucción de la juventud, y en consecuencia de acudir en 1447 un crecido número de ciertas escuelas, al paso que otras de mayor mérito se hallaban completamente desiertas, el clero de Lóndres solicitó del parlamento licencia para establecer escuelas en sus iglesias respectivas, á fin de poner freno á aquellos seminarios que estaban regentados por hombres completamente ineptos.» Así empezaron á fundarse las escuelas de gramática como propiamente se denominan.

Es la suerte comun de todo descubrimiento prematuro, y de toda invención que se hace bajo circunstancias inoportunas, ya de perecer en el instante mismo de su nacimiento, ya de sobrevivir por algun tiempo luchando con una existencia efímera y precaria.

Si el arte de imprimir se hubiera inventado durante las tinieblas mas profundas de los siglos bárbaros, se habría apreciado muy poco su valor é importancia, y hubiera llegado al fin á escarnecerse y olvidarse. Los libros eran á la verdad muy caros y escasos; pero había muy pocos que quisiesen poseerlos, pues muy pocos tenían la habilidad ó curiosidad de leerlos, y mucho menos las facultades suficientes para comprarlos.

Empezó á revivir la literatura despues del siglo X; inventóse el papel de trapos, y empezó á observarse en algunos pueblos cierta disposición á las especulaciones mercantiles. Estas causas aumentaron los capitales de algunos, y produjeron necesariamente en los hombres cierto deseo de instruirse.

Sucedieron las turbulencias que agitaron al humano espíritu, precursoras y compañeras del cisma de Lutero, cuyos progresos solo pudieron contrarrestarse á fuerza de lectura é investigación. Los sectarios mismos contribuyeron con sus disputas metafísicas y capciosas, á hacer mas patentes á pesar suyo, las verdades de aquella doctrina cuyos dogmas impugnaban, diseminándose al mismo tiempo la afición á toda clase de literatura, la cual abrió paso á la invención de la imprenta.

Ya hemos citado los nombres de varios curiosos, que aun en la época mas bárbara, consumieron mucho tiempo y emplearon grandes caudales en el descubrimiento y adquisición de manuscritos. Mucho antes de la conquista de Constantinopla, iba ya reviviendo gradualmente el amor á la literatura clásica; aumentóse esta con el referido acontecimiento, á causa de verse obligados muchos griegos eruditos á buscar en Italia un asilo contra sus bárbaros perseguidores.

Pero no pudo generalizarse la propagación de los humanos conocimientos, mientras no se recuperaron los manuscritos que se hallaban ocultos ó diseminados, y como los esfuerzos de aquellos que pueden justamente denominarse restauradores de la clásica literatura, fueron indubitablemente el inmediato móvil de producir el nuevo orden de cosas que preparó los ánimos para el útil descubrimiento de la imprenta, y lo condujo á madurez despues de inventado, daremos una sucinta relación de los ingenios mas célebres á quienes se deben tan incalculables ventajas, antes que procedamos á hacer mención del invento mismo.

(Se continuará.)

## Question musical. (1)

EL HIMNO DE RIEGO.

*Dar á Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César.*

Sabido es, entre los compositores de música, la importancia que merece, artísticamente hablando, un himno sea ó no guerrero, por mas que este haya producido un fanatismo sin igual en las masas todas de la

(1) Habiendo publicado últimamente en nuestro periódico una noticia histórica del señor Barbieri, sobre quien fué el autor del *Himno de Riego*, damos hoy la contestación á aquella noticia, escrita por el maestro don Baltasar Saldoni.

sociedad, puesto que su principal mérito consiste en una muy fácil melodía, agradable, y que al momento de oírse puedan tararearla cuantos la escuchan; y si á esta melodía va unido un ritmo musical bien decidido y marcado, es seguro su brillante éxito y popularidad: así que no creemos que ningun compositor de reputación, dé gran importancia á cualquier himno que tenga escrito, seguro que, por mas que haya agradado, guardará su obra como un juguete entre sus composiciones de menos importancia; esto mismo se ve confirmado en los dos himnos de Riego, segun á continuación manifestaremos, pues que sus melodías están compuestas por dos aficionados, y ambos militares.

Nosotros no nos hubiéramos ocupado de ninguno de los himnos conocidos por de Riego, en averiguación de quienes fueron sus autores músicos, por las razones que acabamos de apuntar; pero en vista de lo mucho que se ha escrito de dos meses á esta parte, tanto dentro como fuera de España, para investigar y dar á conocer el compositor ó compositores del expresado himno, hemos resuelto despejar la incógnita, y señalar cuál sea el verdadero, ya que nadie hasta ahora lo ha dicho, excepto el periódico que citaremos, no obstante los varios nombres que se han indicado, como Sanchez, Marfá, Huerta y Gomiz (1); no faltando tampoco quien aseguró en un artículo que se publicó hace algun tiempo en un periódico de Madrid, que era del músico francés Bisop, autor de una tanda de rigodones que se tocaban por una banda de música que se hallaba en Cádiz en 1820; y que de uno de dichos rigodones lo convirtieron, con la letra que le aplicaron, en himno de Riego. Pero vamos á demostrar el ningun fundamento que tienen tales noticias y suposiciones, y en vista de los datos que poseemos, para manifestar y dar á conocer el legítimo autor de la música de los himnos de Riego, porque además del periódico que nombraremos, lo son dos personas muy respetables y veraces, que nos han dicho el nombre propio del autor músico de uno de ellos que llegó á conocer y á tratar.

Sin embargo, antes debemos advertir, que el *Himno primitivo, original, legítimo y verdadero de Riego*, no es el que hoy se toca por todas las orquestas y bandas, compás de 6/8, y si el que está en el de 2/4, y cuya letra dice: *Soldados, la patria nos llama á la lid, etc., etc.*: ese es, pues, el que efectivamente se cantó á los pocos dias del pronunciamiento verificado por Riego y otros en las Cabezas de San Juan, el dia 1º de enero de 1820, y que al compás del mismo, recorrió las Andalucías el citado Riego y su ejército. Pues bien, el autor único de este himno guerrero y marcial, cuya melodía tenemos, compás 2/4, segun queda dicho, lo fué un *edecan*, como se les llamaba entonces, y hoy dia *ayudante* del mismo Riego; y este dato nos lo ha dado una respetabilísima señora que hoy dia goza de feliz memoria y de cabal salud, y que nombraremos y señalaremos á cuantos quieran oírsele á ella misma, cuyo señor padre era uno de los personajes de mas importancia y de categoría que había en la capital de España: lo acaecido con esta señora, fué lo siguiente: «Cuando vino Riego á Madrid, dice la expresada dama, á los pocos dias entró papá en mi gabinete diciéndome: Dolores, tengo el gusto de presentarte al autor músico del himno de Riego, y vi delante de mí un joven de gallarda presencia, vestido de ayudante, á quien felicité y le hice los cumplimientos consiguientes: lo que no recuerdo con certeza, es de su nombre, pero me parece que era Fernando: lo que si puedo asegurar, es que se llamaba *Miranda*, y que había nacido en Asturias.»

Con un dato como este, y otro que añadiremos mas adelante, creemos que no se puede ya dudar, de quien fué la melodía del primitivo y verdadero himno de Riego, y lo que se desprende de lo referido, es que el músico mayor del regimiento de Asturias de aquel entonces, cuyo nombre creemos no ser difícil de averiguar, lo cual tal vez intentaremos, lo armonizó quizá, pero de seguro que lo escribió ó arregló para su banda, y por esto tal vez se dijo, que fué compuesto por él.

Ahora tambien vamos á dar á conocer á quien pertenece la melodía del himno segundo como titulamos nosotros, ó sea el mas popular y nacional de Riego, cuyo compás es de 6/8. Que el autor de la melodía de este, que es lo principal en una composición de este género, y aun para nosotros tambien en todos los musicales, lo es nuestro inolvidable y querido amigo, el coronel de infantería señor don José María de Reart y de Copons, no nos cabe la menor duda, puesto que él nos lo dijo á nosotros varias veces, habiéndola escrito para contradanza, y cuya amistad era tan íntima, como que duró mas de treinta y cuatro años, honrándonos algunas veces comiendo en nuestra pobre mesa; por consiguiente, tampoco cabe la menor duda, que fué del caballero Reart, filarmónico tan entusiasta como inteligente y filántropo, la melodía del himno que nos ocupa. Veamos, sin embargo, lo que nos ha referido el ilustre y sabio escritor, nuestro buen amigo el señor don Ramon Mesonero Romanos, cuya memoria es la mas prodigiosa que hemos conocido, y á quien tambien pueden oírsele referir cuantos gusten, para que no les quepa la menor duda de quien fué el verdadero autor de la música del himno segundo, como nosotros le llamamos, habiendo sido asimismo dicho señor Mesonero, testigo ocular de lo que vamos á referir:

(1) Es Gomiz y no Gomis, cuya equivocación por error de imprenta, nos hicieron cometer tambien á nosotros en el tomo primero de nuestro *Diccionario biográfico*, pág. 116, pues así consta en la partida de bautizo que obra en nuestro poder.

«Segun nuestras noticias y reminiscencias, nos dice el expresado señor, el himno que se toca con el nombre de Riego, no fué compuesto con este fin, sino que era una contradanza escrita por don José María de Reart y de Copons, y le aplicaron los versos de don Evaristo San Miguel, mientras que el músico mayor del regimiento de Asturias, que mandaba Riego, compuso en enero de 1820, el verdadero himno que tiene mucha mas marcialidad é inspiración, y es el siguiente; compás de 2/4: *Soldados, la patria nos llama á la lid, etc., etc.* Este es el que cantaban los soldados de la columna de Riego que salió á recorrer las Andalucías, y este es el que el mismo Riego y sus ayudantes entonaron desde el palco del ayuntamiento del teatro del Príncipe la noche del 31 de agosto de 1820, dia de su llegada á Madrid.»

Ahora veamos lo que se lee en el periódico *el Arte Musical*, correspondiente al martes 15 de enero de 1864, página 2, columna primera; dice así:

«La música del himno de Riego, que se cree composición de don Francisco Sanchez, músico mayor del regimiento de Valencia, está tomada de una contradanza que en Barcelona escribió años antes el señor don José María de Reart y de Copons, y que si bien circuló manuscrita con el título de *contradanza francesa*, sin el nombre del autor, no llegó á publicarse porque se opuso Reart, á este deseo de sus mas íntimos amigos, que estaban en el secreto. Digo secreto, porque para Reart lo era toda buena acción suya, y si yo poseo de boca del mismo Reart ese y otros hechos de su vida, lo debo á la confianza que tuvo la bondad de dispensarme, y de que jamás abusé.»

Este párrafo que hemos copiado del *Arte Musical*, lo escribió el conocido, profesor de canto don Antonio Cordero, nuestro apreciable amigo, y él podrá, además, dar á conocer otros pormenores sobre lo casual de descubrirle Reart, que fué él, el autor de la música del himno expresado, compás de 6/8.

Véase ahora si es posible ya dudar sobre quienes sean los verdaderos autores de la música de los himnos de Riego. Con esto quedan contestados tambien los varios artículos que hasta hoy dia se han publicado, relativos á este particular.

En cuanto al que ha visto la luz en el periódico *la Reforma* del 2 de diciembre, escrito por nuestro querido discípulo de canto y amigo, el aplaudido y acreditado maestro compositor, don Francisco Asenjo Barbieri, presentando algun dato, al parecer auténtico, en el que se supone ser de Gomiz la música del himno de Riego, compás de 6/8, es igualmente un error, y de ello vamos á convencer al mismo señor Barbieri. Ya sabe este señor que Gomiz antes del año de 1820, ó muy á principios del mismo, estaba en Barcelona, y allí conoció de seguro á Reart: pues bien, habiendo tratado el señor Barbieri, como dice en su artículo, con tanta intimidad al expresado señor, ya comprendería en su claro talento, cuán modesto era y cuánto se oponía siempre á que su nombre figurara para nada absolutamente, lo cual vería confirmado Barbieri en el tomo 2º de nuestro *Diccionario biográfico*, de un modo asombroso. Atendidas estas circunstancias, tan laudables en el caballero Reart, y que por desgracia apenas se halla hoy dia quien las posea, ¿será extraño y se podrá poner en duda que el mismo Reart diera permiso á Gomiz para publicar la contradanza que despues se convirtió en himno de Riego como composición suya, y de ahí el que Barbieri tenga el *librejo* en 12º que cita, y en el que consta *himno de Riego, música de Gomiz Colomer*? Ciertamente que no, y que no obstante este dato que nos da á conocer Barbieri, sabemos de un modo indudable nosotros y los varios sujetos que hemos citado, que la música ó sea el canto melódico es del señor Reart: lo que si no nos cabe la menor duda, es que Gomiz lo arregló para su banda, y hé aqui tambien, el motivo por el cual Gomiz no tuvo reparo en publicarlo como suyo; quien efectivamente compuso otro nacional como músico mayor que era de la milicia nacional de Madrid, que se cantó y tocó por primera vez el dia 1º de enero de 1823 en el paseo de Atocha en la jura de banderas de la expresada milicia, y cuya letra del señor Tarrius, principiaba:

«Al viento tremole  
El patrio pendon  
Que fija el destino  
De la gran nacion.»

Y por esta composición de Gomiz y el haber sido músico mayor de la milicia nacional, además de liberal *extremadamente exaltado*, fué por lo que emigró á Francia.

Algunos periódicos extranjeros, tambien han supuesto y casi asegurado que el himno de Riego, fué compuesto por un extranjero, es decir, que no era español. Esta suposición, refiriéndose al caballero Reart, es cierta, pues si bien desde niño vino á España, y en esta nación se educó, y pasó toda su vida, y en ella falleció (1) y fué oficial de Guardias walonas, y coronel de infantería del ejército español, y como tal peleó durante la guerra de 1808 y siguientes contra sus paisanos, y estuvo además herido y hecho prisionero, había al fin nacido... en Perpiñan.

En vista pues, de cuanto llevamos expuesto, y en atención á las personas y documentos presentados, conste ya *para siempre*, que hay dos himnos de Riego: el primero en compás de 2/4, que fué el que se cantó á

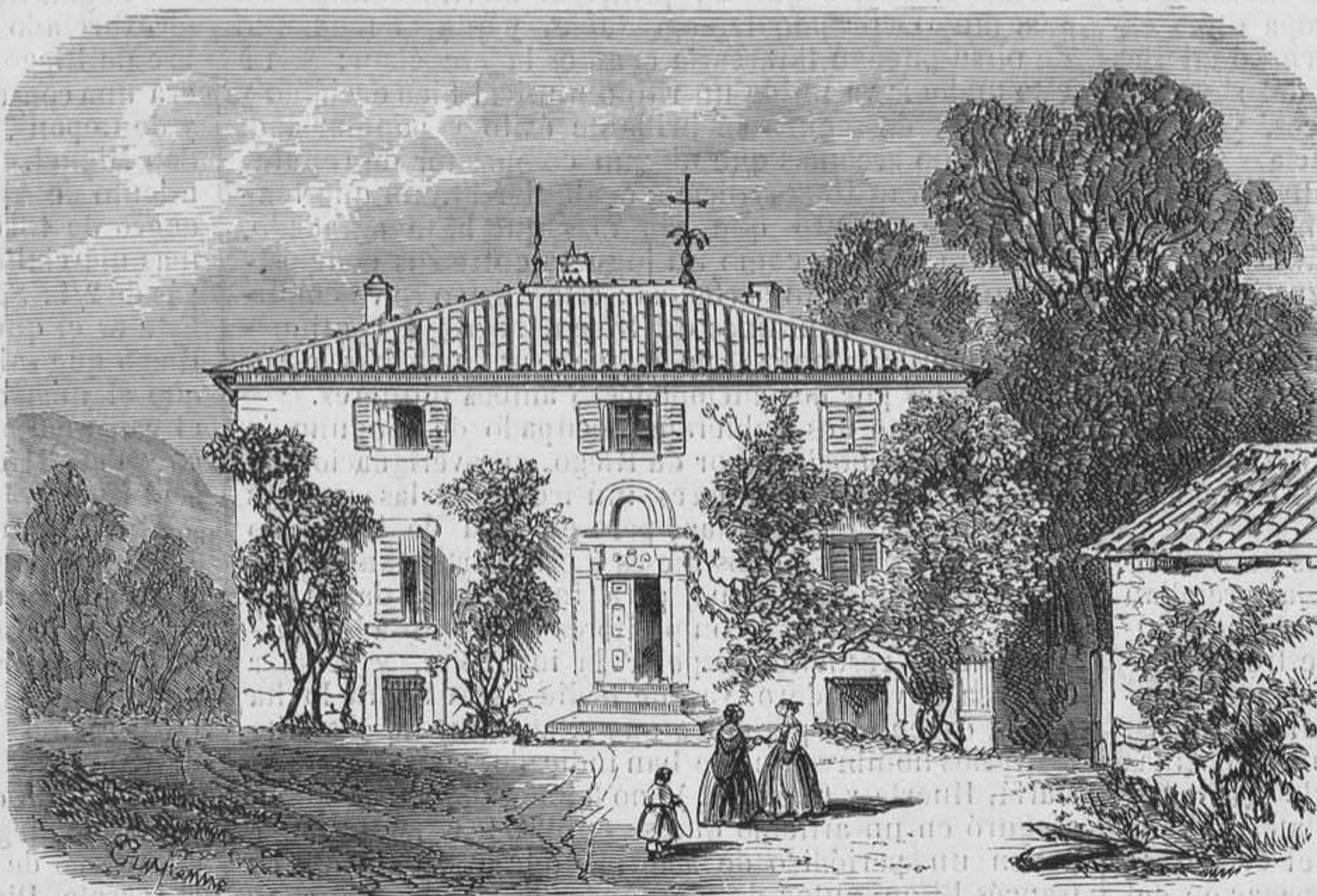
(1) En Madrid, calle del Baño, num. 6, el dia 6 de abril de 1857, á los setenta y tres años de edad.



los pocos días del pronunciamiento de Riego, efectuado el día 1º de enero de 1820, es la música de un ayudante del mismo Riego, cuyo apellido era Miranda, y que sin duda arregló para la banda del regimiento de Asturias, que mandaba el citado Riego, el músico mayor del mismo, y hé aquí el por qué pasara por composición suya; y el segundo, ó sea el de 6/8, que es el que constantemente se ha tocado siempre, conocido también por himno de Riego, pertenece su música ó melodía al señor don José María de Reart y de Copons, oficial de la antigua guardia walona, coronel de infantería, etc., etc., y que probablemente arregló para banda, el distinguido maestro compositor y músico mayor don José Melchor Diego, hijo de José Gomiz y de Antonia Colomer, que había nacido en Onteniente, reino de Valencia, el día 6 de enero de 1791, á las seis de la tarde, y por cuyo motivo se publicaría como de su composición: por todo lo cual, creemos haber dado á Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César.

Ahora comprenderán nuestros lectores, las inmensas dificultades que tenemos que vencer, para escudriñar, indagar y presentar con la verdad y exactitud que siempre hemos acostumbrado, cuantas noticias y datos insertamos en nuestro *Diccionario biográfico-bibliográfico de efemérides de músicos españoles*, pues si para averiguar un hecho tan sencillo como es, el de dar á conocer quiénes fueron los verdaderos autores de la música de los himnos de Riego, se ha escrito tanto y se han citado tantos nombres diferentes, siendo una obra escrita en nuestros días, y habiendo aun tantas personas que lo saben con la mayor seguridad y certeza, ¿cuánto más difícil no nos ha de ser á nosotros el investigar y comprobar los hechos y noticias, que son numerosísimas, no ya de dos ó tres siglos atrás, sino de cuarenta ó cincuenta años á esta parte? Por lo que acabamos de exponer, se vendrá en conocimiento de nuestro impropio trabajo y de nuestra gran constancia y fuerza de voluntad, para vencer tantas contrariedades como se nos presentan á cada instante, y por esto también no podemos terminar ni adelantar todo lo que quisiéramos la citada obra, puesto que ahora mismo nos sucede, que estando ya casi escrito el segundo tomo del expresado *Diccionario biográfico*, no podemos terminarlo ni mucho menos darlo á luz, porque hace más de tres meses que esperamos, sin aun haberlos recibido, algunos apuntes que tenemos pedidos y que deben insertarse en el referido tomo, no solo en España, sino también de San Petersburgo, Berlin y Paris.

BALTASAR SALDONI.



MILLY. — Casa donde nació Lamartine.



Palacio de Montceau.



Palacio de Saint-Point: vista tomada del jardín.

## Las residencias

DE LAMARTINE.

A la hora en que el gran poeta baja al sepulcro que él mismo se ha preparado en Saint-Point para sí y su familia, nuestros lectores nos agradecerán que publiquemos aquí las vistas que Lamartine ha dorado, digámoslo así, con los rayos de su gloria.

Milly, Montceau, Saint-Point, esos tres nombres ilustrados por M. de Lamartine, tienen hoy la fama de todo lo que perteneció al eminente poeta, y si el viajero busca aun en Italia las huellas de Virgilio, mas de un curioso irá á visitar enternecido la tierra natal del cantor de las *Meditaciones*.

Milly, que Lamartine celebró en versos tan armoniosos, es un pueblo de 400 habitantes. La casa en que nació el poeta está escondida en el fondo de un patio entre siete ú ocho habitaciones de labradores.

«Edificada en la hondonada de un ancho valle, dice el poeta en sus *Confidencias*, dominada por todas partes por el campanario, por construcciones ó por árboles, apoyada en una alta montaña, solo subiendo á esta montaña y volviéndose, se ve al pié esa casa baja, pero sólida, que se levanta como un poste de piedra negruzca al extremo de un angosto jardín. Su forma es cuadrada, no tiene mas de un piso y tres anchas ventanas en cada cara. La lluvia y el musgo han dado á las piedras de las paredes, el aspecto sombrío y secular de los claustros de las antiguas abadías.»

Esa fué la cuna de sus primeras ilusiones, como que cantó en una de sus mas tiernas composiciones y que tuvo el dolor de vender en 1861, en las crisis de su ancianidad.

A la derecha de Milly hay un caminito que en algunos minutos conduce al palacio de Montceau.

Este palacio, rodeado de hermosas viñas, y situado á la falda de una colina pedregosa, desde donde alcanza la vista un dilatado horizonte, debe únicamente su celebridad á la estancia que hacia en él todos los años M. de Lamartine con su familia. Allí se encuentran numerosas reliquias de familia, objetos de arte muy curiosos, y los recuerdos que el poeta ha dejado en esta residencia lo hacen sumamente interesante. No hay mas que recorrer esos viñedos y entrar en conversacion con el primer campesino que se encuentre, para oír palabras que recordarán la inagotable generosidad del hombre que tuvo tan gran corazón como gran genio, y que gastó su fortuna en hacer beneficios á todo el mundo.

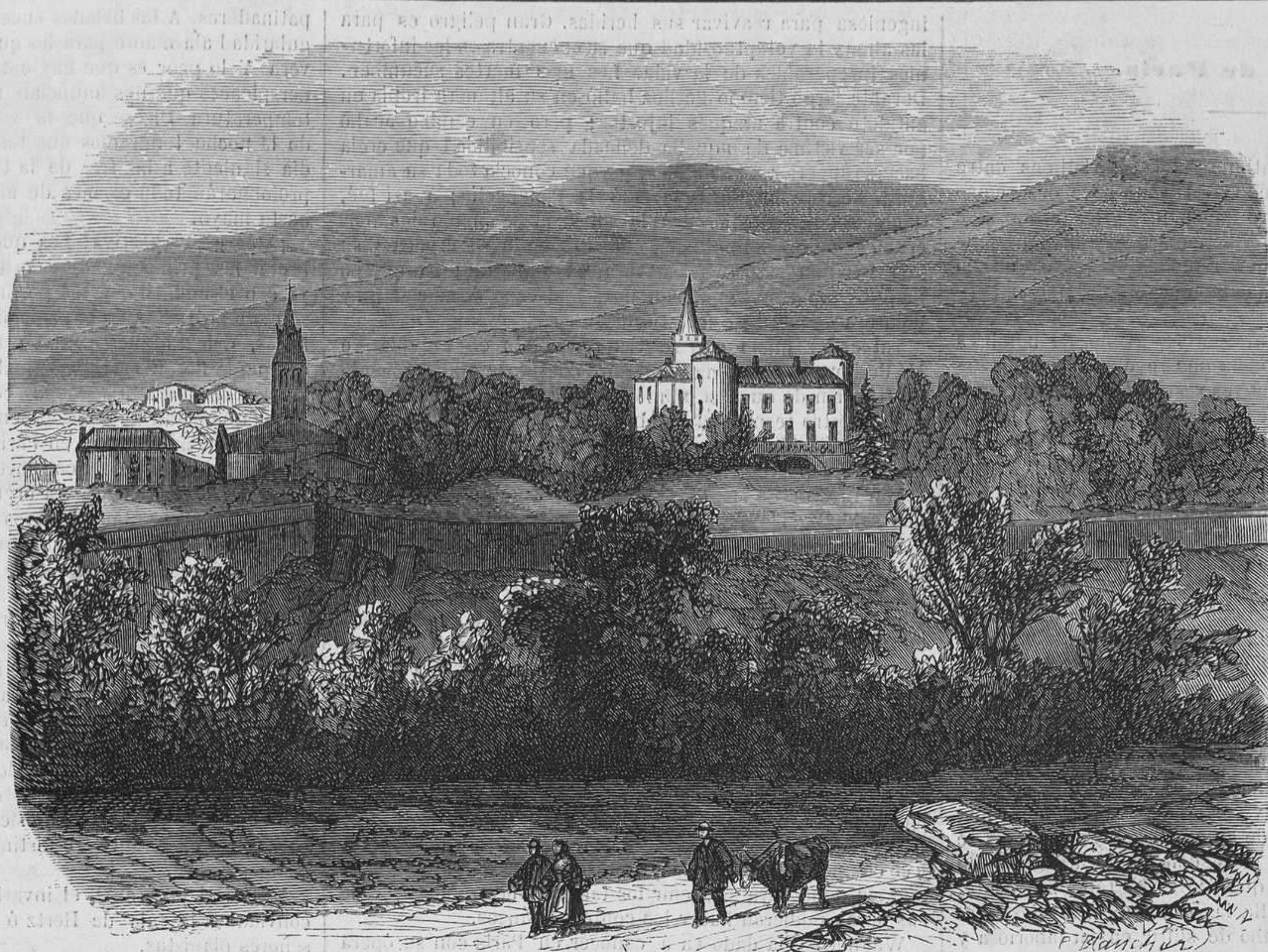


No lejos de allí, á kilómetro y medio de los caminos de Cluny y de Charolles, aparece el palacio de Saint-Point, la residencia favorita de Lamartine.

Hé aquí la admirable descripción que de este palacio ha hecho el poeta:

« En medio del valle hay un cerro desprendido de dos cordilleras laterales, sobre el cual están edificados el palacio y la iglesia. El campanario con su aguda flecha de granito, ennegrecido por los siglos, tiene grabada en sus ogivas la fecha de 1300. Las gruesas torres decapitadas del palacio, almenadas solamente con nidos de golondrinas, se destacan en los dos extremos de los muros bajos y desiguales en pisos, con escasas aberturas.

» Una galería exterior de piedra de Sillería, y con balaustrada de tréboles, reúne las gruesas torres entre sí y sirve de comunica-



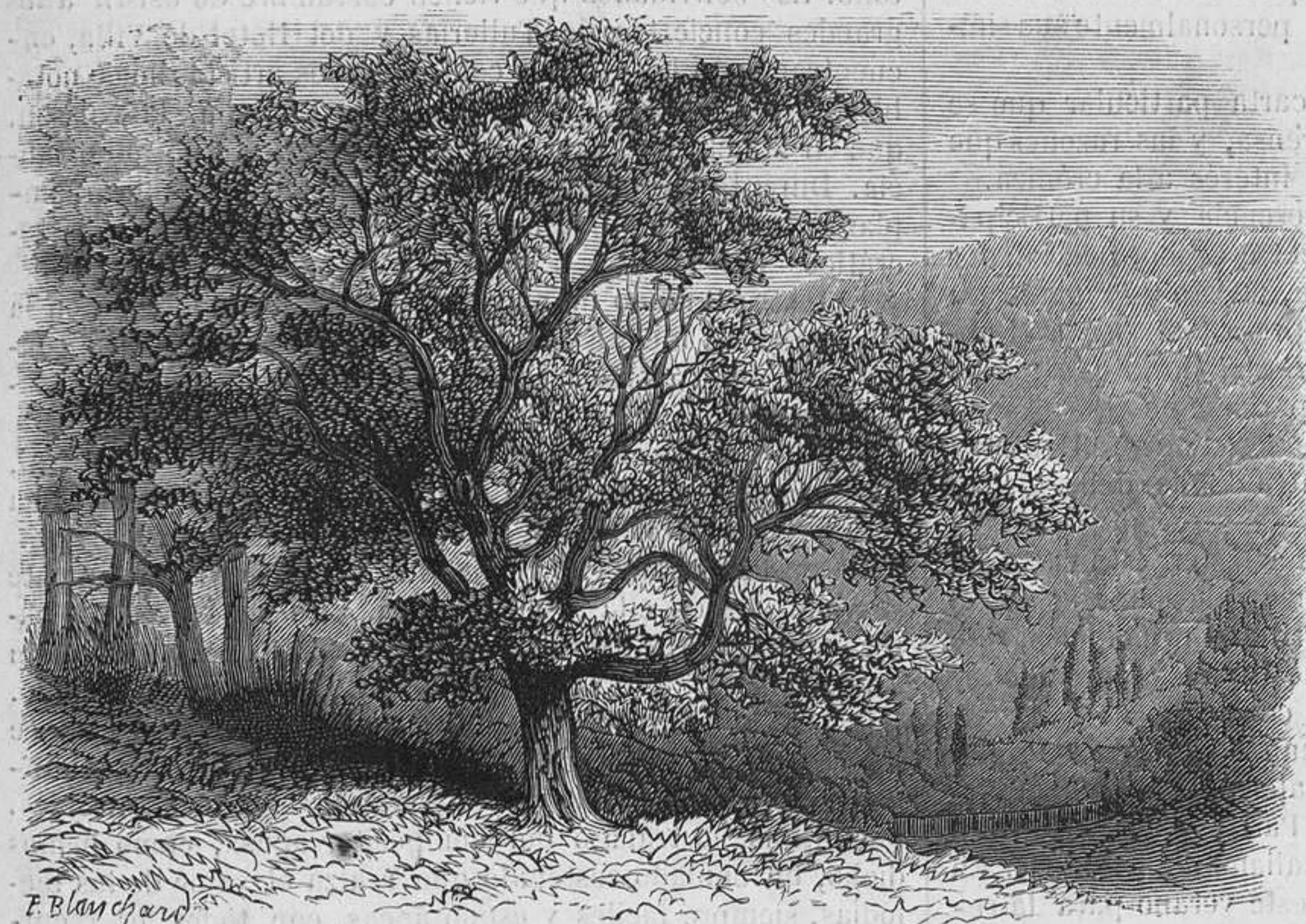
Saint-Point: Vista tomada del camino de Macon.

ción á las habitaciones.

» La hiedra, el sauco, las higueras y las lilas, crecen en confusión al pié de esta galería, ocultando los arcos á la vista, y sobrepasan los pretilos como una espuma de vegetales.

» Excepto un antiguo pórtico de columnillas pareadas que sobresale del umbral de la galería exterior, sostenida por arcos macizos, y una elevada torrecilla que se encuentra en un ángulo del antiguo palacio, nada recuerda allí una construcción de lujo: es el aspecto de una vasta granja levantada para usos rústicos en medio de una mansión feudal abandonada...

» El único hechizo de esta residencia es el lugar que ocupa; por cualquiera parte que se dirijan las miradas, hácia los cuatro horizontes de ese cerro, se pierden desde el fondo del valle



El árbol de Jocelyn.



La choza de Saint-Point.

hasta el cielo, en los flancos de montañas de cuestas escarpadas, entrecortadas de selvas, de plazoletas, doradas retamas, barrancos, castaños, aguas espumosas, esclusas, molinos, doradas viñas, verdes prados, maíz cobrizo, trigo negro, altas espigas, chozas bajas, leñadores y cabreros, con casitas que sólo se revelan por el humo que de ellas sale...

» A unos mil pasos del palacio había en otro tiempo un gran bosque que contaba como unos ochocientos robles de ciento ó doscientos años.

» Esperaba yo poderlos respetar todos y conservarlos para que otras generaciones admirasen tan bello paisaje; pero ¡ay! la cruel necesidad ha hecho que caigan la mayor parte de ellos... En 1848, aun había sesenta de los mejores como un punto reservado de paz y de oscuridad muy agradable en los calores del estío; mas en ese año tuve que sacrificarlo todo á la necesidad, mas exigente aun; solo he conservado trece en memoria de los trece perales de Laerte, y entre ellos se encuen-



Sepulcro de la familia de Lamartine.

tra el que llaman en el país el árbol de Jocelyn, porque á la sombra de sus hojas y sentado sobre sus raíces, escribí yo ese poema, al murmullo del viento del otoño que mugía en sus ramas...

De las tres residencias de que venimos ocupándonos, la que tenía mas visitantes era Saint-Point. Allí compuso M. de Lamartine la mayor parte de sus obras, allí recibió en los tiempos de su esplendor á las primeras notabilidades literarias; allí acogió en los últimos años de su vida á los amigos que habían permanecido fieles en la adversa fortuna: allí, por fin, ha querido descansar eternamente.

Enfrente de la iglesia, en una parte del parque que toca al campo santo del pueblo, Lamartine hizo edificar una capilla con esta inscripción: *Speravit anima mea*, capilla que ha legado al pueblo y cuya bóveda sepulcral contiene ya los despojos mortales de su señora y de su hija Julia. En esa misma bóveda yace ahora el poeta al lado de seres queridos; pero al visitar esa gloriosa tumba el visitante no dejará de decir: *Hic cinis, ubique fama.* H. C.



## Revista de Paris.

La muerte inexorable continúa haciendo víctimas entre las celebridades de nuestra época. Apenas hace dos semanas que ha bajado al sepulcro Lamartine, y los mismos que habian tributado los postreros honores á este genio sublime, han vuelto á encontrarse reunidos el juéves último ante otra tumba, donde ha quedado sepultado Hector Berlioz, un grande artista.

Hector Berlioz pertenece al glorioso grupo de hombres que en 1830 hicieron en Francia una revolucion en las letras y las artes, revolucion cuyos resultados se extendieron á todo el mundo. Por eso el fallecimiento de cada uno de estos hombres excita un dolor universal, pues no hay escritor, no hay artista en cualquier pais que sea, que haya dejado de sentir el influjo de aquellos innovadores que levantaron tan alta la bandera del romanticismo. Hoy esta palabra nos hace sonreír, porque el ideal literario y artistico ha cambiado de rumbo, si es que alguno tiene; pero cuando se recuerdan los primeros años que siguieron á aquella fiebre y se compara lo que existe hoy con lo que entonces existía, no se puede menos de reconocer que aquellos hombres estaban dotados de una fe y un entusiasmo que faltan ahora, sin contar con que sus elevadas inteligencias no tienen rival en la generacion que domina actualmente en el campo de las artes y las letras.

Berlioz quiso ser en la música lo que eran en la literatura, Hugo, Lamartine y Dumas; quiso sustituir una forma nueva á la forma conocida y corriente; desdeñó á los melodistas, aunque hizo parte de su educacion en Italia, y se encerró exclusivamente en la ciencia de la armonía. Sin aprobar esta idea, diremos que fué en él tan absorbente, que nada pudieron contra ella las vicisitudes, los desengaños, las penalidades que hubo de sufrir en su laboriosa y mísera carrera. Por nada en el mundo habria hecho una concesion, y pasó su vida combatiendo y arrojando pesares que han concluido por llevarle al sepulcro. Su vida es un ejemplo de perseverancia que merece tenerse muy presente, siquiera sea porque en su tentativa conservó siempre una admiracion inquebrantable por las grandes cosas y por los grandes artistas.

M. Guillaume, presidente de la Academia de Bellas Artes, á la que pertenecia el difunto, hizo sobre su tumba un elogio, que resume con brevedad los puntos principales de tan noble existencia, y señala los distintos méritos que la han hecho ilustre.

«De muy niño, dijo, una vocacion irresistible arrastró á Berlioz hácia la música, y desde luego su temperamento vigoroso le hizo repudiar en el arte todo lo que es convencion y frivolidad. La originalidad de su genio se dió á conocer inmediatamente con su primera obra la *Sinfonia fantástica*. La estancia en Italia, donde pasó dos años pensionado por la Academia francesa, afianzó sus irrevocables convicciones, y su personalidad encontró nuevas y mas sólidas fuerzas en el estudio de las obras clásicas. Así la *Sinfonia de Herold*, y sobre todo la de *Romeo y Julieta* le valieron nuevos triunfos; y en todo lo que produjo despues no cesó de observarse una ciencia profunda al servicio de un sentimiento grandioso y patético, en el que se asociaban con la sinfonia los elementos del drama lírico. Amigo de las sensaciones enérgicas, buscaba grandes efectos en las combinaciones armónicas. Con efecto, el poder y la fuerza eran sus cualidades naturales y la sublimidad que nace de la idea de la lucha, tenia mas seduccion para su alma que la serena belleza.

«¿Quién podria olvidar la *Sinfonia fúnebre y triunfal*? ¿Quién no recuerda la *Misa de Requiem*, donde el enérgico vigor de la expresion aterra por momentos? Pero Berlioz no tenia un genio limitado; pues, como lo probó en su magnífico *Oratorio de la Infancia de Cristo*, sabia encontrar los tonos mas diversos, y fué siempre en progreso hasta que dió á luz su ópera *los Troyanos*, impregnada de un fuego dramático y de un sentimiento patético dignos de la antigüedad.»

El discurso señala luego aquel desden que tenia Berlioz por los aplausos cuando no correspondian al triunfo de su sistema. Su conviccion en este punto era tal, que no se contentaba con proclamar sus creencias por medio de la música, sino que al mismo tiempo manejó la pluma constantemente para defender los principios que le parecian necesarios á la vida del arte. Durante largos años estuvo encargado de la crítica musical en el *Journal des Débats*, donde sostenia implacablemente sus convicciones. El odio, á lo que él llamaba fácil vulgaridad, su respeto á los grandes maestros Gluck y Beethoven, los dioses de su culto artistico, hé ahí el fondo de sus artículos, casi siempre doctrinales.

«El genio de Berlioz, añade en conclusion M. Guillaume, será considerado como una de las expresiones de nuestro siglo; pocos artistas tendrán como él la señal, tan clara y tan patente del tiempo en que ha vivido. Por la altura independiente de sus inspiraciones, por su amor á las fuentes libres y puras del arte, por su aficcion á un gran ideal fundado en la verdad, fué uno de los mas enérgicos representantes del espíritu moderno, así como fué un hombre nuevo tambien por la idea que se formaba del artista y por el carácter de su originalidad personal. Su sensibilidad se envolvió en sus propios padecimientos, mostrándose siempre

ingeniosa para reavivar sus heridas. Gran peligro es para las almas la voluptuosidad que se encuentra en los infortunios inseparables de la vida. Los mas fuertes sucumben. Durante largo tiempo Berlioz halló en su altanera ironía un antidoto contra ataques injustos; pero en cambio acabó por ser víctima de aquella delicada sensibilidad que creia hacerse superior á sus males, porque conocia toda su amargura. En este estado le invadió la melancolía; y así fué, que cuando se añadieron á la afliccion de ánimo los mas crueles dolores del corazon, cuando perdió su esposa y su hija por una muerte prematura, cayó abatido; su cuerpo no pudo soportar tamaños males, y al cabo de una larga y dolorosa agonía bajó á la tumba.»

Tal es el juicio que se tiene formado en Francia de M. Berlioz, y que hemos querido consignar aquí haciendo abstraccion de nuestra opinion propia, pues si bien merece todo nuestro respeto el hombre de inteligencia que perseveró en una idea hasta el punto de sacrificar á ella su presente y su porvenir, no podemos considerar su realizacion, segun resulta de sus obras, mas que como una tentativa que solo ha sido admirada en un estrecho círculo. Para nosotros en música dramática, el ideal está en Italia, y todo lo que se aparta de este ideal está llamado á una existencia efímera. Cuando se trata de la música instrumental es otra cosa: Alemania reclama con fundamento la preferencia. Que Berlioz tuviese fija la vista en las inmortales obras de Beethoven para componer sus sinfonías, nada mas justo, pues no hay modelo mas acabado para tales composiciones; pero que aplicara el mismo método al arte teatral, sin transigir por nada ni por nadie, esto es muy distinto: sus óperas podrán tener la aprobacion de los contrapuntistas, pero difícilmente, ni aun en Alemania, obtendrán, generalmente hablando, la del público.

Y eso que la Alemania es la patria de Ricardo Wagner, «el compositor del porvenir», como él se llama á sí mismo, sin duda para prevenir los fallos desfavorables que de sus obras pudieran hacer los contemporáneos.

Wagner se ha dado ya á conocer en Paris con su ópera *Tannhauser*, que obtuvo un éxito poco lisonjero, y justamente ahora se va á poner en escena en el Teatro Lírico otra de sus producciones musicales, titulada *Rienzi*. Con este motivo se esperaba en esta capital al inventor de la música venidera; pero parece ser que sus admiradores no tendrán esta ocasion de demostrarle personalmente sus simpatías.

Así lo declara él mismo en una carta particular que se ha hecho pública por medio de la prensa, y las razones que para ello da no dejan de ofrecer su interés á la crónica.

Ricardo Wagner teme que su presencia y su participacion en la funcion que prepara el Teatro Lírico, podrian dar lugar á una equivocacion deplorable, puesto que pareceria que se pone á la cabeza de una empresa teatral con el objeto de desquitarse por medio de *Rienzi* de lo que perdió con *Tannhauser*, siendo así que la aparicion de aquella ópera en Paris, ha sido una cuestion personal entre el autor y M. Pásdeloup, el empresario del teatro donde debe ejecutarse.

Una cosa digna de todo elogio hallamos en esta carta del maestro alemán, y es que no se hace ilusiones sobre el éxito que tendrían en Paris sus partituras principales, esto es, aquellas en que mejor se demuestra su originalidad y las condiciones especialísimas de su composicion.

«Varias proposiciones, dice, me han sido hechas. Primeramente se habló de una compañía alemana, que debia ejecutar una tras otra mis óperas en Paris, y luego se trató de poner en escena *Lohengrin*, en italiano ó en francés. En suma, cinco proyectos se formaron este verano para la representacion de mis óperas en Paris, y sin embargo, yo no accedí á ninguno de ellos. Únicamente cuando M. Pásdeloup vino á decirme que tomaba á su cargo la direccion del Teatro Lírico con la intencion de dar á conocer algunas de mis obras, no pude menos de acceder á los deseos de este buen amigo, y como pensaba comenzar por *Rienzi* le dije que en efecto, era entre mis óperas la que me habia parecido que mejor se adaptaba á la escena francesa. Escrita hace unos treinta años para la Grande Opera, *Rienzi*, no presenta á los cantantes ninguna de las dificultades, ni ofrece al público ninguna de las extrañezas que hay en las obras subsiguientes. Tanto por su argumento como por la forma musical, tiene algo de comun con las óperas que hace largo tiempo son populares en Paris, y creo que obtendrá buen éxito si se presenta con buenos cantantes y con el aparato que su argumento requiere.»

Ricardo Wagner concluye desdeñosamente diciendo que está bien resuelto á no tomar parte alguna en empresas exteriores, pues su naturaleza, tanto como su destino, le han consagrado á la concentracion y al aislamiento. Sus óperas se abrirán paso sin él, y si la generacion actual no las comprende, tanto peor para ella: el juicio de la posteridad echará una mancha que no se borrará nunca sobre el siglo XIX.

La patria de Mozart, de Beethoven y de tantos genios ilustres, tiene ahora por representante principal al autor del *Tannhauser*; respetemos los arcanos de la suerte.

La semana parisiense ofrece por lo demás muy pocos incidentes dignos de notarse.

El primero y principal es relativo á un cambio de temperatura que, viniendo tan fuera de la estacion, es objeto de las imprecaciones de todo el mundo.

Con efecto, en vez del tiempo bonancible que hemos disfrutado en las últimas semanas, tenemos ahora una post-data del invierno que casi debe infundir esperanzas á los

patinadores. A las heladas suceden las nevadas con una regularidad alarmante para los que son aficionados á la primavera. Y lo peor es que hay entre nosotros meteorologistas perspicaces que nos anuncian mayores recrudescencias de temperatura. Dicese que la víspera de Pascuas á las once de la noche tendremos una tormenta que durará hasta el dia siguiente á las tres de la tarde. Luego las nevadas se prolongarán todo el mes de abril, y quizás se extiendan hasta mayo.

¡Alegre perspectiva! Los que ya se regocijaban al ver brotar las primeras hojas en los árboles, los que contaban ya con el ambiente y los perfumes de la primavera, aplazan sus proyectos de expediciones campestres, y si desean flores, deben atenerse á las preciosidades artificiales de la compañía floral, así como tambien, en punto á perfumes, la casa de Guerlain les dejará completamente satisfechos.

Los que están de enhorabuena son los concertistas, que tanto abundan siempre en Paris durante la cuaresma. No hay profesor de piano, con media docena de discípulos, que no se crea autorizado para organizar un concierto en alguna de las salas públicas, cuyos billetes se despachan entre amigos: es como una gratificacion anual que toda alumna debe á su maestro.

Luego hay los grandes artistas que directamente se anuncian, aunque á decir verdad, necesitan por lo comun ese mismo auxilio oficioso de las señoras á cuyas reuniones han asistido alguna vez durante el invierno. El público se hace el remolon para acudir voluntariamente á estas funciones, cuyo precio varia de 10 á 20 francos por persona.

Siempre es lo mismo: un pianista eminente que disfruta de una fama merecida en todo el mundo, que posee una correccion y una pureza de estilo imponderables, ejecutará tal ó cual pieza de su composicion, pues además de su gran talento de ejecutante, se distingue por la brillantez de sus composiciones.

Hé ahí el programa, el invariable programa con que nos convidan á la sala de Hertz ó á los salones de Erard, los señores pianistas.

Otra cosa es cuando se trata de conciertos en las casas particulares; aquí estas fiestas musicales se organizan de modo que constituyen verdaderamente un bello espectáculo. Se sobreentiende que nos referimos á los salones de gran tono. Los convidados que tienen costumbre de asistir á los grandes conciertos de Tullerías y del Hotel de Villa, encuentran aquí los mismos cantantes, los artistas mas notables de los teatros líricos, como por ejemplo, la Nilsson, que en la actualidad no falta á ninguna fiesta de importancia. Durante la cuaresma, estas reuniones musicales reemplazan los bailes en la mayor parte de los salones aristocráticos.

El teatro Italiano ha encontrado una buena fortuna en la Misa solemne inédita de Rossini. Cuatro noches se ha ejecutado ya, y por cierto no han bastado ni mucho menos á satisfacer la curiosidad pública.

A la primera vez que se oye esta produccion magistral, se comprende que es una de las que con mas esmero ha trabajado el autor de tantas obras maestras.

Desde luego llama la atencion el carácter eminentemente sagrado que en ella se nota, y bajo este concepto, nos parece superior al *Stabat*, donde hay piezas que pasarian sin gran violencia á otra composicion de argumento profano. Luego la inspiracion no falta un instante; las melodías se suceden desde el *Kyrie* hasta el *Agnus Dei*, con una abundancia y una frescura juvenil verdaderamente admirables. Por último, el trabajo del compositor acusa, como hemos dicho, un cuidado sostenido que realza el valor de las melodías, siempre fáciles y espontáneas, con todos los recursos de la ciencia armónica.

Es difícil elogiar nada particularmente en una obra tan acabada y tan completa. Sin embargo, diremos que en la primera parte, el *Gloria*, despues de la introduccion que cantan los coros, tiene una expresion de triunfo imponderable. El *Gratias*, terceto para contralto, tenor y bajo (la Alboni, Nicolini y Agnesi), y el *Domine Deus*, para tenor, ofrecen bellezas melódicas del mas suave efecto, así como el *Qui tollis*, duo de soprano y contralto, que cantan con maestría la Krauss y la Alboni. Llegamos á una de las piezas mas admiradas: despues del *Quonian*, hermoso canto de bajo que ejecuta Agnesi, sigue el *Cum Sancto Spiritu*, á cuatro voces, donde hay una fuga considerada ya como una maravilla. El efecto que produce es indescriptible.

Comienza la segunda parte con la pieza *O Salutaris*, que dimos en nuestro último número, y que la Alboni interpreta desplegando todas sus perfecciones de voz y de estilo, y llega el *Credo*, que proporciona á la Krauss, en el *Crucifixus*, la ocasion de un gran triunfo: es imposible expresar mejor la verdad de la afliccion, la profundidad del sentimiento. La Krauss, en este canto, merece las alabanzas que se prodigan á una grande artista, sin reserva.

Un preludio religioso tocado en el órgano, nos prepara á oír el *Sanctus*, que es una de las piezas principales de esta composicion magna. Diríase que se abren los cielos y se oyen cantos de ángeles. Finalmente, el *Agnus Dei*, ejecutado por la Alboni, con no menos perfeccion que *O Salutaris*, termina esta Misa solemne, cuya aparicion hará época en los fastos musicales.

MARIANO URRABIETA.



**La historia de un pensamiento.**

LEYENDA.

I.

¡Qué hermosas son las tardes del estío  
A la orilla del mar en nuestras playas!  
¡Qué solemne el crepúsculo que muere  
Sobre el cielo gentil de nuestra patria!

Majestuosa en el pálido horizonte  
La luna de las ondas se levanta,  
Dulce visión de la nocturna sombra,  
Reina del firmamento solitaria.

Tal vez confusamente se distingue  
Algun bajel perdido en la distancia,  
Como un cisne que rasga las espumas  
Y al viento tiende las abiertas alas.

¡Qué plácida armonía se desprende  
Del inmenso, sublime panorama  
Que á los ojos del alma conmovida  
Sobre el mar gigantesco se dilata!

Dulce amiga ¡recuerdas esas tardes  
En las horas alegres de la infancia?  
¡Cuántas veces gozamos sus encantos  
Juntamente vagando por la playa!

¡Tú eras muy niña entonces; de la vida  
Recien la áspera senda comenzabas:  
Yo también era niño, y de los años  
No conocía aun la triste carga!

De esa edad de delirios infantiles,  
De hermosa fe, de dulces esperanzas,  
Solo hoy nos queda un pálido recuerdo  
Para encender la luz de nuestras almas.

Lanzados en el mundo, con aplausos  
A tí te recibió turba entusiasta;  
Yo abierto el pecho á una ambición sublime,  
Sin miedo llevo en él mi frágil barca.

Y aunque tal vez el porvenir nos abre  
De par en par las puertas de su entrada,  
¡Ay! no somos por eso tan felices  
Como fuimos ayer en nuestra infancia.

Si no has dado al olvido aquellas tardes  
Que aun de mis ojos lágrimas arrancan,  
Déjame consignar en estas hojas  
De aquella edad una sensible página.

¡Es una historia humilde que ha nacido  
Al borde de una tumba abandonada;  
Es el eco más triste que ha vibrado  
Entre las cuerdas trémulas de mi arpa!

Una tarde el lejano cementerio  
Fuimos á visitar: tú, dominada  
Por hondos sentimientos, recorrias  
Las tumbas; yo á tu lado caminaba,

También herido de un dolor profundo  
Y en vagos sueños embriagada el alma:  
¡Al oírte gemir también gemía  
Y al mirarte llorar también lloraba!

De pronto en una tumba detuviste  
Tus pasos, una fervida plegaria  
De tus labios brotó, y amargo llanto  
Humedeció el cristal de tu mirada.

¡Era una tumba abandonada, sola,  
Sin mármol y sin nombre, que arrancaba  
Ese llanto sagrado de tus ojos,  
Ese tierno gemido de tu alma!

Tosca cruz de madera junto á ella,  
Sencilla ofrenda de piedad cristiana,  
Colocada tal vez por mano amiga,  
Como sagrado símbolo se alzaba.

Y de la cruz pendía misteriosa  
¿Te acuerdas? una flor ya marchitada  
Por el rigor del tiempo — ¡un pensamiento,  
Propio don de una tumba solitaria!

¿Quién colocó esa flor? ¿Cúyo era el nombre,  
Cúya la historia triste que ocultaba?  
¡De esa modesta tumba, de esa historia  
Amiga entonces, no supimos nada!

¡Hoy lo sabrás, interesante amiga,  
Al recorrer estas modestas páginas!  
¡Feliz yo, si te place la leyenda  
Que á aquel recuerdo el corazón consagra!

II.

Era un joven, intrépido marino  
De alma elevada y corazón leal,  
Que entregó desde niño su destino  
A las pérdidas ondas de la mar.

En la débil barquilla, que en herencia  
Su padre moribundo le legó,  
Ganaba su modesta subsistencia,  
Cumplía honradamente su misión.

Era pobre de bienes, y tenía  
Una madre ya anciana junto él:  
Y él se daba á la mar porque debía  
Cumplir, cristiano y hombre, su deber.

Nunca tembló de la borrasca airada  
Al grito amenazante, atronador;  
Que al cielo alzó la frente y la mirada,  
Y alentó con su fe su corazón.

Dios protege á los tristes navegantes  
Perdidos en la inmensa soledad;  
Y á los hijos benéficos y amantes  
Que á sus ancianos padres dan el pan.

¡Cuántas veces Alberto mereciera  
Sobre la mar la bendición de Dios!  
¡Era noble y honrada su carrera,  
Era santa y sublime su misión!

¡En el alma severa del marino  
Brilló la hermosa luz de un casto amor;  
Y á su reflejo plácido y divino  
El corazón sensible palpité!

Una visión celeste, enamorada,  
Nacida entre las ondas de la mar  
Al rayo de la luna plateada,  
Vió acaso entre las sombras resbalar.

Y oyó el eco de célica armonía  
Y un nombre entre las auras escuchó:  
¡Era el nombre adorado de María,  
El eco blando de su casto amor!

La amaba con el alma, como se ama  
En la flor de la ardiente juventud,  
Con esa dulce, misteriosa llama  
Que quema acariciando con su luz;

Con ese amor que el corazón humano  
Puede acaso sentir solo una vez,  
Vago, profundo, incomprensible arcano,  
¡Misterio impenetrable en nuestro ser!

¡María era su amiga más querida,  
El cielo de su oculto porvenir,  
El único consuelo de su vida,  
Su esperanza, su fe, su amor, en fin!

Y este amor generoso y entusiasta  
Día á día creció en la soledad,  
Del mar en la honda superficie vasta,  
Solemne en la profunda inmensidad.

¡Oh, qué hermoso es amar sobre los mares  
Bajo el cielo purísimo del Sud!  
¡Y alzar de amor dulcísimos cantares  
De blanca luna á la modesta luz!

Reclinado en la popa del navío  
De las olas dolientes al rumor  
En las plácidas noches del estío  
¡Oh, qué bello es amar y hablar de amor!

¡Marinos que en las ondas procelosas  
Contristados lleváis vuestro bajel,  
Volved vuestras miradas cariñosas  
Al suelo grato de la patria y ved!

¡Allí una virgen con dolor implora  
De hinojos prosternada en el altar;  
Allí una virgen por vosotros llora,  
Los ojos fijos en el ronco mar!

¡Que os aliente esa púdica plegaria  
Que sube al trono celestial de Dios!  
¡Que en vuestra travesía solitaria  
Os valga esa purísima oración!

III.

Llegó el momento cruel de la partida:  
La nave al viento tiende  
La vela, y rauda yende  
Del dilatado mar las blandas olas  
Que arrullan su postrera despedida.  
¡Se aleja! Y entre tanto  
La temerosa noche  
Suelta en el cielo su estrellado manto,  
Y el moribundo sol, allá á lo lejos  
Donde el vasto horizonte se dilata,  
Esconde sus reflejos  
En lechos de cristal, tumbas de plata.  
Murmuradora brisa  
Las verdes ondas riza,  
Y en la redonda playa  
Donde la mar desmaya  
Y encrespa y rompe su nevada espuma,  
Se alza al morir la tarde  
Neblina tenue, trasparente bruma.

¿A dónde va esa nave  
Que á la luz del crepúsculo se aleja?  
¿A dónde? ¡Dios lo sabe!  
Oíd, como se queja  
Un desgraciado amante  
Reclinado en la popa, la mirada  
Fija en la tierra que quedó distante,  
Y el alma atravesada  
Por el puñal amargo  
De acerba angustia y sufrimiento largo:  
¡Oíd, como á los vientos  
Confía sus lamentos!

« ¡De mi adorada patria,  
Adios, playa querida:  
Mi amarga despedida  
Te dejo sobre el mar!  
¡A mi alma acongojada  
Destrozan cien puñales;  
Presagios funerales  
Me cercan sin piedad!

¡Adios, anciana madre,  
Que adoro y que respeto!  
¡Adios, sublime objeto  
De mi ferviente amor!  
¡María, adios, María!  
¡Forzoso me es dejarte!...  
¡Mi corazón se parte  
Cuando te digo adios!

Como su vida arrastra  
Sin rumbo ni destino,  
Oscuro peregrino  
Rendido por la sed,  
Yo entre la densa sombra  
De mi fortuna fiera  
En mi infeliz carrera  
Desmayaré tal vez.

¡Oh dulces prendas mías,  
Oh patria idolatrada!  
¡Qué triste es mi jornada!  
¡Cuán hondo es mi dolor!  
Así lo quiere el cielo:  
¡Adios, oh madre mía,  
Angelical María,  
Dueño de mi alma, adios! »

(Se continuará.)

CÁRLOS WALKER MARTINEZ.



## Nuevas

ADQUISICIONES DEL JARDÍN DE PLANTAS.

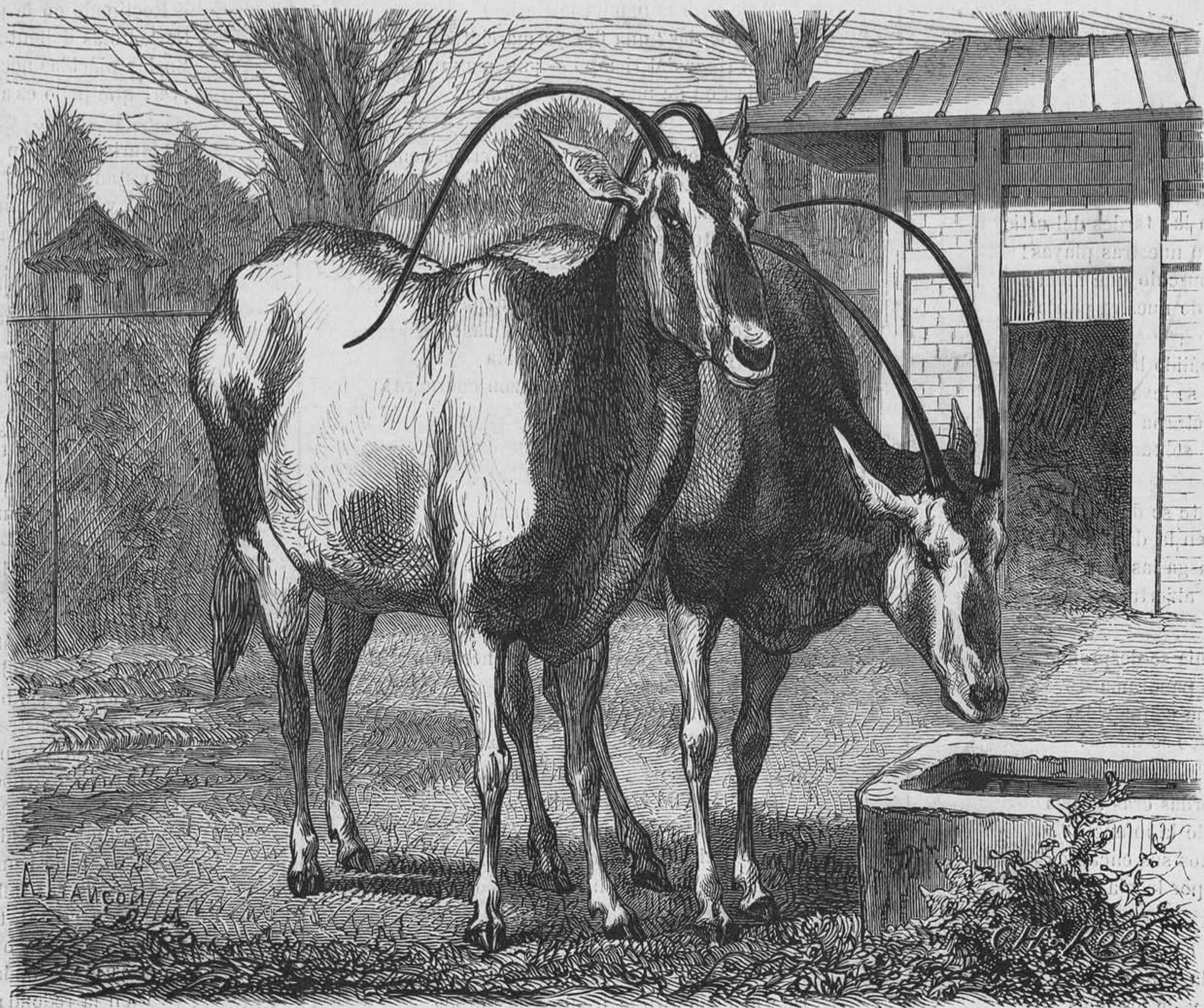
El Antilope - leucoryx.

No hace mucho tiempo (véase el número 843) nos ocupamos de las nuevas adquisiciones del Jardín de Plantas de París, y hablamos del serpentario, del chabiru y del caoar: solo nos falta decir dos palabras de los antilopes.

Los antilopes forman un término medio entre las cabras y los ciervos: son ruminantes de cuernos huecos, de una naturaleza tímida, y que quieren vivir reunidos. Su pelo corto es blanco por debajo del vientre y leonado encima. En la gacela estos dos colores aparecen separados por una banda oscura ó negra. Habitan en Asia, donde los cazan con el lobo-tigre. En Africa, donde habitan igualmente, los cazan con halcones y con galgos, los dos huéspedes favoritos de las grandes tiendas árabes. Como no tienen defensa contra las fieras que abundan en esas comarcas, se están en las alturas ó en medio de llanos inmensos, y de esta manera, con su ojo penetrante pueden distinguir á largas distancias al enemigo que los amenaza, y tan aficionado como el hombre á su perfumada carne. Siempre hay alguno de centinela, que da la señal de alarma, y al punto le siguen sus compañeros, no corriendo, porque esto es poco decir, sino volando. Los pequeños tie-

nen gracia, ligereza y finura, con su ojo negro y suave y sus astas en forma de lira; pero los de especie mayor, como el antilope-leucoryx, que se ve representado en nuestro dibujo, deja mucho que desear en cuanto á la elegancia de sus formas, que apenas se diferencian de las del antilope-canna. Sin embargo, es mas pequeño que este último, y sus astas, en vez de estar derechas, se hallan deprimidas y encorvadas hácia atrás. Es

recho de reunion principia á provocar en el mundo político y literario una emulacion que dará sus frutos. A las extravagancias de las primeras reuniones han sucedido conferencias hechas por los hombres de inteligencia mas elevada de nuestro tiempo. En este número damos el aspecto de la sala del teatro del Príncipe Imperial, donde M. Eugenio Pelletan ha tratado, ante un auditorio atento y recogido, uno de los asuntos, la cues-



Nuevas adquisiciones del Jardín de Plantas. — El antilope-leucoryx.

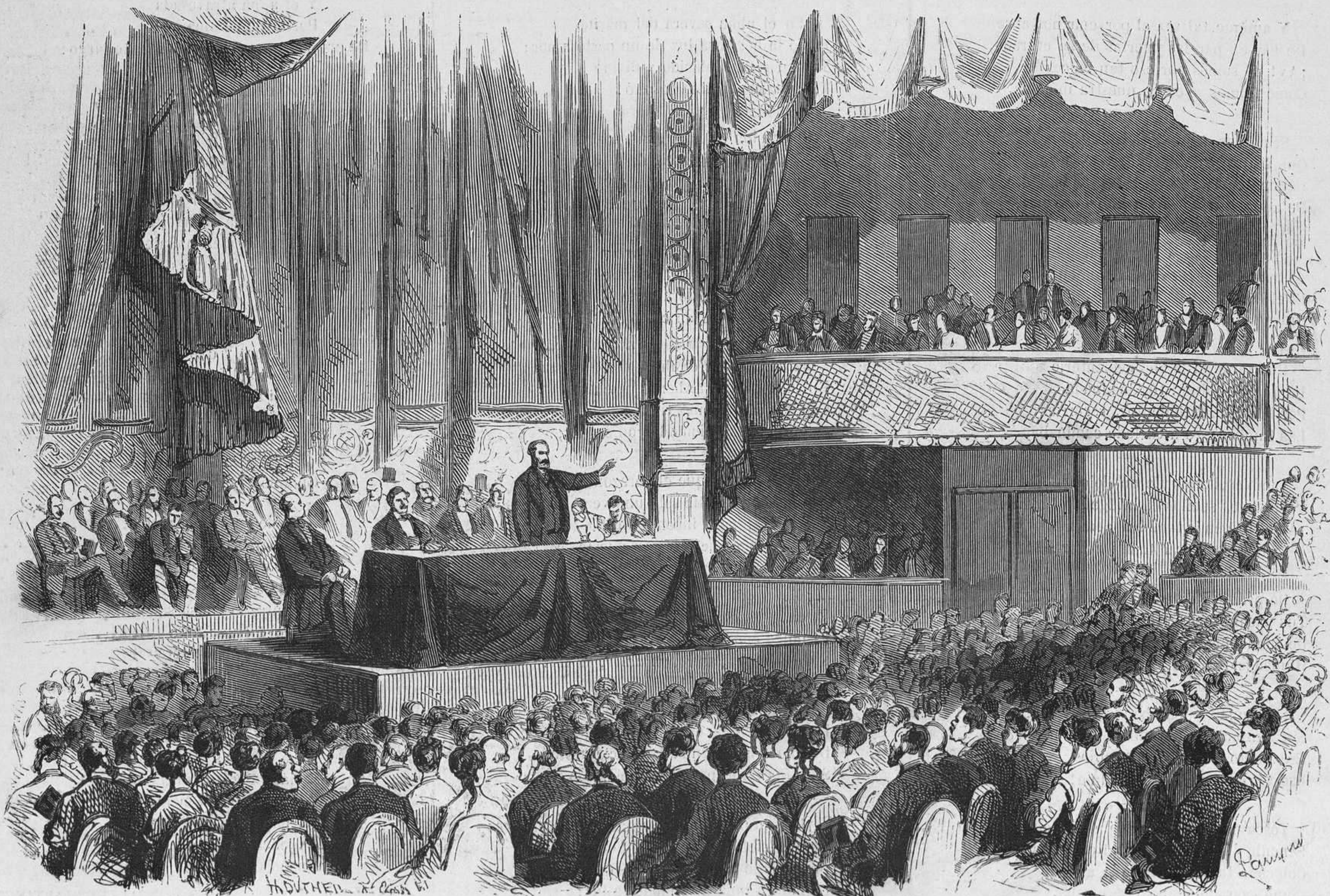
la primera vez que se ve en París un antilope - leucoryx, que viene de las islas Célebes, y ha sido regalado por M. Riedel, residente holandés en las Molucas.  
C. P.

## Las reuniones

PÚBLICAS EN PARÍS.

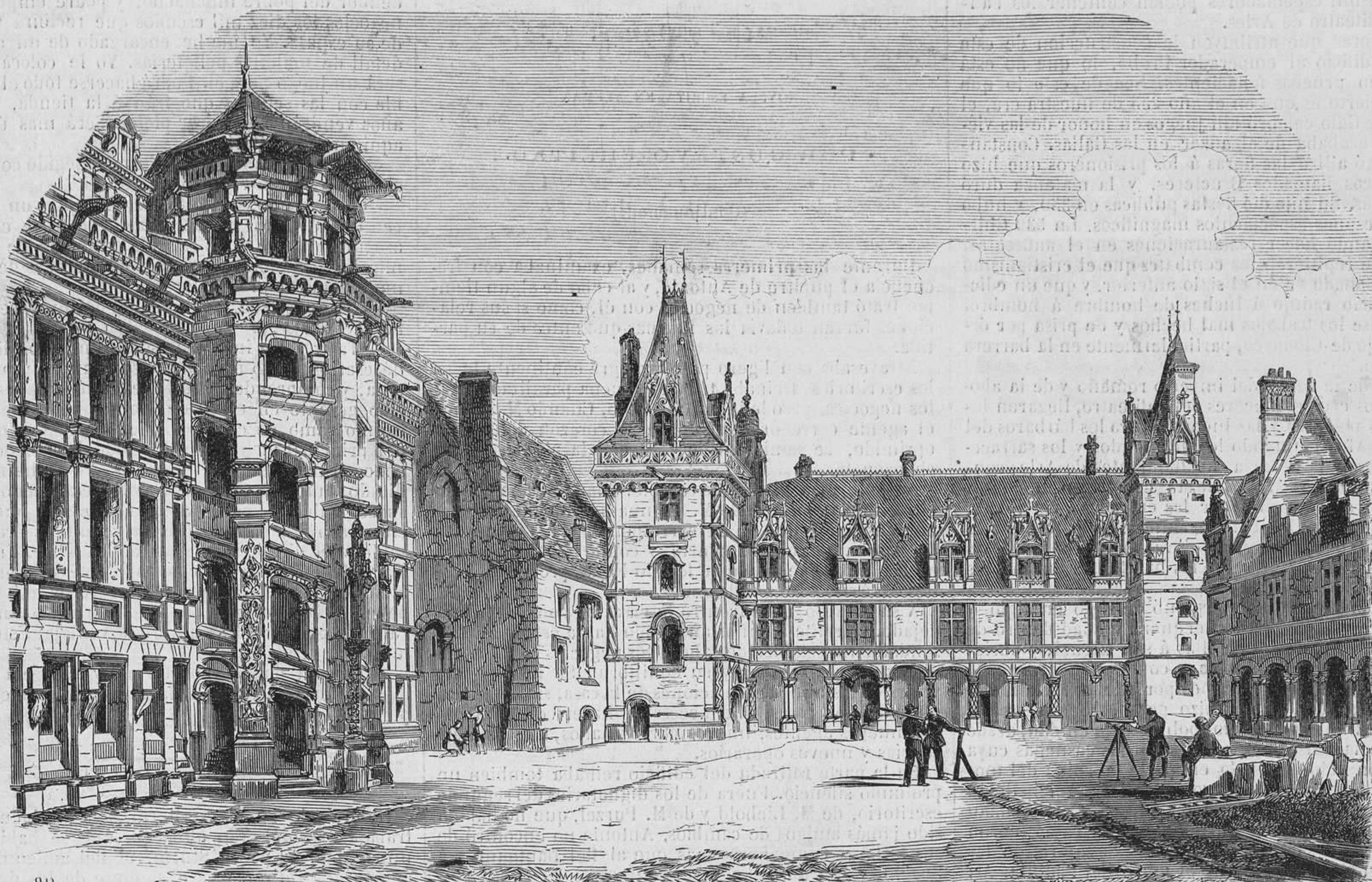
Las exageraciones de lenguaje que ha habido en algunas de estas reuniones, y las severas medidas que ha tomado la autoridad para disolver ciertos clubs, han inducido á suponer que no tardarian en desaparecer las tribunas populares; pero la opinion se ha engañado completamente respecto de este punto. La afición á las reuniones públicas, en lugar de disminuir, aumenta en todos los barrios de París, y así sucede que son mas numerosas y están mas frecuentadas que nunca. El movimiento se acelera: *Crescit enudo*.

Bajo este concepto, nos felicitamos al ver que el de-



PARÍS. — Una reunion pública en el teatro del Príncipe Imperial.





La Francia pintoresca. — El patio del palacio de Blois.

tion de las mujeres. La animada é incisiva palabra del orador fué aplaudida ardorosamente.

Estas manifestaciones del espíritu público constituyen un curioso fenómeno. Las actuales reuniones serán un capítulo interesante de la historia de nuestra época.

H. V.

**La Francia pintoresca.**

**EL ANFITEATRO DE ARLES. — EL PALACIO DE BLOIS.**

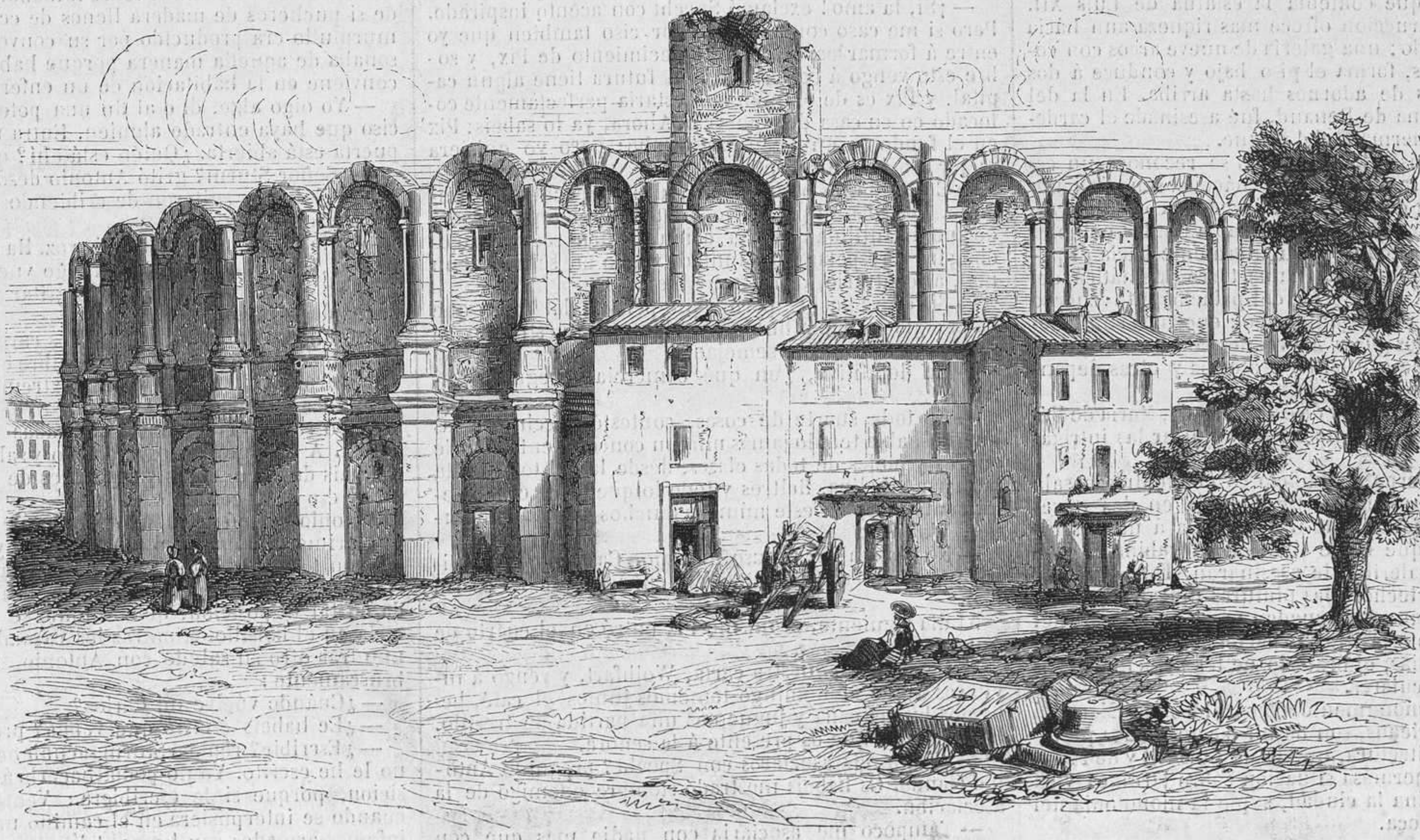
El anfiteatro de Arles, restaurado hace algunos años, como se ve en nuestro dibujo, es uno de los mas bellos monumentos que quedan en Francia del tiempo de los

romanos; mas espacioso que el de Nimes, tiene como este una forma elíptica, y su diámetro principal, orientado del Norte al Mediodia, ofrece 140 metros de largo, en tanto que el de Nimes solo tiene en el mismo sentido 133. La anchura es de 104 metros: en cada piso del edificio hay una serie de 60 arcos, destinados en el piso bajo á la entrada de las galerías inferiores y á los puestos que se reservaban á los emperadores, á los decuriones que administraban la colonia, á los decuriones y á los caballeros, en tanto que los del piso principal servian para dar luz á una galería que conducia á las gradas del pueblo y de las últimas clases de la sociedad.

Estos dos pisos de la fachada presentan el órden dórico en pilastra, sobre el cual descansan columnas corintias incrustadas en los pilares que sostienen los arcos altos: toda la parte superior, que se componia de un entablamento completo, con su ático, fué destruida en

épocas ya remotas, y además han quitado todas las claves de los arcos, lo que da al monumento un aspecto singular, pues las sesenta curvas de los arcos se destacan como un feston en el cielo. Otras mutilaciones ha sufrido la fachada: al extremo de una calle que conduce al edificio, han hecho una inmensa abertura, para que no quede mas que un solo arco en los dos pisos, brecha que compromete gravemente la solidez de las construcciones.

El anfiteatro de Arles, como todos los monumentos del mismo género, contenia en el interior un crecido número de gradas de piedra con divisiones para las diferentes clases de la sociedad romana, ocupando las principales los bancos inferiores mas próximas á la arena, y destinadas las otras al pueblo. El conjunto de estas gradas, que se llamaba *careæ*, estaba limitado en su parte baja por una barrera ó *podium*, que rodeaba el circo donde tenian lugar los juegos y los combates. Co-



La Francia pintoresca. — El anfiteatro de Arles.



mo treinta mil espectadores podían contener los bancos del anfiteatro de Arles.

Hay autores que atribuyen la construcción de este inmenso edificio al emperador Probo, lo que no está apoyado en pruebas fehacientes. Sea de esto lo que fuere, lo cierto es que en el año 255 de nuestra era, el emperador Galo celebró allí juegos en honor de las victorias que acababa de alcanzar en las Galias. Constantino entregó allí á las fieras á los prisioneros que hizo á los francos llamados Bructeres, y la matanza duró muchos días. Su hijo dió fiestas públicas en 350, y hubo también despues espectáculos magníficos. En 539 Childberto mandó hacer restauraciones en el anfiteatro, para que se repitiesen los combates que el cristianismo había condenado ya en el siglo anterior, y que un edicto de Horacio redujo á luchas de hombre á hombre. Reconócense los trabajos mal hechos y de prisa por orden del hijo de Clodoveo, particularmente en la barrera del Podium.

Despues de la caída del imperio romano y de la abolición de los crueles placeres del anfiteatro, llegaron las disensiones políticas y las luchas contra los bárbaros del Norte y de Africa. Cuando los normandos y los sarracenos invadieron la Francia, los habitantes de Arles convirtieron su circo en fortaleza: construyeron cuatro grandes torres para proteger las entradas principales, cegaron con tierra las baterías inferiores para ponerse al abrigo de toda sorpresa, y elevaron casuchas en las gradas para que se refugiarian los habitantes durante los sitios.

Este estado de cosas se perpetuó de siglo en siglo, y el anfiteatro vino á ser una pequeña ciudad dentro de la grande. Allí elevaron capillas á san Miguel, y pusieron cruces é inscripciones para consagrar el recuerdo de la derrota de los sarracenos por Carlos Martel, Pepino y Carlomagno. La paz hizo perder á las arenas de Arles su destino militar, y los pobres de la ciudad, desde la edad media, buscaban un asilo en las casuchas cuya construcción había causado en parte la ruina del monumento, cuando en nuestros días la municipalidad mandó ejecutar las obras de restauración que habían proyectado Francisco I y Enrique IV. Las casas fueron demolidas, y al sacar los escombros descubrieron las gradas, el suelo de la arena y el muro del Padium. Así recobró Arles este magnífico monumento.

El palacio de Blois ofrece gran interés como monumento histórico. Testigo de numerosos acontecimientos políticos, cuna de Luis XII, residencia de Francisco I, de Enrique II, de Carlos IX y de Enrique III, teatro del asesinato de los Guisas, vió morir á Ana de Bretaña, á Luis XII y á Gaston de Orleans. También ha sido restaurado este edificio, que es importante igualmente como obra de arte, por la riqueza de los diferentes estilos de arquitectura que adornan sus fachadas.

Los príncipes de la casa de Champaña y de Chatillon residieron en ese palacio; luego los duques de Orleans extendieron las construcciones, y Luis XIII mandó elevar la fachada del Este sobre la explanada y hácia el patio del edificio; á Francisco I se debe toda la parte del Norte, y la parte Oeste es obra de Mansard, célebre arquitecto de Luis XIV: las obras no terminadas fueron dispuestas por Gaston de Orleans.

Cuenta Juan de Autun que «en el año 1502, el rey Luis XII reedificó su palacio de Blois suntuosamente.» Con efecto, la fachada que da á la explanada tiene dos pisos, sobre los cuales se eleva una serie de altas ventanas de piedra con calados y esculturas al gusto de aquel tiempo. En el primer piso hay muchos balcones calados. Una ancha puerta abovedada acompañada de columnas da acceso al palacio, y encima de esta puerta había un nicho que contenía la estatua de Luis XII. Esta misma construcción ofrece mas riqueza aun hácia el patio del castillo; una galería de nueve arcos con columnas esculpidas, forma el piso bajo y conduce á dos torres recargadas de adornos hasta arriba. En la del Norte, que se llama de Renaud, fué asesinado el cardenal de Guisa, el hermano del duque.

El ala de Francisco I, en la cual se reconoce un estilo de arquitectura mas avanzado hácia el renacimiento del arte, contiene cuatro pisos adornados con pilastras, graciosos y variados capiteles y entablamentos notables por su riqueza, notándose particularmente hácia el patio una escalera construida en una torre prismática, del mas bonito efecto. Al exterior del palacio, este cuerpo de construcción es muy pintoresco: enormes subestructuras sostienen los pisos adornados con arcos, y hay torres salientes que contienen oratorios y otras dependencias del interior.

Por una de las ventanas de esta fachada, María de Médicis dejó el palacio una noche para burlar las intrigas de la corte.

En el mismo cuerpo de edificio se encuentra la sala de los Estados, inmensa pieza dividida en dos naves por columnas. El duque de Guisa asistía á una asamblea cuando Enrique III le llamó á su gabinete, y al subir por una escalerilla, le asesinaron. Este gabinete ha conservado su techo y las pinturas murales que entonces le adornaban. Aun pueden verse en esta ala del castillo, no obstante las transformaciones que ha sufrido, una sala de guardias, el oratorio de los príncipes y sus habitaciones particulares.

Las partes del monumento construidas por Mansard para Gaston de Orleans, son de un efecto menos pintoresco por su arquitectura, que la de Luis XII y de Francisco I; pero su hermosa situación sobre jardines y su posición que domina la ciudad, suple la monotonía del frío estilo de la época.

R. S.

## Debe y haber.

NOVELA ESCRITA EN ALEMAN

POR GUSTAVO FREITAG.

(Continuación.)

Durante las primeras semanas, examinaba con frecuencia el pupitre de Antonio, y al cabo de algun tiempo, trató también de negocios con él, como si sus relaciones fueran todavía las mismas que antes de su partida.

Atravesaba con ligero paso y alegre continente todos los escritorios. Reinaba todavía mucha paralización en los negocios, pero le importaba poco. Cuando M. Braun, el agente corredor, descargaba su corazón demasiado oprimido, se ponía á reír y le dirigía alguna alegre chanzoneta.

Antonio no advirtió este cambio. Cuando trabajaba en el escritorio enfrente de M. Baumann, se aplicaba para no pensar mas que en su correspondencia. Las noches las pasaba todas en su cuarto, y con la imaginación fija en los libros que le había legado Fink, procuraba sustraerse á sus tristes reflexiones.

A su regreso no encontró la casa tal como la había dejado. Durante algunos años todo había estado en ella sólidamente establecido, ahora los negocios habían perdido su curso regular y su equilibrio. Se habían roto varias de las antiguas relaciones de la casa, siendo reemplazadas por otras. Era necesario hacer conocimiento con nuevos agentes, nuevos parroquianos, nuevas mercancías y nuevos operarios.

En la parte retirada del edificio reinaba también un profundo silencio. Fuera de los dignatarios del segundo escritorio, de M. Liebold y de M. Purzel, que no habían sido jamás amigos de cambios, Antonio no encontró de sus íntimos compañeros mas que al fiel Baumann y á Specht, y aun estos pensaban retirarse.

Inmediatamente despues del regreso de Antonio, Baumann había confesado á su principal que debía partir para la próxima primavera, y las serias reflexiones de Antonio se estrellaron esta vez contra la inquebrantable resolución del misionero.

— Yo no puedo retroceder, decía; mi conciencia se subleva y protesta. Yo partiré de aquí á un año para trasladarme á Londres al establecimiento de las misiones, y de allí á donde me envíen. Confieso que siento una predilección por Africa. Hay allí algunos reyes (y citó una porción de nombres de imposible pronunciación) á los que no considero completamente bárbaros. Debe haber por allí materia dispuesta para hacer algunas conversiones. Existe todavía entre ellos un miserable tráfico. El comercio de esclavos es una costumbre pagana de la cual espero hacerles desistir, manifestándoles que podrían emplear á sus súbditos en el establecimiento de plantaciones de cañas de azúcar y arroz. Dentro de pocos años os enviaré por la vía de Londres las primeras muestras de nuestro cultivo.

A su vez, M. Specht fué á encontrar á Antonio.

— Siempre me habeis manifestado una buena y franca amistad, Wohlfart, y deseo saber vuestra opinión. Debo casarme. La jóven es distinguida, se llama Fanny y es sobrina de Pix.

— ¡Ah! dijo Antonio. ¿Y vos amais á esa jóven?

— ¡Sí, la amo! exclamó Specht con acento inspirado. Pero si me caso con ella, será preciso también que yo entre á formar parte del establecimiento de Pix, y sobre esto vengo á consultaros. Mi futura tiene algun capital, y Pix es de opinión que estaría perfectamente colocado en su casa de comercio. Ahora, ya lo sabeis; Pix en el fondo es un buen muchacho; pero yo quisiera mejor asociarme con otro.

— Creo que no pensais bien, amigo Specht, dijo Antonio. Vos sois un poco vivo de genio, y siempre os será de mucha utilidad contar con un buen socio. Pix os obligará á respetar su voluntad, y esto no será ningun mal, al contrario, os irá muy bien.

— Sí, dijo Specht; pero ¿qué pensais del ramo que ha escogido? Nadie hubiera creído que nuestro Pix se resolviera á una cosa semejante.

— En definitiva, ¿en qué comercia? preguntó Antonio.

— En toda suerte de cosas, contestó Specht, de las que no había tenido jamás ningun conocimiento. Vende cueros y pieles de todas clases, desde la del topo hasta la marta cibelina, fieltros y todo lo que tiene crin ó pelo, contándose en este número muchos artículos comunes, Wohlfart.

— No seais niño, repuso Antonio. Casaos, buen amigo, y poneos bajo la tutela del cuñado, que no os irá mal.

Al día siguiente, el mismo Pix entró en el cuarto de Antonio.

— He recibido vuestra carta, Wohlfart, y vengo á invitaros á que el domingo tomemos juntos el café, bebamos buena caña y juguemos una partida de tresillo. Es necesario que os presente á la señora.

— ¿Y quereis asociaros con Specht? preguntó Antonio riendo. Os habeis mostrado siempre enemigo de la asociación.

— Tampoco me asociaria con nadie mas que con Specht. Sea dicho aquí en amistosa confianza; seré el

deudor del pobre muchacho, y podré emplear en mis negocios los diez mil escudos que recibirá por el dote de su esposa. Yo me he encargado de un comercio al detall de malditas pelleterías. Yo le colocaré allí. Eso será un juego para él. Podrá hacerse todo el día el amable con las señoras que irán á la tienda, y todos los años vendrán á comprar pieles. Será mas útil allí que aquí en el escritorio.

— ¿En qué consiste que hayais elegido con preferencia ese comercio? preguntó Antonio.

— Era preciso, contestó Pix. Encontré un gran almacén que dejó mi predecesor en un triste estado, y os aseguro que me ví en seguida en medio de gentes que miraban las pieles de conejo y las cerdas de puerco como objetos de gran valor.

— No es eso solo lo que os ha decidido, repuso Antonio riendo.

— Tal vez me indujo á eso otro motivo, dijo Pix. Era necesario que yo permaneciese aquí á causa de mi esposa, y comprendéis muy bien que despues de haber sido gerente en esta casa, yo no podía dedicarme al mismo ramo de comercio. Conozco todos los negocios del principal mejor que él, y todos los parroquianos me conocen mas que á M. Schröter. Yo le hubiera perjudicado, aun cuando mis capitales sean menores que los suyos. Hubiera podido hacer fácilmente buenos negocios, pero esta casa se hubiera resentido. Era indispensable pues dirigir mis miras á otra parte. Fuí á encontrar á M. Schröter en cuanto adopté mi resolución, y hablé con él sobre el particular. Yo no os haré la competencia, le dije, mas que en un artículo, en la crin de caballo; pero en él os llevaré la ventaja. Esto es lo que le dije al principal.

— La casa puede soportar muy bien esa desgracia, dijo Antonio sacudiendo la mano del comerciante en pieles.

No era solo en el escritorio, sino también entre los trabajadores del gran almacén, que se había operado un cambio. El padre Sturm, el fiel amigo de la casa, amenazaba retirarse para siempre de los negocios del mundo.

Una de las primeras personas por quien preguntó Antonio á su regreso, fué Sturm, que hacia ya algunos días que no se encontraba bien y no salía de casa. Lleno de inquietud, Antonio corrió, la segunda noche siguiente á su llegada, á la morada del coloso.

Desde la calle oyó un extraño murmullo, como si un enjambre de abejas gigantes se hubiese establecido en la casa de color de rosa. Cuando se acercó, el murmullo se hizo mas perceptible pareciéndose al lejano rugido de una manada de leones. Cuando abrió la puerta, tuvo que detenerse en el umbral, porque en el primer momento, no vió nada en el aposento mas que un humo impenetrable, entre el cual ondulaba con pálido y amarillo resplandor un punto luminoso. Poco á poco descubrió algunos globos sombríos colocados á guisa de planetas al rededor de esta luz. Algunas veces se movía una cosa que podía ser muy bien un brazo de hombre, pero que parecía una pata de elefante.

Al fin, la corriente de aire que entraba por la puerta puso el humo en movimiento, y pudo dirigir á través de los vapores algunas miradas hasta el fondo del aposento. Jamás morada humana había tenido mayor semejanza con un fumadero de ciclopes. Al rededor de la mesa estaban sentados seis gigantes, tres en el banco y tres en sillas de encina; todos fumaban y tenían delante de sí pucheros de madera llenos de cerveza. El terrible murmullo era producido por su conversacion, que resonaba de aquella manera porque hablaban bajo, como conviene en la habitación de un enfermo.

— Yo oigo algo, dijo al fin una potente voz; es preciso que haya entrado alguien. Entra un aire frío, y la puerta está abierta. ¿Quién está ahí? que se anuncie.

— ¿Señor Sturm? gritó Antonio desde la puerta. Los globos se agitaban describiendo un círculo y oscurecieron la luz.

— ¿No oís? gritó de nuevo la voz. Ha entrado alguien.

— Sí, contestó Antonio, y amigo vuestro antiguo.

— Yo conozco esa voz, se oyó gritar vivamente al rededor de la mesa.

Antonio se acercó á la luz, y los cargadores se levantaron todos pronunciando su nombre en alta voz. El padre Sturm se abalanzó hasta la extremidad del banco y tendió las dos manos á Antonio.

— Yo sabia ya por mis camaradas que estabais de vuelta. A Dios gracias os veo sano y salvo de regreso de ese país de vocingleros y segadores de cabezas, causándose eso gran contento.

Antonio colocó su mano entre las del anciano Sturm, que primero la estrechó fuertemente, y luego la acarició con ternura; en seguida pasó á las de otros cinco colosos, y salió de ellas encarnada, hinchada y lastimada en tal disposición, que Antonio se apresuró á meterla en el bolsillo. Mientras los cargadores cambiaron uno tras otro su saludo con Antonio, Sturm preguntó bruscamente:

— ¿Cuándo vuelve mi Carlos?

— ¿Le habeis escrito que venga? preguntó Antonio.

— ¿Escribir? replicó Sturm sacudiendo la cabeza; no, no le he escrito. Yo no podía hacerlo á causa de su posición, porque si le escribiera: Vente, vendría, aun cuando se interpusiera en el camino un millon de esos infames armados con hoces. Además podría ser necesario allá abajo al lado de sus amos; por consecuencia,



si no viene por su propia inspiracion, no lo considerará conveniente.

— Vendrá para la primavera, dijo Antonio observando á Sturm.

El anciano cargador sacudió nuevamente la cabeza. — A la primavera no vendrá para verme. Es posible que mi enano venga para ese tiempo; pero no será para ver á su padre.

Tomó el cántaro de cerveza, bebió un buen trago, lo tapó y tosió violentamente; luego miró á Antonio con resolucion, y apoyando el puño en la mesa:

— Cincuenta, dijo; dentro de quince dias los habré cumplido.

Antonio pasó el brazo por encima del hombro de Sturm y miró á los colosos, que estaban con el cigarro en la mano, como el coro de una tragedia griega.

— Mirad, señor Wohlfart, empezó el corifeo, que considerado como hombre, era muy inferior á su jefe en estatura; yo os explicaré eso. Se le ha metido en la cabeza á ese hombre que se debilita, que esta debilidad irá en aumento, y que dentro de algunas semanas llegará un dia en que nos veremos obligados á llevar un limon en la mano y una gasa en el brazo (1). Pero eso no es...

Todos movieron la cabeza y miraron á su jefe con ademán de desaprobacion.

— Es una antigua cuestion entre él y nosotros, con motivo de su quincuagésimo aniversario. Ahora quiere tener razon; eso es todo, y nuestra opinion es de que se engaña. Que no tiene tanta fuerza, eso es muy posible, pero esto sufre alternativas; tan pronto tiene mas como tiene menos. ¿Qué necesidad hay de que piense en retirarse? Quiero decir, señor Wohlfart, lo que hay en todo esto. Una extravagancia suya.

Todos los gigantes confirmaron con un movimiento de cabeza las palabras del orador.

— ¿Pues qué, está enfermo? preguntó Antonio con inquietud. ¿Dónde teneis el mal, amigo mio?

— Está aquí y allá, contestó Sturm; flota en el aire y desciende lentamente; quita la fuerza, luego la respiracion; empieza por las piernas y va subiendo.

Al decir esto, mostró las piernas.

— ¿Os cuesta acaso trabajo manteneros en pié? preguntó Antonio.

— De eso se trata, contestó el gigante. Eso me es cada dia mas penoso. Y yo te le digo, Wilhelm, continuó dirigiéndose al orador, dentro de quince dias todo se habrá acabado; y entonces, no habrá nada mas triste que vuestros limones y vuestras caras durante cierto número de horas, hasta la noche. Entonces volvereis, y os sentareis todavia en este sitio. Yo tendré buen cuidado de que las canillas estén dispuestas lo mismo que en este momento; podreis hablar del viejo Sturm como de un camarada que ha hallado su reposo, y que no tendrá ya nada que ver con los fardos: porque yo espero que en el otro mundo no hay nada pesado.

— ¿Le ois? dijo Wilhelm con voz turbada, ya veis cómo desvaria.

— ¿Qué dice el médico de vuestra enfermedad? preguntó Antonio con interés.

— Sí, el médico, dijo el viejo Sturm, si se le quisiera interrogar, hablaria lo bastante; pero no se le consulta. Entre nosotros sea dicho, no hay gran cosa que fiar en los médicos. Pueden saber muy bien lo que pasa en el interior de los demás, no lo niego; pero ¿de dónde les ha de venir el conocimiento de lo que nos pasa á cualquiera de nosotros? No hay ningun médico que pueda ni sepa cómo se ha de levantar una barrica.

— Puesto que no teneis médico, querido señor Sturm, empezaré yo por serlo, dijo Antonio; y corriendo á la ventana, la abrió de par en par. Si vuestra respiracion se vuelve penosa, esta atmósfera cargada es un veneno para vos, y si sufris de las piernas, tambien es necesario que os abstengais de beber.

Y trasladó las canillas á la otra mesa.

— ¡Ah, ah, ah! dijo Sturm observando el afán de Antonio, la prescripcion es buena, pero no sirve de nada. Un poco de humo caliente la habitacion, y en cuanto á la cerveza, ya estamos acostumbrados á ella. Como permanezco todo el dia sentado en este banco sin hacer nada, sin ver á nadie, soy feliz cuando por la noche mis camaradas encuentran en mi casa una distraccion. Entonces me hablan, oigo el metal de su voz, y me pongo al corriente de los negocios y de lo que ocurre en el mundo.

— Pero á lo menos, vos debeis absteneros de beber y de fumar. Vuestro Carlos os diria lo mismo; puesto que no está aquí, permitidme que ocupe su lugar.

Y volviéndose hacia los cargadores:

— Quiero probarle que no obra bien; dejadme media hora á solas con él.

Los gigantes se retiraron; Antonio se sentó enfrente del enfermo, y le habló de lo que mas placer causaba al padre, le habló de su hijo.

Sturm olvidó sus sombríos presentimientos y acabó por encontrarse en la mas feliz disposicion. Al fin miró á Antonio con los ojos medio cerrados, y le dijo en tono confidencial inclinándose hacia él:

— Mil novecientos escudos; todavia volvió aquí una vez.

— ¿Pero supongo que no le dariais nada? preguntó Antonio inquieto.

— Nada mas que cien escudos, dijo el cargador como para excusarse. Ahora el pobre teniente ya no existe. ¡Tenia un aire muy marcial con tanta cordonadura en

el uniforme! Mientras el hombre es hijo, no deberia morir. Eso es un gran dolor.

— He hablado de vuestro crédito á Fink, dijo Antonio; él adoptará sus disposiciones para que se os pague.

— A Carlos, repuso el anciano mirando el aposento. Y vos, señor Wohlfart, os encargareis de entregar en manos de mi Carlos lo que hay aquí en el cofre, si no debo volver á ver á mi hijo.

— Si no renunciáis á ese pensamiento, Sturm, contestó Antonio, me convertiré en vuestro enemigo, y no os trataré en adelante mas que con una extrema dureza. Mañana por la mañana volveré y traeré en mi compania al médico de M. Schröter.

— Puede ser tal vez un hombre excelente, dijo Sturm; sus caballos están bien cuidados, son grandes y están gordos; pero ¿qué puede hacer por mí?

Al dia siguiente el médico visitó al enfermo.

— Yo no puedo considerar todavia su estado como peligroso, dijo; tiene los piés hinchados, y eso puede desaparecer; pero una vida inactiva y sedentaria es de tal manera contraria á un cuerpo tan robusto y la dieta le es tan perjudicial, que se puede temer el desarrollo de una peligrosa enfermedad.

Antonio escribió en seguida á Carlos el dictámen facultativo y añadió:

«En estas circunstancias, la manía de tu padre de que no pasará de los cincuenta años me causa una gran inquietud. Lo mejor seria que pudieras venirte para ese aniversario.»

Desde que escribió esta carta á Carlos, se pasó un intervalo bastante largo, durante el cual Antonio visitó diariamente al enfermo. No habia ningun cambio notable en el estado de Sturm; pero él continuaba obstinadamente aferrado á su idea de que no sobreviviria á su quincuagésimo aniversario. Una mañana, entró el criado en el cuarto de Antonio, y le anunció que el cargador Sturm deseaba vivamente hablarle.

— ¿Está peor? preguntó Antonio asustado. Voy en seguida á su casa.

— El mismo está ahí con su carruaje delante de la puerta, dijo el criado.

Antonio salió corriendo á la puerta. Allí encontró una carreta; encima del tejido de mimbres habian fijado unos grandes aros, y encima de estos estaba tendido un toldo blanco. Se levantó una punta de este, y asomó la cabeza del padre Sturm, cubierta con un enorme gorro forrado de piel. Desde la elevacion en que se encontraba, el gigante miró á Antonio y á los muchachos que se congregaron en derredor del carruaje, como el gran fantasma mira á los niños asustados; pero su propio rostro estaba demudado, y alargó un papel á Antonio:

— Leed eso, señor Antonio. Enteraos de la carta que he recibido de mi pobre Carlos. Es necesario que vaya á su lado sin pérdida de momento. Al dominio detrás de Rosmin, dijo al conductor, hombrecillo rechoncho, que permanecia al lado del carruaje.

Antonio leyó la carta. La letra era del guardabosque, y se quedó atónito al leer el contenido:

«Querido padre, yo no puedo acudir á tu lado, porque un guañero acaba de quitarme lo que me quedaba de la mano derecha. Por este motivo te ruego que inmediatamente despues de haber recibido esta carta vengas á ver á tu pobre hijo. Toma un gran carruaje y hazte conducir hasta Rosmin. Allí te apeará en el *Ciervo encarnado*. En el *Ciervo* encontrarás ya esperándote un carruaje y un mozo del dominio. El mozo no entiende una palabra del alemán, pero es un buen muchacho y sabrá conocerte. Para el viaje comprate una piel, como tambien unas botas forradas que te suban hasta por encima de las rodillas y que estén guarnecidas de cuero por encima. Si no encuentras botas bastante grandes para tus gigantescas piernas, el padrino Pelletier sabrá muy bien, aunque sea de noche, coserte una piel á los piés para que estos los tengas abrigados. Saluda á M. Wohlfart.

» Tu apasionado CARLOS.»

Antonio tenia la carta en la mano sin saber lo que le pasaba.

— ¿Qué me decís de esta nueva desgracia? preguntó el gigante compungido.

— De todos modos, es indispensablemente necesario que acudais sin pérdida de momento al lado de vuestro hijo, contestó Antonio.

— Sin duda, dijo el cargador. La desgracia me agobia rudamente. Además de esto, pasado mañana cumplo cincuenta años.

— Antonio fijó la atencion en la coincidencia.

— Pero ¿vais bien arreglado para el viaje como desea Carlos?

— Sí, dijo el gigante recorriendo el toldo; todo está en orden, la piel y las botas tambien.

Antonio miró hacia el interior del carruaje, y le costó gran trabajo mantenerse serio. Envuelto en una gran piel de lobo, Sturm ocupaba todo lo ancho del vehículo. Sus piés iban cosidos tambien dentro de una piel de lobo: si alguna vez podia decirse que se asemejaba á un monstruo, era en aquel momento. Tocaba al techo con su gran gorro blanco, y las columnas que tenia por piernas llenaban todo el vacío que quedaba desde el asiento del conductor hasta la trasera del carruaje. Estaba sentado encima de una almohada, y apoyaba su espalda en un saco de forraje. El pequeño espacio que quedaba desocupado en la carreta, le llenaban lios y provisiones de todas clases, que los cargadores habian atado y empaquetado artísticamente en derredor suyo, y enteramente delante de él pendia de uno de los aros un sal-

chichon ahumado y una descomunal botella. En esta disposicion se asemejaba á un oso de los primitivos tiempos en su campamento de invierno; á su lado pendia un gran sable.

— Este es para esos malditos guañeros, dijo blandiéndole encolerizado. Ahora tengo todavia que hacer una súplica importante. Wilhelm guarda la llave de mi casa. Os ruego que os encargueis de la caja que estaba debajo de mi cama; conservadla para mi Carlos.

— Confiaré la caja á M. Schröter, contestó Antonio; ha ido al ferro-carril, y debe volver de un momento á otro.

— Saludadle de parte mia, dijo el gigante, á él y á la señorita Sabina, y decidles á todos que les agradezco de corazon cuantas bondades me han dispensado durante mi vida, como tambien á mi hijo Carlos.

Miró hacia el vestibulo con emocion.

— ¡Cuántos años he trabajado ahí dentro! Si los años de vuestras pesas están lisos y relucientes como si los hubieran pulido, mis manos han contribuido especialmente á ello. Ningun negocio, bueno ó malo, se ha hecho aquí sin mi auxilio durante treinta años; puedo decirlo muy bien, señor Wohlfart, siempre he tenido amor al trabajo. Yo no haré rodar ya mas vuestros toneles, añadió dirigiéndose á los mancebos del almacén. Otro será el que os ayude á aplicar las escalas al carruaje. Acordaos alguna vez del viejo Sturm cuando hagais rodar una barrica de azúcar. No hay nada eterno en el mundo. Por muy fuerte que uno sea, tambien llega su fin; pero esta casa, señor Wohlfart, mientras tenga un jefe como el actual secundado por hombres como vos y con un pesador exacto, existirá siempre floreciente. Este es el deseo mas ardiente de mi corazon.

Cruzó sus manos encima de los aros de mimbre, y gruesas lágrimas corrieron por sus mejillas.

— Ahora, señor Wohlfart, adios; dadme vuestra mano, dijo quitándose un gran guante de piel y tendiendo la mano fuera del carruaje. Y vosotros, Pedro, Francisco, Gottfried y todos los mozos, adios, y conservad de mí un buen recuerdo.

El perro de Sabina acudió bullicioso al lado del carruaje y saltó á él.

— Aquí está tambien el viejo Pluton, exclamó Sturm pasando la mano por encima de la cabeza del perro. Adios, mi buen Pluton. El perro le lamió la mano. Adios todos, gritó el viajero. ¡A Rosmin, conductor! y se acurrucó en el carruaje.

La carreta rodó sobre el enlosado. Al cabo de algun rato, el blanco toldo se levantó de nuevo, la gruesa cabeza de Sturm miró hacia atrás, y su mano hizo un último saludo.

Antonio estuvo durante algunos dias inquieto vivamente por la suerte de Sturm. Al fin recibió una carta escrita de mano de Carlos.

«Querido señor Wohlfart, decia, ya habreis comprendido bien por qué escribí de la manera que lo hice á mi Goliath. Era preciso obligarle á abandonar su casa y arrancarle á la idea que se habia fijado en su imaginacion sobre su aniversario. En mi ansiedad, imaginé una mentira. Hé ahí cómo ha ocurrido todo:

» La víspera de su aniversario, el mozo le aguardaba en Rosmin, en el *Ciervo encarnado*. Yo mismo habia ido á caballo á la posada de enfrente, para ver cómo llegaba mi padre y qué cara tenia. Yo me mantuve oculto. Hacia medio dia, llegó el carruaje andando lentamente. El conductor ayudó á bajar á mi padre, porque esto le costaba trabajo, al punto de que yo temiera por sus piernas; pero la culpa la tenian las pieles y el mareo. Una vez en la calle, mi padre sacó una carta, la leyó, y luego se colocó delante de Jasch, que habia corrido al encuentro del carruaje, y que debia hacer como si no entendiera del alemán ni una palabra, supliendo el lenguaje por medio de signos y movimientos exagerados con las manos. Mi padre puso las manos á dos piés del suelo, y como el mozo movia la cabeza, mi Goliath se bajó hasta tocarle. Esto sin duda queria decir: «Mi enano;» pero Jasch no podia comprenderle; luego mi padre juntó las manos y sacudió tan fuerte palmada cerca de las narices de Jasch, que el mozo, asustado ya á la vista del coloso, estuvo casi á punto de huir.

» Entre tanto mi padre con todos sus cachivaches se colocó en nuestro cabriolé, despues de haber dado mil vueltas al derredor de él y haberlo mirado con desconfianza. Al fin partió.

» Yo habia encargado al mozo que fuera directamente á casa del guardabosque, con quien yo lo habia arreglado ya todo. Yo mismo á caballo les tomé la delantera por un atajo, y cuando el carruaje llegó hacia la noche, me metí en la cama del guardabosque, y me hice atar la mano por debajo del cobertor para que no pudiera sacarla en el transporte de mi alegria.

» Cuando mi padre se acercó á la cama, estaba tan conmovido que lloraba, causándome pena verme obligado á engañarle. Yo le dije que ya me encontraba mejor de mi herida, y que el médico me habia dado permiso para levantarme al dia siguiente. Esto le tranquilizó algun tanto, y me dijo con rostro grave, que se alegraba, porque el dia siguiente seria para él un gran dia, y que me veria precisado á permanecer al lado de su cama; y al decirme esto volvió á su mania. Pero esto duró poco tiempo, y pronto se puso alegre; habiendo llegado el guardabosque, comimos en comunidad lo que me habia mandado desde el castillo la señorita. Yo serví cerveza á mi padre, que la encontró muy mala; en vista de ello el guardabosque arregló un ponche que bebimos los tres, el guarda, mi padre con sus lúgubres pensamientos, y yo con mi mano cortada.

(Se continuará.)

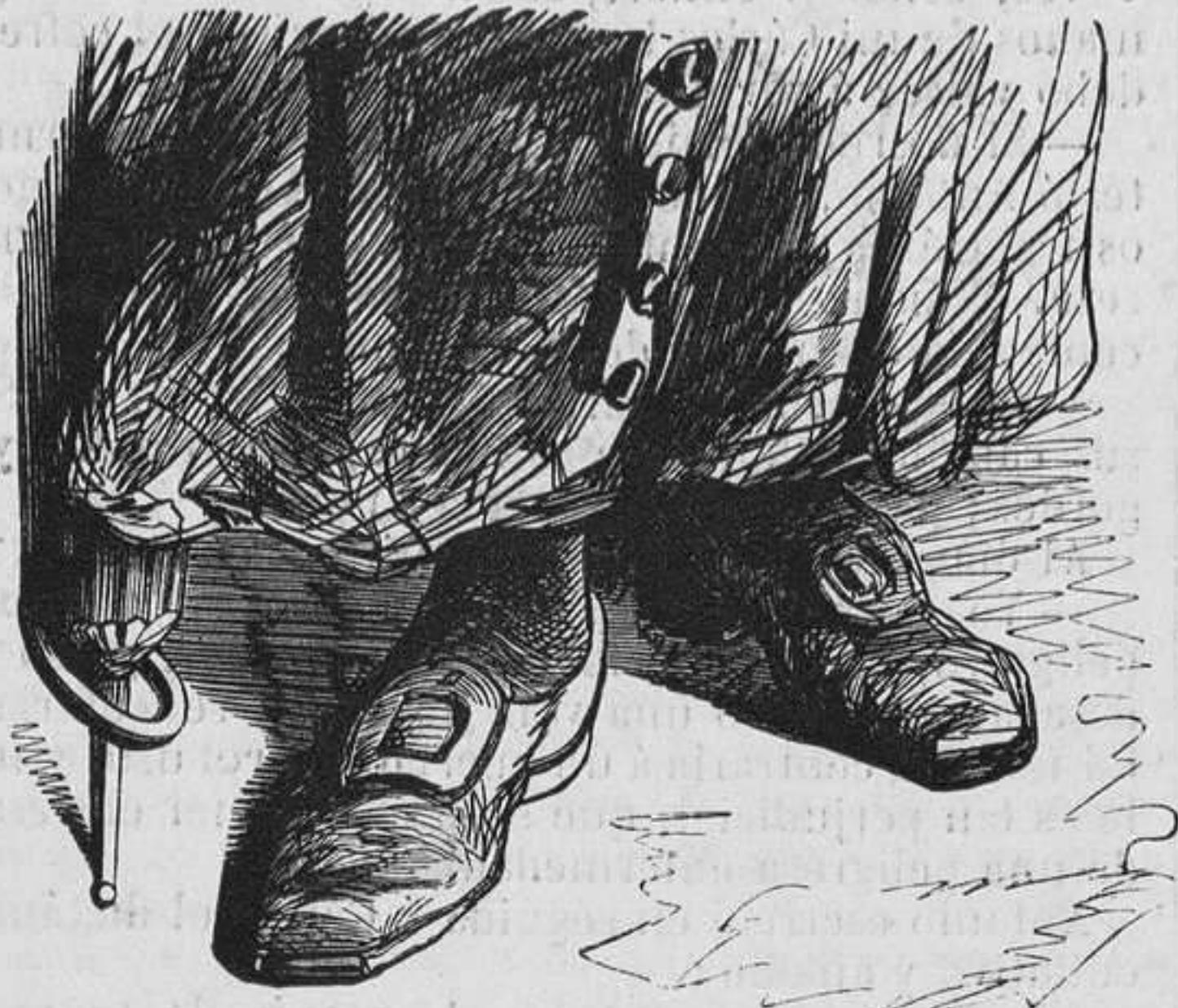
(1) Alusion al servicio fúnebre y al entierro de un cargador.



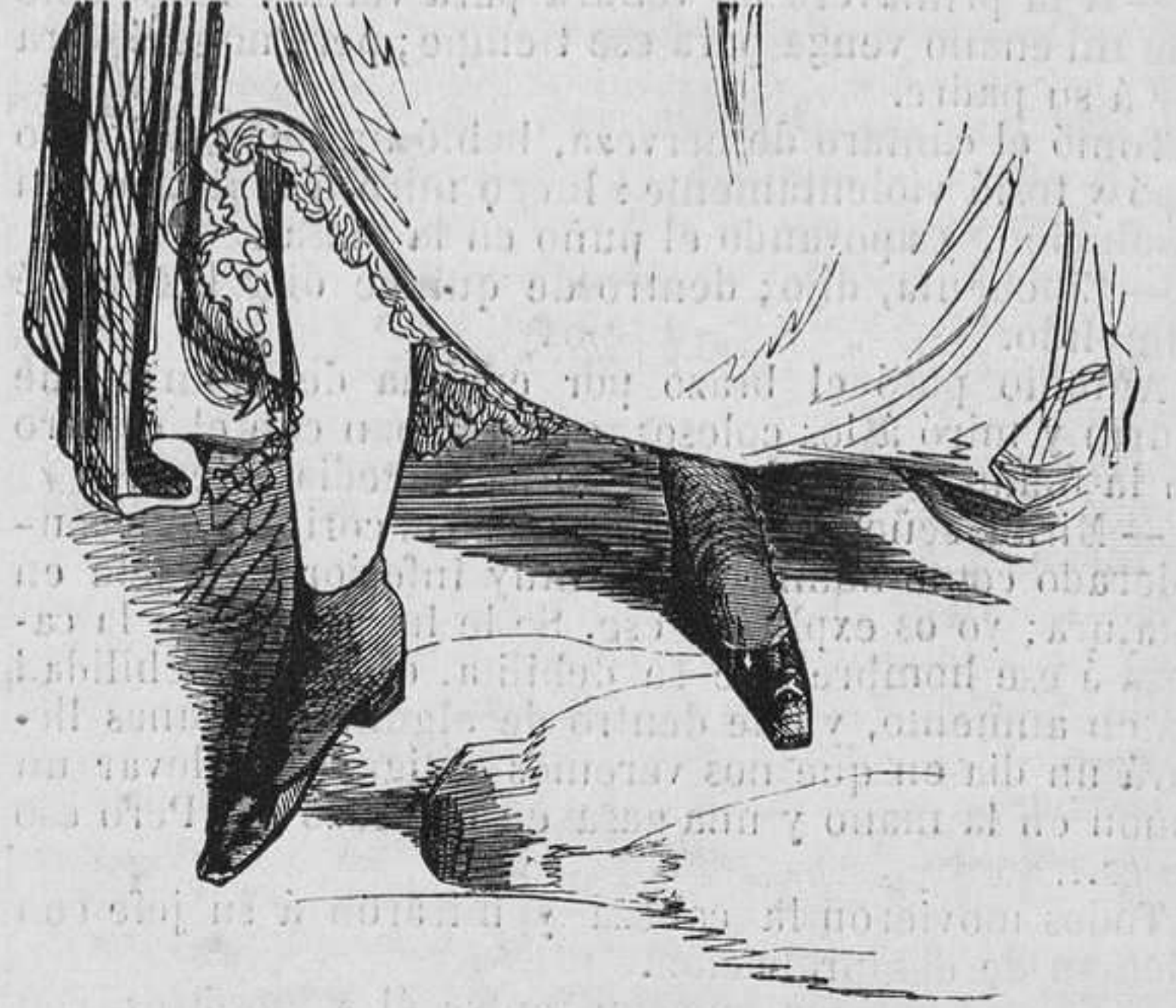
Los piés y las manos. — Estudio de expresiones, por Morin.



Amar eternamente.



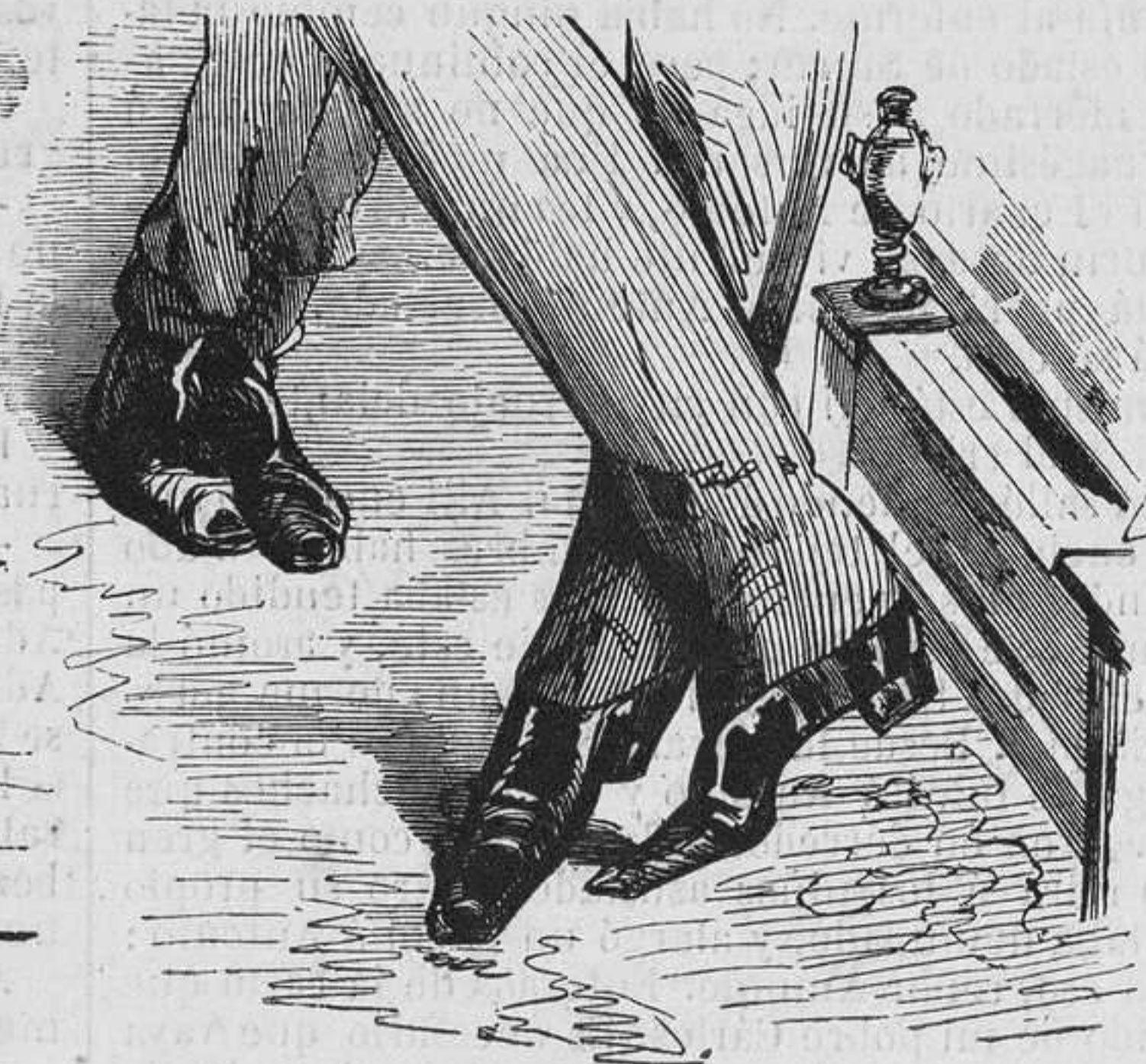
Inocencia.



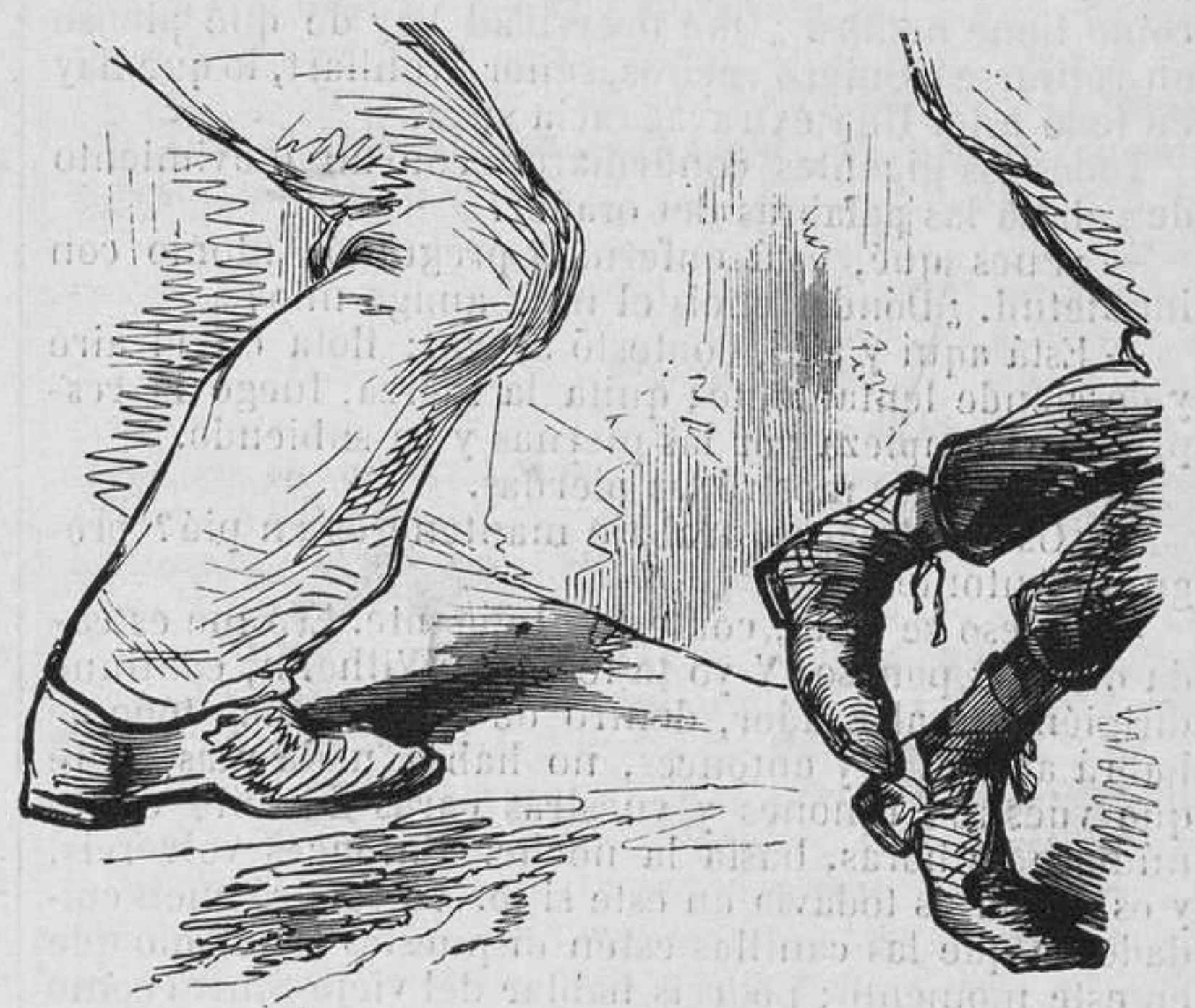
Elegancia equívoca.



Expresion de alegría.



El betun y el cnarol. — Contraste.



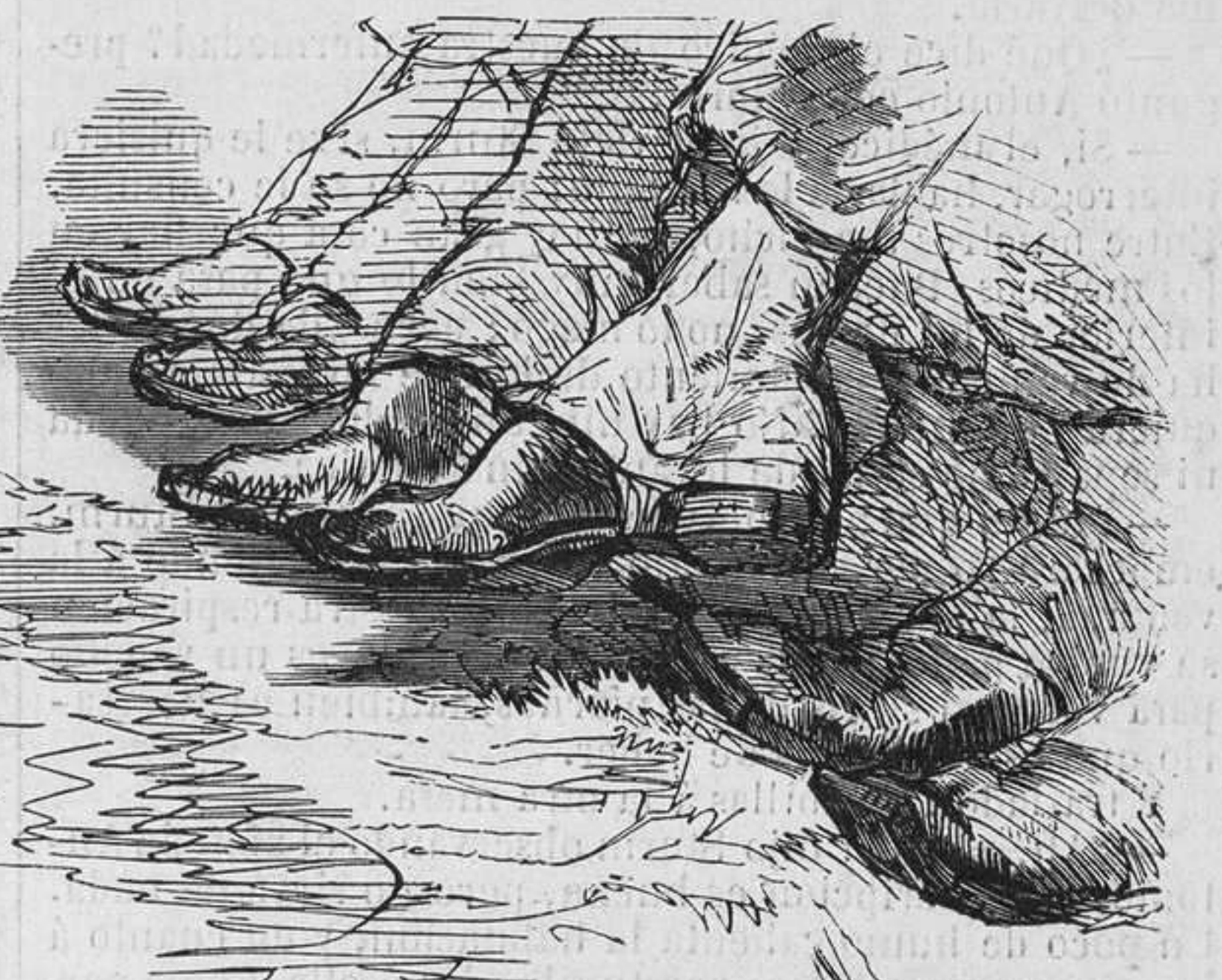
Problema.



¡Ladron! ¡Ladro



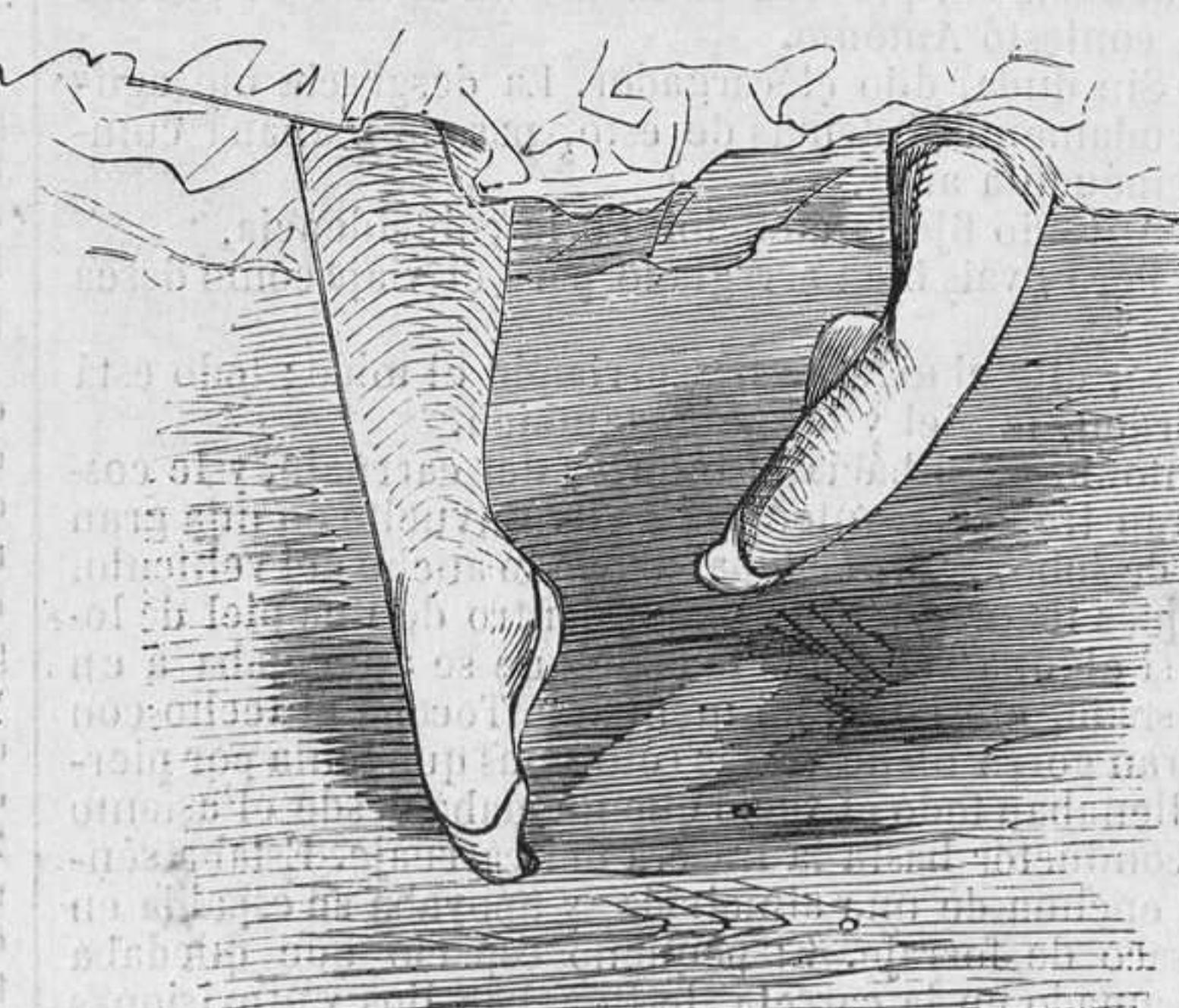
Descanso forzoso.



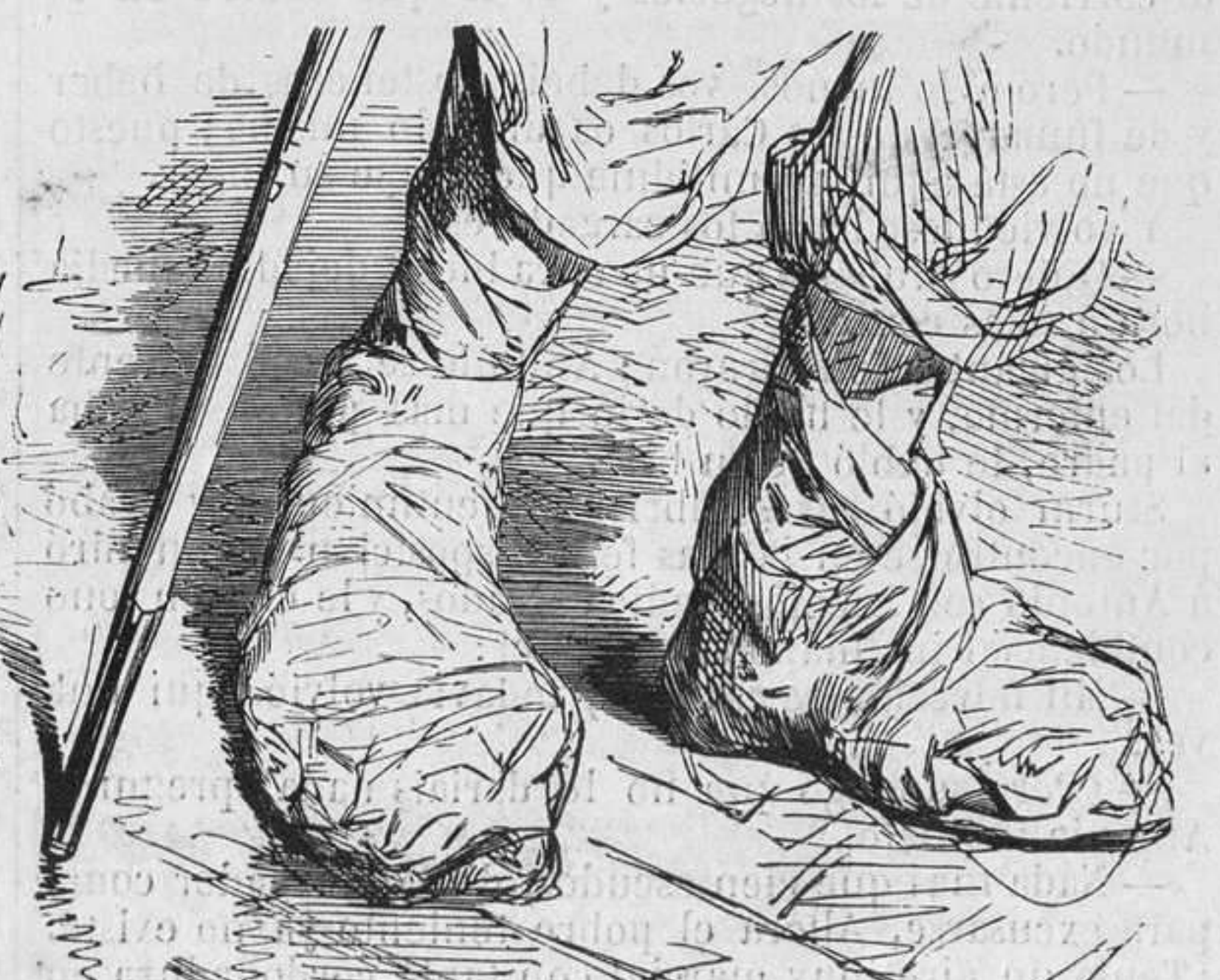
¡A la gloria, a la victoria!



Salida del baile.

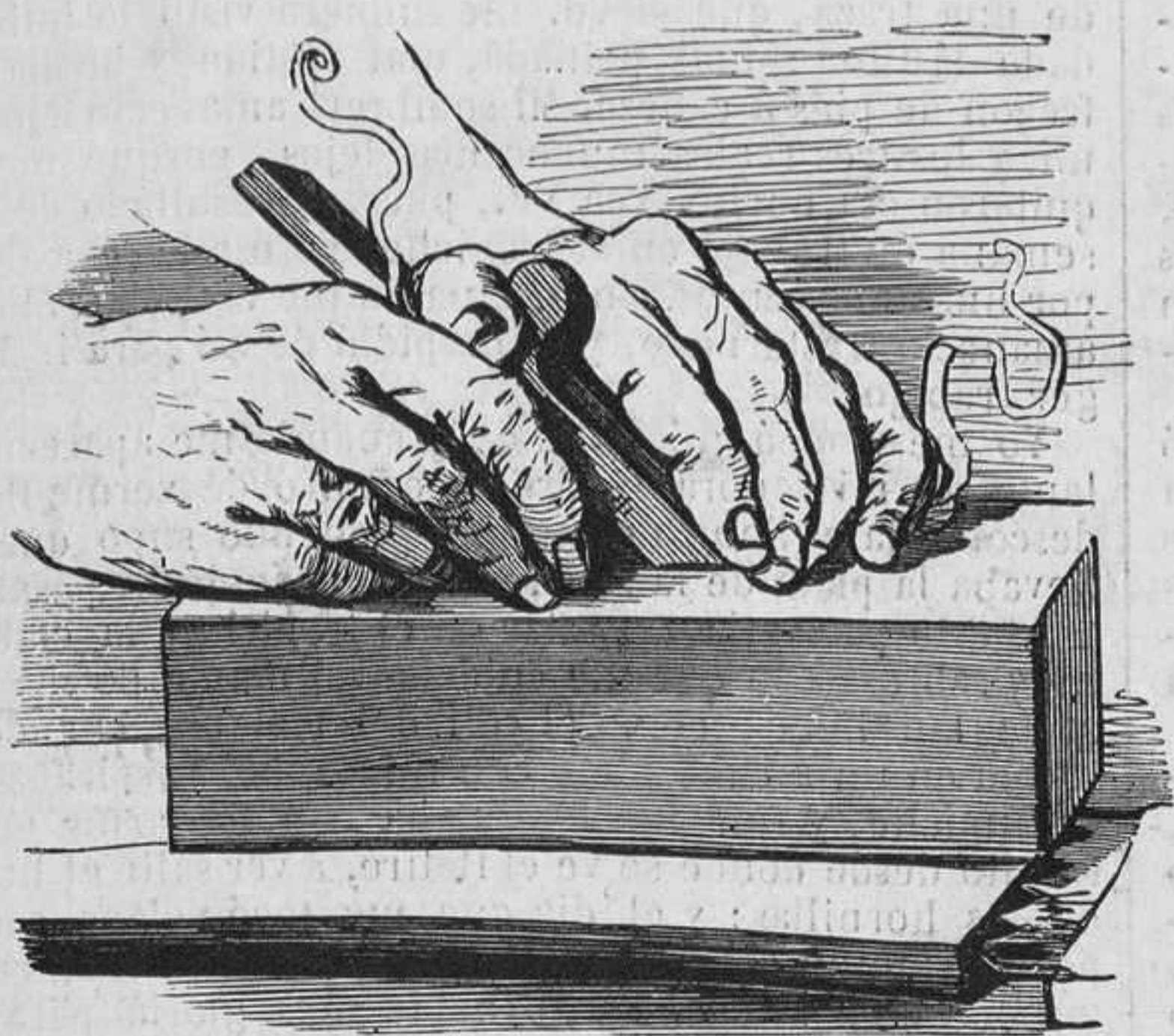


Mujer ligera.

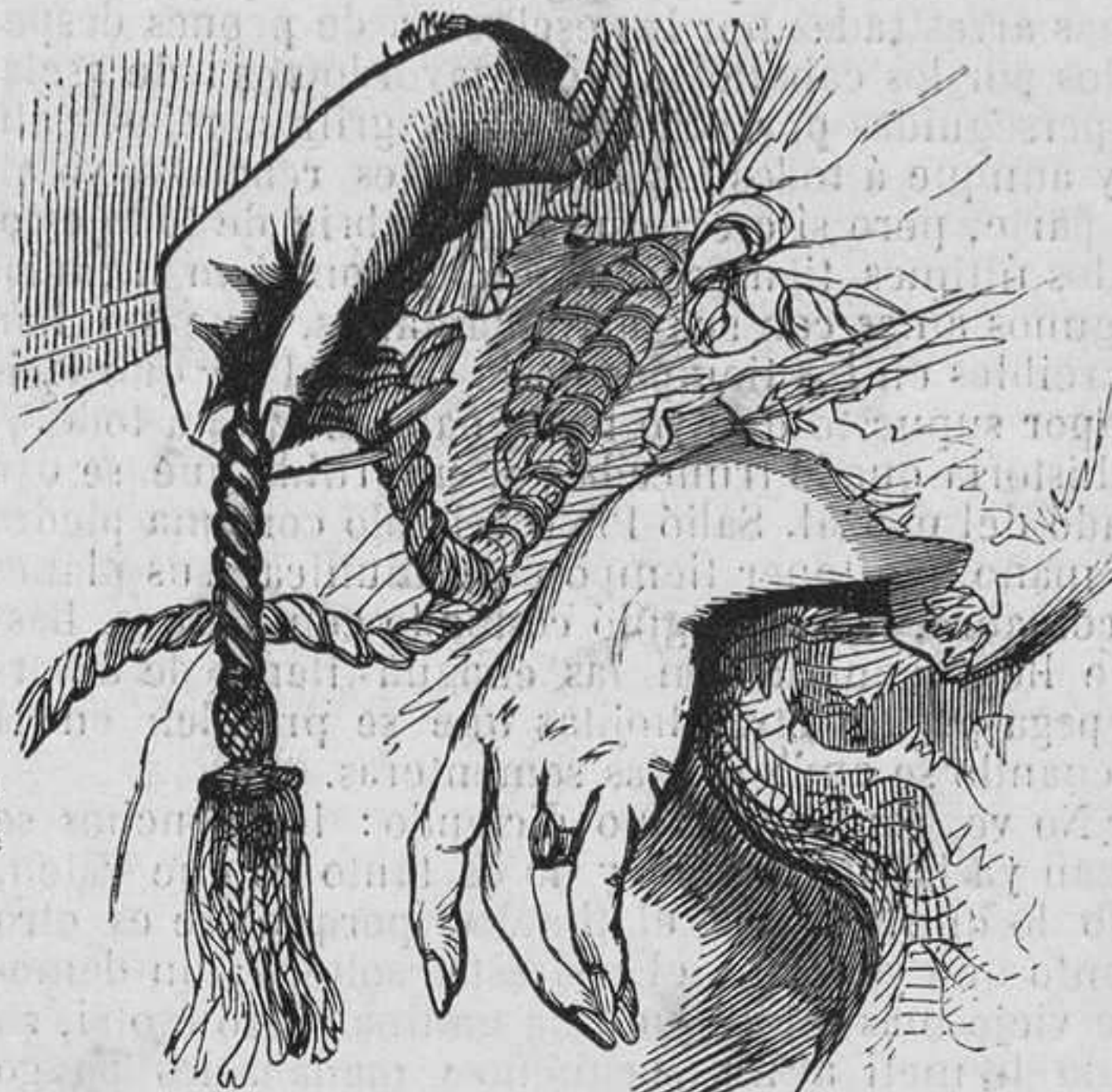


Muestra de pedicuro.





El trabajo.



La ociosidad.



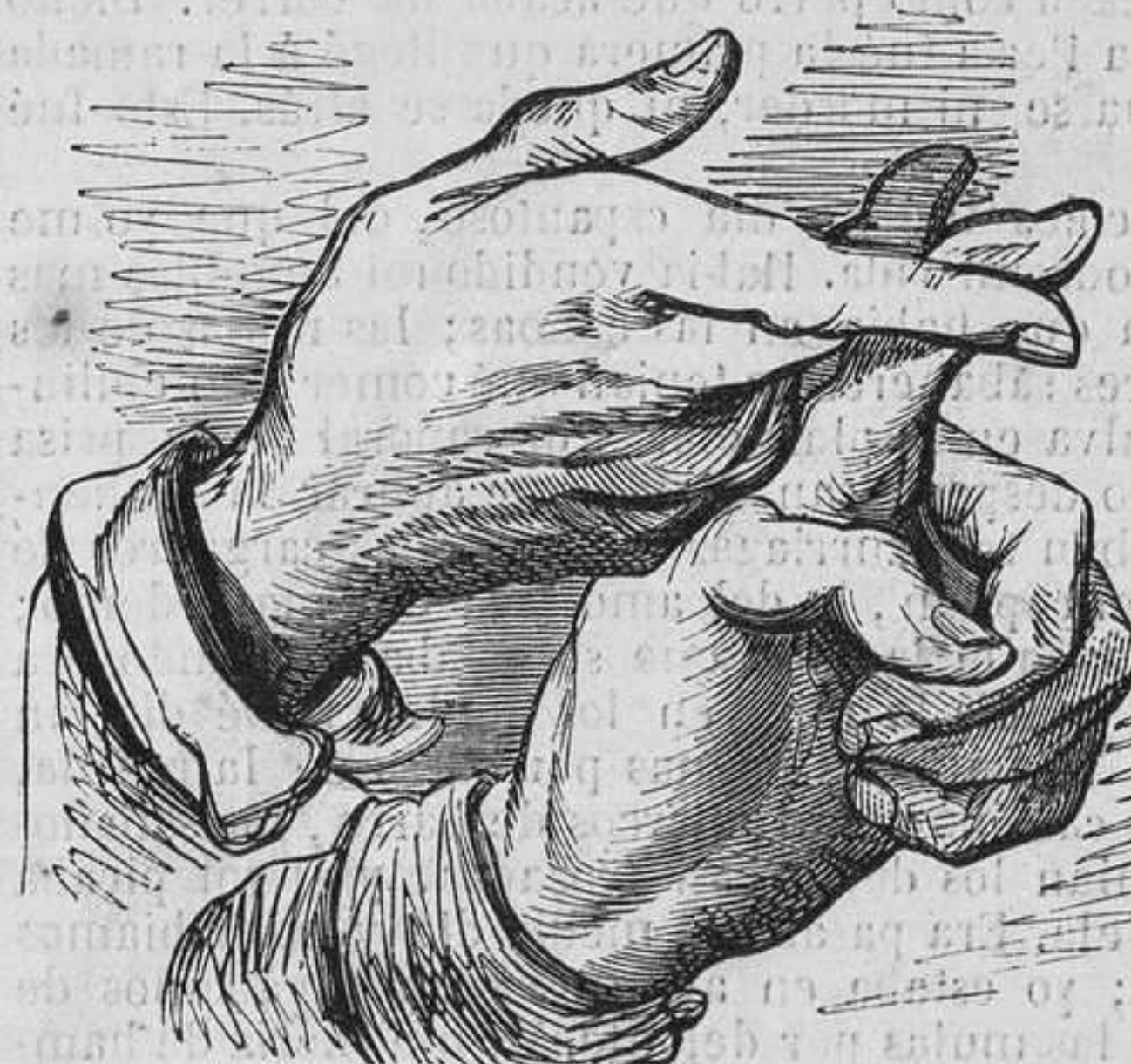
Amargo desengaño.



Rapacidad.



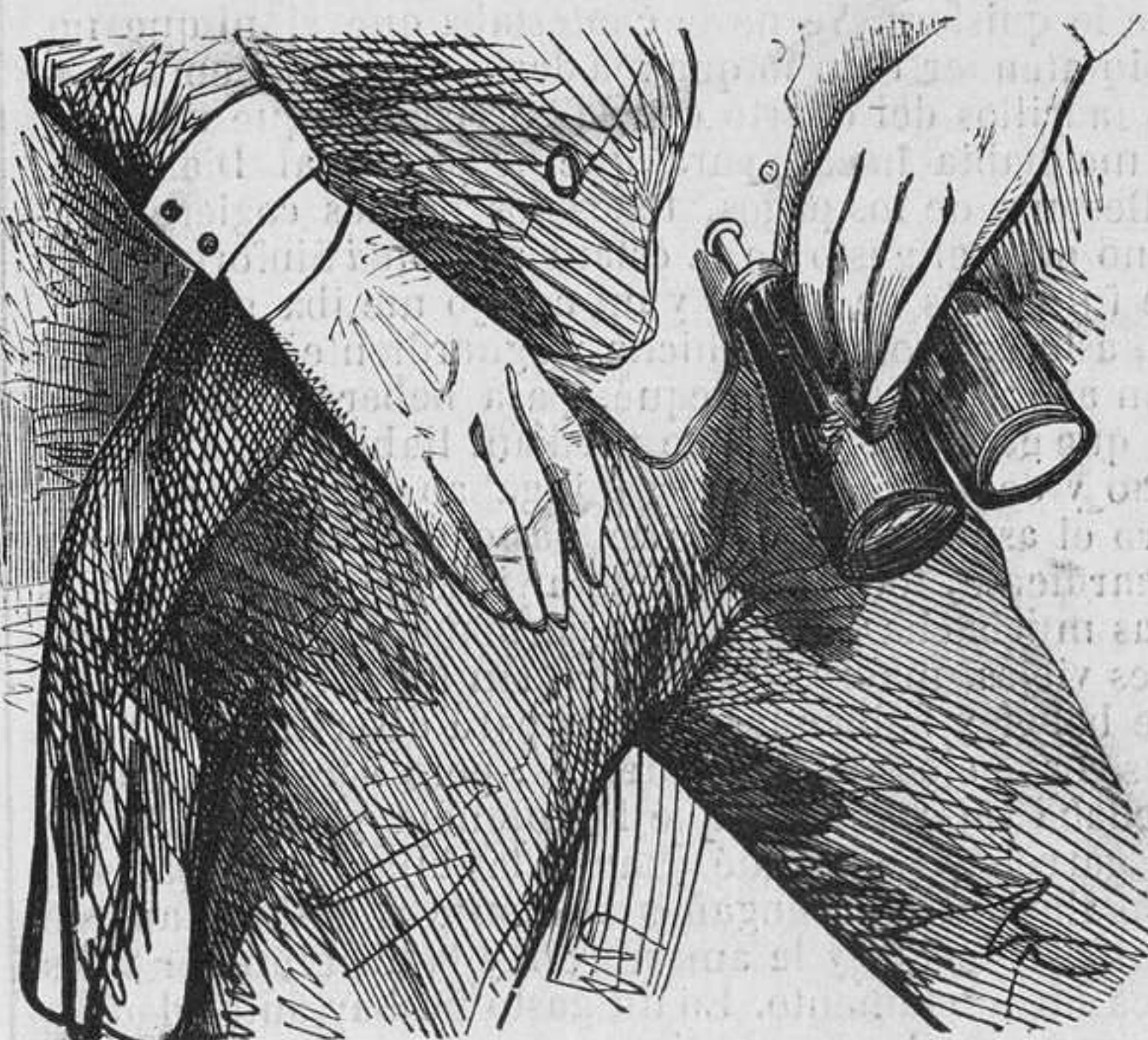
Cordialidad.



Historia complicada.



Vanidad sencilla.



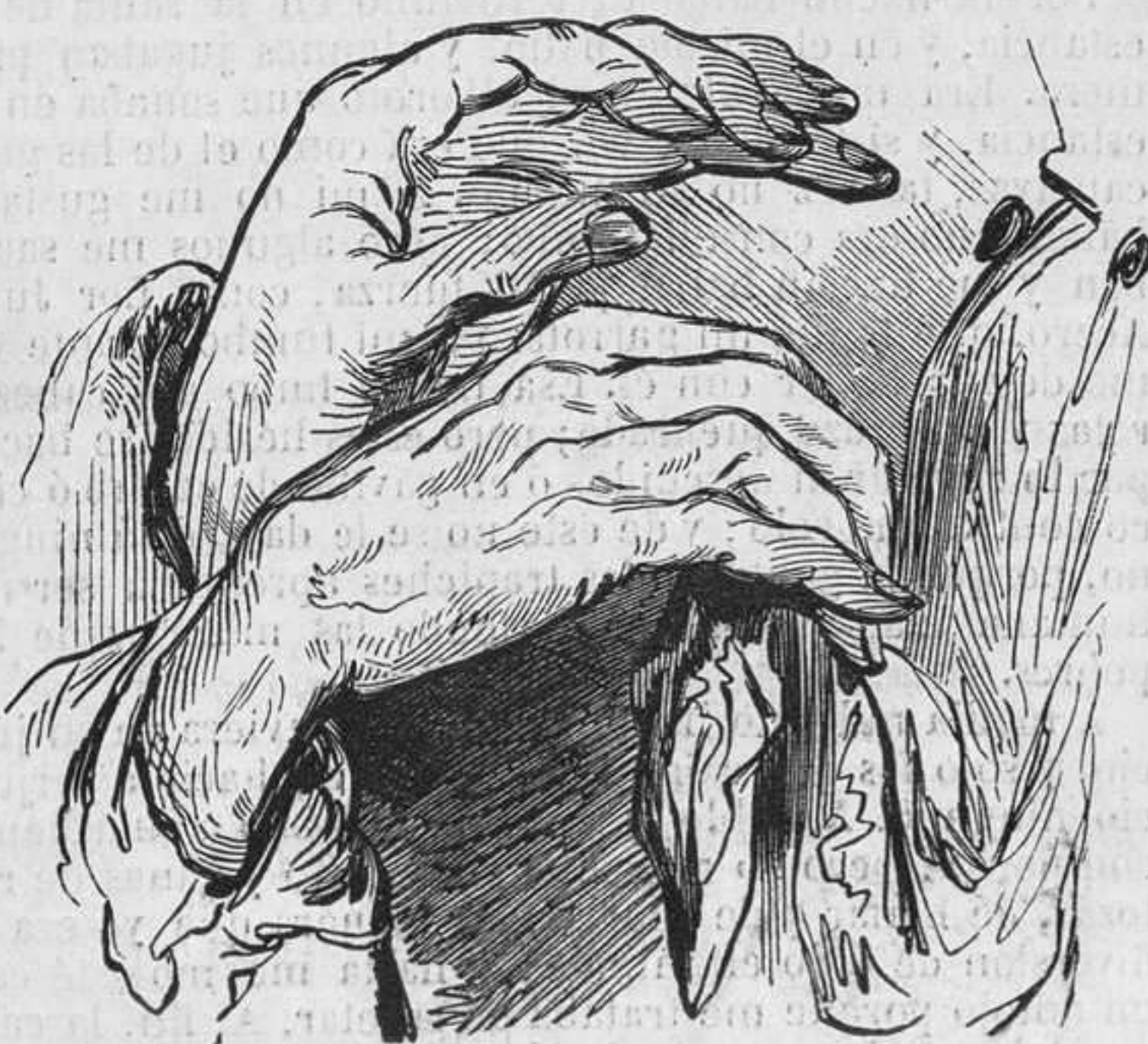
Fatuidad.



Desafío y amenaza.



Torpeza.



Destreza.



Anglomania.



## Manuela,

NOVELA ORIGINAL POR EUGENIO DIAZ.

(Continuación.)

Este era el mismo carguero que me había hablado en el cárcamo de la hornilla, era Pablo Ramirez, á quien Vd. conoce, el cual se fué al barzal y no dilató ni siete credos en volver con la Perla del cabesiro. Ya estaba aclarando el día. Los otros cargueros se habían ido al corte, y yo me moría de afán porque el capitán me había prometido que si me atrasaba en un viaje me descontaba el real; pero el que me libró de los azotes me sacó del segundo apuro ayudándome á empajar y enjalar la Perla, tan pronto como me limpio un ojo.

Pablo me enseñó todas las industrias para manejar la Perla de modo que no mordiera, que no se deslomara y que no se atrasara en el camino. El remedio para que no se deslomara era apretarle el cinchon con el garrote hasta dejarla casi trozada, como cintura de abispa. Así fué que la tapé los ojos con mi pañuelo, le eché caña encima hasta que ya no se veía, y le torcí el cinchon con el garrote con que se acostumbra apretar las cargas en los trapiches; y para que el remedio quedara bien hecho, puse una rodilla en la tierra, eché la cara para atrás, cerré los ojos, apreté los dientes y torcí el garrote, y lo torcí hasta que la mula estaba ya delgadita, y hasta que berreaba como un marrano, con la lengua sacada como perro que acaba de correr. Dicho y hecho, la Perla fué la primera que llegó á la ramada sin deslomarse, ni morder, ni quedarse atrás. Esto fué el martes.

El miércoles fué un día espantoso, del que yo me acordaré toda mi vida. Había vendido mi amo Blas mas miel de la que había en las canoas; las mulas de los compradores sabaneros no tenían qué comer sino chilinchile y malva en la plazuela, y el caporal metía prisa para que lo despacharan. Había que apurar la molienda, y andaban tres zurriagas detrás de los cargueros de caña, la del capitán, la del amo y la del mayordomo; y lo peor era que la caña que se estaba moliendo era viche y no rendía la miel en los fondos. ¡Qué día tan espantoso! Yo tenía las naguas por cerca de la rodilla, porque los caminos eran charcos de barro, los sabaneros me tenían los dedos casi trozados, y el sol picaba como candela. Era pasado el medio día y no habíamos almorzado; yo estaba en ayunas, y no vagábamos de correr con las mulas por delante. Ya me moría de hambre, cuando me llamó el carguero Pablo; me convidó á comer unas cucharadas de ajíaco que le habían llevado de su casa; y á escondidas comimos él, yo y otra carguera mas chica que yo. Creo que me hubiera muerto si no me hubiera desayunado, porque los pobres somos mas delicados que los ricos para eso del hambre. Mi amo Lucinio tampoco se había desayunado ese día, y no se le echaba de ver como á mí. Le confieso la verdad á mi comadre: comencé á dejarme tratar con cariño del carguero Pablo.

Otro trabajo mas grande me sucedió ese día. Se me rodó la Perla por hacerla correr con la carga por una loma abajo, y quedé encajonada entre unos barrancos. Yo le dí mucho palo á ver si se levantaba, y Pablo que no me desamparaba, la hurgó con el filo de su caña con que arreaba su mula; pero todo era perdido, porque la Perla no se daba por entendida. Yo le avisé al mayordomo y él me dijo que no fuera á dejar resabiada la mula; y me mandó que llevara caldo hirviendo del que se cocinaba en los fondos y le echara por el anca. Como no se quiso parar la mula, me dijo que cogiera una brazada de hoja seca, se la pusiera debajo y le pegara candela. Este último remedio estuvo de patente, porque la mula salió corriendo con la carga y no paró hasta llegar al trapiche.

El jueves á la madrugada no me dilaté en encontrar á la Perla, que estaba echada, la puse el cabezal y creyendo que estaba dormida le di mucho palo para que se levantara. Yo no sé en qué consiste que en un trapiche todo el mundo se vuelve verdugo. Yo que había sido tan compasiva, en el trapiche veía las mataduras, las llagas y todas las miserias juntas sin que se me diera nada, y aprendí á dar palo á los animales, como los caporales y mayordomos. Le di muchos palos en el hocico para ver si se paraba ó se movía; pero ya la Perla era alma de la otra vida. Le avisé al amo Lucinio, que ya estaba levantado y me mandó coger el Diamante.

— Será algún diablo que no sirve, dije yo entre los dientes.

— Si fueras de buen genio lo pasarías mejor; pero así brusca y maldorada es imposible.

— Con que me dejen estar en mi rancho yo no necesito de mas.

— Sin embargo, una muchacha preciosa como tú, no ha nacido para los montes, sino para el trato con las gentes. Yo puedo concederte beneficios que te hagan dichosa, porque te quiero y te tengo lástima.

Ese día, por mas cierto, no me fué tan mal con el Diamante, aunque dos veces hizo la gracia de descaminar lo andado con el rabo vuelto para adelante. Pensé mucho en los cariños que me hizo mi amo Lucinio en la puerta del corral y en la oferta de hacerme dichosa, pero le hablo á Vd. la verdad, Pablo me estaba gustando.

Yo no sabia lo que era uno de estos trapiches de por

aquí; todo lo que veía era terrible. Les oía referir muchos casos que habían sucedido durante la esclavitud, de esclavas muertas por venganza de sus señoras; de cadenas arrastradas por los esclavos; de peones despedidos por los caballos de los mayordomos; de esclavitas perseguidas por sus amos; de grillos, rejas, palizas; y aunque á todas las historias les rebajaba yo alguna parte, pero si creía que algo habría de todo esto. Y de los últimos tiempos de ahora, contaban tiranías de algunos amos con sus arrendatarios, que no han sido creíbles en los tiempos de la libertad en que vivimos: por supuesto que yo no le daba crédito á todo.

La historia quedó truncada por un ruido que se oyó del lado del maizal. Salió Pia corriendo con una piedra en la mano, sin tener tiempo de comunicar sus planes á su comadre, la cual siguió cosiendo como antes, hasta que llegó aquella con las enaguas llenas de amor-seco, pega-pega y otras hojitas que se prenden en la ropa cuando se anda por las sementeras.

— ¿No ve, comadre? vino diciendo: los ponchos se llevaban ya las mazorecas, y no es tanto lo que valen, cuanto lo que me dice el abuelo; porque ese es otro tormento que yo tengo, el padrastrito soltero; un demonio de viejo mas tonto que una gallina. Pero eso sí, su pedrada le metí al mas pequeño y mañana les pongo la trampa de barbacoa, con la cebadera de un plátano maduro. ¡Qué vida esta, comadre de mi alma!

— Cierto comadre; pero no deje la historia.

— ¿En qué íbamos, comadre?

— Me parece que íbamos en los cariños del amo Lucilio en la puerta del corral.

— Sí, señora, cabal; y yo no le di campo para que me dijese nada ese día; pero el cariño de Pablo sí se iba aumentando. El jueves en la noche hubo juegos del toro y de la mariposa entre todos los peones, en los bagazales: Pablo y yo no nos apartábamos, asi como en la carguería estábamos siempre juntos.

El viernes no alcanzaban los platos para todos los peones, y yo, por darme prisa, consentí en que nos echaran á juntos en un mismo plato; ese día nos hicimos *tumbos*.

El sábado no tuve novedad ninguna, y á las horas de las guacamayas nos hicieron desenjalar para meter todas las mulas á la quebrada y lavarles las mataduras. Mi tumbo se hizo cargo de lavar el Diamante, porque esas costillas estaban de ahuyentar á los que todavía no estábamos enseñados á las miserias de los trapiches. Yo salí de la semana, hecha pedazos de camisa y enaguas; y con las mechas sueltas, y untada del mugre de las cañas desde los pies hasta la corona, y no era posible amañarme si mi tumbo no estaba junto.

El domingo nos pagaron á las nueve de la mañana. Yo no saqué sino cuatro reales, porque dos perdí de tabacos, desayuno y algo de aguardiente que me hicieron gastar los cargueros. Aparté un real para pasar el domingo, y amarré los tres en la punta del pañuelo para llevárselos á mi mama Melchora. El amo Lucilio que fué el que pagó ese día, me llamó la última de todos, y me entretuvo en su cuarto diciéndome que lo quisiera. Yo no le contestaba que sí ni que no, y sin atender todo lo que me decía me ocupé en aflojar los ladrillos del cuarto con la zurriagueta que mi *antojo* me había hecho para que le pegara al Diamante.

Después de los pagos, todos los peones cogieron camino para el gasto de la estancia de *nuá* Sinforiana. Yo me fui detrás de todos, y mi antojo me iba siguiendo. El gasto era comprar chicha y aguardiente los que perdían al juego del turmequé, para beber todos juntos, los que ganaban y los que perdían. Había juego de tango y de baraja en que se jugaban algunos medios; pero el asunto principal del gasto era beber chicha y aguardiente, tocar tiples, hablar insolencias y cantarles á las muchachas. En el gasto permanecieron varias mujeres viejas, madres de familia, sin tener mas diversion que beber y hablar insolencias para divertir á los hombres. Las peleas eran frecuentes; pero *ñor* Juan Acero quedaba vencedor, porque lo entendía para el manejo del garrote. Ese día fué cuando las hijas de mi padrino Elías llevaron por engaños al monte á la hermana de la niña Soledad, y la amarraron y la hirieron por unos celos sin fundamento. En un gasto no hay autoridad de jueces ni de dueños de tierras, y por eso es que suceden tantas diabluras; pero el resultado principal de estos gastos ó abundes, es que la gente no va á la parroquia.

Por la noche bailaban torbellino en la salita de la estancia, y en el mismo patio, y algunos jugaban primera. Era inaguantable el alboroto que sonaba en la estancia, y si le digo á Vd. que era como el de las guacamayas, tal vez no le miento. A mí no me gustaba bailar sino era con mi tumbo; pero algunos me sacaban y me hacían bailar por la fuerza, como *ñor* Juan Acero, que le dió un garrotazo á mi tumbo porque no me dejaba bailar con él. Esa noche hubo dos cabezas rotas y un brazo quebrado; pero estas heridas se hacen por lo regular al descuido, ó en gavilla de cuatro ó cinco contra uno solo; y de esto no se le da nada á ninguno, porque la gente de los trapiches aprende á ser inhumana matando mulas y viendo las miserias de los pobres.

A media noche no había ya quien estuviera en su juicio, y solo los que caían tendidos ya no hacían perjuicio ninguno. A Pablo y á mi nos daban aguardiente con portía; pero yo no sentía sino gusto y ganas de retozar, de bailar y de charlar, de manera que yo era la diversion de todo el mundo; y hasta me molesté con mi antojo porque me trataba de sujetar. Al fin, la casa me daba vueltas; no me pude tener en mis pies, y no

supe mas ni del gasto, ni de mi persona hasta el día siguiente, que me hallé botada en el corredor cuando me despertó el sol que me daba en la cara. Yo estaba de una traza, que si Vd. me hubiera visto le hubiera dado lástima: mal peinada, mal vestida y hecha un fregon de piés á cabeza. Mi sombrero amaneció lejos de mí, y los tres reales mucho mas lejos, porque me los quitaron esa noche. Veá Vd., pues, el resultado de una semana de trabajo en el trapiche. Yo me puse á llorar por unos momentos, sin que nadie me consolara. Pablo amaneció trastornado, y se despidió de mí para ir á coger trabajo.

Yo me vine á mi rancho, y cuando me aparecí delante de mi señora madre se admiró de verme flaca, descolorida y llena de mugre, y cuando supo que no llevaba la plata de la semana, se me enojó. A pesar de todo esto yo sentía no estar en el trapiche; la comida muy sabrosa con que me cuidaba mi mama no me parecía tan buena como el colí del trapiche cuando lo comía en un mismo plato con mi tumbo. Suspiraba por el trapiche, y solo me consolaba con sentarme en el cerrito desde donde se ve el Retiro, á ver salir el humo de las hornillas; y el día que me tocó volver, corría por el camino como si me fuera amenazando el capitán con la zurriaga. Ya no había mas gloria para mí que el trapiche.

Así se me pasaron cinco meses, sin sentir ni extrañar la mugre, la falta de la comida, ni la falta de cama, hasta que eché de ver mi desgracia. Me dió vergüenza volver al trapiche, y dije que estaba muy mala. Pablo me vino á ver en dos ocasiones, no volvió mas, y preguntando yo por él á la mujer del vecino Juan Solano, supe que se había largado para Ambalema con la Angarilla. No sé cómo le estoy contando el cuento á usted, porque caí de mis piés al saber semejante infamia. Me enfermé, lloré, grité, me volví loca, y no me la pasaba sino en la orilla de la quebradita, sin cuidado de de la casa ni de mi misma.

Mi mama, que veía todo, me llamó á solas un día, y me dijo estas palabras:

— Yo te hallo no sé cómo; ¿qué es lo que te ha sucedido?

— Mala, señora madre, porque me enfermé en el trapiche, le contesté con la cara cubierta con mi sombrero.

— Ya se me estaba poniendo; pero no hay que echarse á la muerte por eso, que las mujeres nacimos para pasar trabajos en esta vida, y no serás la primera que sales con esas. A mí tambien me pasó la misma, y peor, porque me tuvieron que llevar muy lejos para ocultarme. Ahora lo que importa es que esa criatura no vaya á padecer.

Salió del susto para con mi señora madre; pero ¿cómo me quedaria de sentimiento por la ingratitud de Pablo! Esta es mi historia, comadre, y ahora Vd. me dirá si ha sido por boba ó por mal inclinada que yo estoy pasando trabajos, sin poder ir á trabajar, y sujeta á cuidar una roza de maiz, porque es lo único que puedo hacer, y sin tener con qué ponerme una camisa, y gracias á los socorros que Vd. me ha dado desde que me sacó de pila á mi negrito, que así Dios se lo ha de pagar de gloria.

— Comadre, dijo Manuela, es muy difícil que se escape una muchacha de catorce años de las asechanzas de los amos, y de los peones, y de los mayordomos en un trapiche en donde no se tiene consideracion ninguna con la gente, al mismo tiempo que las crias de animales se cuidan para mejorarlas. ¡Pobres muchachas! Se las echan á la peonada sin miramiento de salud, de religion, de conveniencia de ninguna clase; ¡y todo por hacerse ricos los amos! ¡Ellos que tienen con que se corrompan sus arrendatarias, como la molienda les rinda una totuma mas de miel? ¡Pobres arrendatarias, que tienen que sufrir el peso de la esclavitud hasta en el honor de sus hijas! ¡Pobre de mi comadre, tan linda, tan vergonzosa, tan formal como era antes de ir al trapiche!

— ¡Dios les ayude á los ricos, comadre, que no reparan en adelantar sus pesetas aunque sea con la desdicha de nosotras las pobres! Yo me hubiera matado si no tuviera algunos temores por la otra vida, porque le aseguro que hay dias que no puedo aguantar.

— Y habria hecho mal mi comadre, porque Dios es el único que manda en nuestra vida. ¿No ha visto que un perrito recién nacido, si se bota á un pozo de agua, sale nadando hasta la orilla?

— Pero tambien he visto que un alacran se mata cuando lo rodean con candela.

— Pero es el único animal que se mata, y la alacrana es tan buena madre que se deja comer de sus hijos. Nada, comadre, dice el dicho: viva la gallina y viva con su pepita. Tengamos paciencia y valor, que puede ser que la desgracia se canse de perseguirnos, y si no, allá en la otra vida tendremos descanso.

Eran mas de las cuatro, y los animales comenzaban á arrimar á la roza, por lo cual se subió Pia á la garita bien provista de piedras, y la comadre subió detrás. Pronto ocurrieron las catarnicas, que son las que primero revolotean; en seguida llegaron los pericos y las guacamayas; pero la invicta Pia repartía sus gritos y sus pedradas con el celo de un general inteligente que sostiene una ciudad asaltada por infinitos agresores. Cerca de anochecer se bajaron las dos defensoras, y Pia convidó á su comadre á visitar unas jaulas á media cuadra de distancia de la roza.

El sitio estaba limpio por debajo y por encima cubierto enteramente con las anchas ramazones de los nogales y botundos mas estupendos, cuyos troncos cen-



tenarios median por el pié seis varas de circunferencia, por lo menos. La vista del recinto era pavorosa en aquellas horas del crepúsculo, por la oscuridad natural del bosque, y Manuela se quedó recostada contra un nogal, oprimida de pena. Cualquiera pagano la hubiera tenido por la diosa de la montaña, y ella no habría variado de situación por muchos instantes, si no hubiera sido sorprendida por los aleteos de un paujil que Pia sacaba de una de las trampas de jaula, y por los gritos de alegría de la astuta cazadora. Manuela se retiró con suma dificultad de aquellos lugares que estaban en armonía con el estado de su alma.

Al pasar por la garita le dió Pia el paujil, para llevar ella su hijito, que se había quedado dormido entre la cuna. Al volver á la choza se quedó muy admirada Manuela de no encontrar ninguna noticia de la parroquia.

## XVII.

## CAMBIO DE MINISTERIO.

Segun lo pactado en el congreso de los magnates, hizo venir don Eloy á su arrendatario José Cifuentes, y le dijo:

— Te mandé llamar con el objeto de que me digas qué motivo has tenido para encausar á don Blas, un hombre tan bueno con sus arrendatarios y tan caballero por todos estilos.

— Yo ninguno, mi amo.

— ¿Y la causa que le seguiste, probando con siete testigos que ha robado, que ha maltratado á la familia de Pedro Pablo y que ha cometido otros crímenes espantosos?

— Yo no, mi amo.

— ¿No? pues si no me dices todo lo que ha habido te echo de la estancia.

— ¿Y mis maticas?

— Te las llevas, porque esas son tuyas; yo lo que exigiré será la tierra, que es mía.

— ¡Pero, mi amo!...

— No hay pero que valga, tú entraste á la estancia sin condiciones y sales sin condiciones, y ha de ser dentro de tres días.

— Pues le diré todo lo que hay para que su mercé no tenga *irroña* conmigo. Su mercé sabe que á mí me hicieron juez de primera vara contra todo mi gusto, y que no me han admitido mi renuncia, aunque mas he bregado. Su mercé sabe que *ñor* don Tadeo es el que dirige todas esas cosas, y él ha sido el que me ha metido en esos enredos, y todo se ha hecho á escondidas y engañando á los testigos. Pero no me echa su mercé de la estancia, ¿no es así, mi amo?

— Si haces lo que yo te mande.

— Yo soy la carne y su mercé el cuchillo, y su mercé puede cortar como mejor le parezca.

— Mira, ¿no te ha vuelto á doler la pierna?

— Muchísimo, mi amo, y cuando cojo el hacha ó el azadon es peor.

— Pues vas y te enfermas por el espacio de dos meses, en términos que no puedas ir á la parroquia.

— Sí, mi amo.

— Pero antes de eso, vas al juzgado y me traes la causa de Manuela y la de don Blas, que las necesito con urgencia, y á mi vista las echas á la hornilla envueltas en bagazo; con mucho sigilo, que nadie te vea, porque te pueden echar al presidio.

— Sí, mi amo.

— Y en lo sucesivo, cuenta con los tratos y contratos con don Tadeo.

— Sí, mi amo; por lo que es eso, no tenga su mercé novedad ninguna.

En virtud de este tratado secreto, ratificado en la hacienda del Purgatorio, se apareció en el despacho de los jueces el señor juez 4º suplente, Alejo Sáiz, el cual nombró por su director á don Demóstenes.

En el acto introdujo don Alejo una acusacion contra don Tadeo por delitos de estafa y hurto de un caballo.

El señor juez 2º procedió á tomar las declaraciones, y habiendo resultado contestes los testigos que probaban los hechos, decretó la prision y pidió auxilio al alcalde principal, que lo era el señor Gregorio Aiguacil, para aprehender al acusado; pero este tuvo la astucia de eludir y evitar la órden, hasta que el juez hubo de nombrar tres individuos, los cuales, aunque eran manuelistas, se excusaron porque nadie queria ponerse en pugna con don Tadeo: tal era el terror que habia logrado inspirar en los espíritus de los ciudadanos. Visto esto, resolvieron don Lucinio y don Demóstenes, ir ellos mismos, auxiliados por Fitatá, á aprehender al acusado.

Este habia salido con una escopeta al hombro y habia tomado el camino de la montaña en calidad de cazador, seguido de Papel y Tintero. Sabiéndolo los comisionados, se fueron en pos de él y lo alcanzaron á media milla, y conociendo él que lo seguian, se dejó deslizar en una pendiente, por entre un matorral; pero sus aprehensores se metieron tan inmediatamente despues de él, que don Lucinio vino á quedar materialmente encima, y por pronta maniobra le echó mano al cuchillo que llevaba en la cintura, y á la escopeta. Iba á escapar don Tadeo, cuando cayó rodando José y lo á cogió de los brazos; así lo mantenía á pesar de un mordisco que le dió Tintero; en seguida llegó don Demóstenes, y aunque se resistia con vigor el prisionero, fué atado de los lagartos con un rejo de enlazar, y conducido por el camino público.

Siempre es triste la vista de un preso, aun cuando sea el mayor delincuente, y cuando se ve con grillos ó ligaduras al que acaba de mandar un pueblo, ó la republica entera, es menester tener entrañas de tigre para no condolerse. Iba por el camino el esposo de una de las Paeces, y al ver á don Tadeo sin sombrero y sin una alpargata, desgarrada toda la ropa, y atadas las manos con un rejo, se llenó de pena y espanto, á pesar de haber sido víctima de sus persecuciones, lo mismo que su mujer, la cual pasó agachada por un lado del camino, sin pronunciar ni una sola palabra. No obstante el odio que habia infundido el supremo gamonal con sus persecuciones, no faltaron rasgos de humanidad y moderacion en el partido manuelista. Los manuelistas simpatizaban con los hacendados que eran de ideas caballerosas y nobles, con don Demóstenes, que era humanitario por indole y por escuela, y con el cura, que no les predicaba otras máximas que las del Evangelio. Era muy desigual, sin embargo, la partida, porque imbuidos los tadeistas en las opiniones de su partido, de odio á los de botas, esto es, á los mas ilustrados; de un menosprecio profundo por el señor cura y sus máximas, y dispuestos á adoptar cualesquiera medios para sus fines, eran mucho mas violentos y mucho mas vengativos con sus enemigos. Así es que para la Vibora y Juan Acero no habia parejas en todo el partido manuelista, y para don Cosme y don Blas no habia iguales en humanidad y civilizacion. De manera que los manuelistas con su moderacion siempre tenian encima á los tadeistas. Doña Patrocinio se escondió y cerró su puerta luego que en la parroquia se supo que traian preso á don Tadeo.

La señora Sinforiana estaba en la puerta de su casa, y cuando venia el prisionero á unos treinta pasos de distancia, fué tanto lo que se penetró de rabia por aquel espectáculo, que no pudo contener su genio, naturalmente audaz y dominante.

— ¡Qué hazaña, exclamó á grito entero, traer entre sayones á un hombre solo y amarrado como un cordero! ¡Cobardes, tiranos, infames; dejarían de ser enemigos de la libertad, si tal cosa no hicieran! ¡Y mire quién! Don Demóstenes, que no habla mas que de la libertad, y de la igualdad y de la humanidad. ¡Bónita libertad, llevar á ese pobre amarrado como un cordero! ¡Y todo por defender á la presumida de Manuela! ¡Y ese bausan de don Lucinio, que le parecerá que don Tadeo es arrendatario del Retiro! ¡Será porque no les dice mis amos y sus mercedes á los señores de botas! Pero no le hace, que no dilata una revolucion en que todos los ricos y los beatos vengan á quedar por debajo. Que aprieten, que si la tortilla se vuelve, no les ha de quedar ni una mula, ni una paila en los trapiches. ¡Pobre de don Tadeo, que por amigo de defender los derechos del pueblo es que le aborrecen los conservadores; pero no saben ellos lo que les viene encima! ¡Pícaros! lo llevan como á un salteador, porque le hace algun contrapeso para que no chupen la sangre á los pobres. ¡Y miren quién es el acusador! Ese camandulero mojigato de don Alejo; pero yo le preguntaré un dia cuando caiga por debajo con todas sus reliquias y todos sus santos, que con una cadena al pescuezo lo he de ver. Luego, ¿qué piensan los monopolistas que toda la vida han de ser dueños de las tierras, y que toda la vida han de ser ricos, y que toda la vida les han de servir de esclavos los arrendatarios? ¡Un cuerno, que pasen unos dias y veremos si la riqueza no se les vuelve jabon en las manos! Bueno, que persigan á los hombres de bien, á los defensores del pueblo, que el mundo da muchas vueltas. ¡Pícaros, desalmados, infames, tiranos!

El preso habia llegado al cabildo, y la madre de Cecilia no cesaba de declamar contra los perseguidores de don Tadeo. Lo pusieron en la cárcel, echaron el cerrojo á la puerta y procedieron á aprehender á Juan Acero, que estaba metido en una cocina y fué sorprendido, de modo que no pudo hacer uso de su terrible garrote de guayacan. Juan Acero habia sido acusado cien ocasiones de crímenes horrendos durante la direccion de don Tadeo, pero él, lo mismo que don Matías, se escapaba con la proteccion de don Pascual y de don Tadeo y de los jueces superiores. Era tan visible la proteccion dispensada á los criminales en aquella época, que don Blas y los otros hacendados de la parroquia se hallaban temerosos de un cataclismo social, y no sabian á qué poder atribuir el sistema de impunidad que veian plantearse á paciencia de los altos magistrados.

Se recomendó de la custodia de la cárcel á un comisionado, con diez y seis hombres que mandaron los hacendados, y se tomaron las providencias para remitir al reo á la cabecera del canton.

Don Demóstenes se retiró de la barahunda de los negocios públicos á su hamaca, y meciéndose meditaba en la política de la parroquia, y en la esencia de los procedimientos civiles. Estaba triste á pesar de su triunfo. La voz y la presencia de Manuela hacian una notable falta en toda la casa. A don Demóstenes no le gustaba la comida ni el servicio de la mesa cuando Ascension ó Pachita manejaban los asuntos de la casa. Y por otra parte, le hacian falta las chanzas de su casera, los debates con ella, y hasta las derrotas que le solia dar con la dulzura mas encantadora en todas sus palabras, en sus chanzas y sus argumentos. Sin Manuela la casa era una penitenciaría para el bogotano, porque estaba enseñado á su bello trato, y desde que se ausentó, las gallinas, las cabras y los marranos le parecian mas hostiles, y la marrana grande á pesar de estar sujeta á la horqueta de la ley, ahora se tomaba mas libertades abreviando su camino por la mitad de la sala,

sin atender á los daños que causaba con los palos y las pezuñas; y esto lo atribuia don Demóstenes á la falta de los cuidados de Manuela que, efectivamente, tenia grandes consideraciones por su huésped. Lo que á este lo tenia mas triste, era el considerar el extremo á que habia llegado por su participacion en los asuntos de la parroquia, y la revolucion completa de sus ideas. Ya se habia exhibido conduciendo á un hombre amarrado, habia dado providencias para asegurar sus prisiones y se hallaba en absoluta contradiccion con sus principios radicales.

¿Pero qué iba á hacer don Demóstenes? Los tigres no se amansan con grano como las palomas. Para establecer el imperio de la moral, de la ley y de la constitucion, era menester usar de las medidas fuertes y hasta de la astucia. La dominacion de don Tadeo estaba como infiltrada en todas las clases, todas las personas y todos los intereses. La sancion moral era lo que se llama pañitos calientes para la enfermedad social de que adolecia la parroquia. La autoridad, y la autoridad fuerte, era el remedio. Un corazon magnánimo es compasivo aun con las personas que le hacen mal, y no quisiera ver afligido ni aun al enemigo de su bienestar. Ya eran admisibles para don Demóstenes las leyes fuertes contra los hombres como don Tadeo.

El cura llegó á visitar á su amigo, lo halló con la cara cubierta entre la hamaca, y lo llamó.

— Señor don Demóstenes, ¿duerme usted?

— No, señor cura. Siéntese Vd. Me alegro de que usted haya venido; porque estoy acongojado, y la conversacion de Vd. me distrae. ¿No ve Vd. qué cosas? ¡Yo prendiendo criminales y siguiendo causas!

— ¿Y qué remedio? Las leyes deben prevenir los delitos, la sociedad debe educar, debe moralizar; pero cuando no lo ha hecho, y cuando los malvados amenazan la propiedad, la vida, la quietud de la gente pacífica, no queda otro recurso. O hay que favorecer á los perversos con la indiferencia, ó hay que favorecer á los inocentes con los auxilios de la fuerza pública.

— ¡Pero la fuerza, señor cura!

— Sí, señor, cuando ya no queda otro arbitrio. El corazon del hombre no es inclinado siempre al bien. Desde Cain y Abel hasta nuestros tiempos, el crimen y la indolencia han imperado sobre nuestra raza, y yo no creo que el descubrimiento del socialismo sea capaz de morigerar ó de cambiar la naturaleza del corazon humano, mas bien que las doctrinas del Evangelio. Al hombre lo debe considerar la ley tal como es, y no como debiera ser. La represion de los malos es la única garantía que tienen los hombres débiles, modestos y virtuosos; de manera que las trabas que la autoridad les imponga á los perversos, no serán otra cosa que la libertad para los buenos. Al cooperar á la prision de don Tadeo no ha hecho Vd. otra cosa que trabajar por la libertad de Manuela, de don Blas, de Dámaso y de una multitud de ciudadanos pacíficos, que merecen existir con seguridad; y no le pesen á Vd. los pasos que está dando en apoyo de las autoridades, porque esta es la misma obra de la libertad genuina que Vd. adora de corazon.

— Yo creia cándidamente que todas esas leyes que se dan en el Congreso y todos esos bellísimos artículos de la Constitucion eran la norma de las parroquias, y que los cabildos eran los guardianes de las instituciones; pero estoy viendo que suceden cosas muy diversas de lo que se han propuesto los legisladores; por lo menos, en donde haya un don Tadeo.

— Es triste, señor, la suerte de esta pobre parroquia; pero yo tengo esperanzas de que se mejore.

— ¿Y con Vd. no han tocado estas calamidades?

— No, señor, afortunadamente.

— Al buen comportamiento de Vd. se debe. Pero todo esto va á terminar. La sumaria de Tadeo está muy bien seguida, y el crimen perfectamente demostrado. Tadeo irá por ocho años al presidio, y mientras tanto la parroquia gozará de libertad.

— Dios lo quiera, don Demóstenes, y Vd. será nuestro libertador.

Dicho esto se despidió el cura y se volvió á su casa.

Estaba sepultada la parroquia en el mas profundo silencio. Don Francisco Novoa dormia con el sueño del artesano que ha trabajado todo el dia. Un golpe á la puerta lo vino á despertar, y levantándose con prontitud salió á informarse de la causa. Era don Matías Urquijo el que habia tocado, y despues que ambos se saludaron, este le dijo al señor Novoa:

— Yo sé muy bien que Vd. ha tomado el fusil para defender los derechos del pueblo y las ideas de progreso, y que es un patriota muy valiente y muy decidido.

— ¡Mil gracias! dijo don Francisco, con una vènia expresiva.

— Sé que Vd. reconoce en don Tadeo al defensor mas acérrimo de los derechos del pueblo.

— Así es, contestó don Francisco.

— ¡Pues bien! Sabrá Vd. que mañana se lo llevan á la cárcel de la cabecera del canton, bien amarrado, por la acusacion que le ha hecho don Demóstenes.

— Eso dicen.

— Hemos pensado unos cuantos en hacer una revolucion.

— ¿Revolucion?

— O asonada, ó motin, ó lo que Vd. quiera, para sacar de la cárcel y restablecerlo en su destino de director de los jueces.

— ¿Y lo han pensado bien?

— Sí, señor; y queremos que Vd. saque su puñal y su carabina, porque Vd. es sostenido y valiente, y que nos acompañe en la jornada.





Estatua del Moisés de Miguel Angel.

— Mil gracias por el favor que Vd. me hace.  
 — Y vámonos pronto, porque hay que tomar varias medidas.  
 — Pues yo le agradezco á Vd. el convite, dijo el ciudadano Francisco; pero le hablo á Vd. con toda franqueza, yo no entro en revoluciones de ninguna clase.  
 — ¿Ni aun para salvar al defensor de los derechos del pueblo? ¿Al virtuoso don Tadeo?  
 — Ni aun para eso; le hablo á Vd. con toda verdad.  
 — ¿No entró Vd. en la revolucion de Melo por librar al ejército y al general Obando de la tiranía de los gólgotas?  
 — Es verdad.  
 — ¿Y por qué no entra Vd. en esta de ahora?

— Porque no tengo disposicion ni estoy convencido de su justicia.  
 — ¿Mas? ¿Echar abajo la tiranía de las botas, la tiranía de los hacendados que oprimen al pueblo con su influjo y con su plata, no es la cosa mas justa? ¿Y no es justo librar á don Tadeo de la prision? ¿A ese hombre tan decidido por los buenos principios?  
 — ¿Y por qué no han de desempeñar los hacendados los destinos públicos? ¿No son mas aparentes que los pobres arrendatarios? ¿Y por qué se ha de arrancar por la fuerza á don Tadeo del poder de la autoridad? Defendámoslo por los trámites legales, auxiliémoslo con lo que podamos en su prision, y no vamos á cometer una calaverada que nos puede costar muy caro. ¿Qué será de la administracion de justicia si para cada preso

ha de haber una asonada?  
 — ¿Lo mismo decia Vd. de la revolucion del año de 54?  
 — Eso era muy diferente. Era para echar abajo un gobierno entero, que dimanaba de dos partidos opuestos, los conservadores aferrados á las ideas coloniales y los gólgotas luchando por establecer las teorías mas impracticables, y reemplazarlo con un gobierno que observase el justo medio. Yo no me avergüenzo de haber sido melista. El asesinato y el destierro no se conocieron durante nuestra revolucion, y si llegamos á expropiar, fué lo necesario para sostener el ejército. La revolucion de abril estaba apoyada por el ejército y por los liberales de Cartagena, Cundinamarca y el Cauca, y si la tercera parte de los liberales no se hubieran agregado á los conservadores, nosotros hubiéramos triunfado. ¿Pero qué quiere usted? los mismos que nos enseñaban en la sociedad democrática que ni la propiedad ni la autoridad deben ser respetadas, fueron los primeros que se armaron para tomarnos cuenta de la sublevacion contra el gobierno y de la expropiacion, exagerando los hechos. Yo fui conducido al presidio de Panamá, y no sentia á cada barrazo que daba, sino la parte que los mismos tribunales de las democráticas tuvieron en mi condenacion. Hoy estoy resuelto á no entrar en revolucion ninguna. No quiero servir de escalera.

— ¿No sabe Vd. que en Bogotá está al estallar la misma revolucion del 17 de abril?

— Lo sé muy bien, y lo sabe todo el mundo; pero yo no ayudaré en esta ocasion, esté usted seguro.

(Se continuará.)

### Estatua del Moisés

DE MIGUEL ANGEL.

Eudisia, mujer de Valentiniano III, fundó en Roma la iglesia de *San Pietro in Vincoli*, para conservar en ella las cadenas con las cuales fué atado San Pedro en su cárcel de Jerusalem.

Julio II la hizo reconstruir por Baccio Pintelli, elevando el pórtico exterior de la fachada; y el padre Fontana la terminó en 1705.

Esta iglesia, que consta de tres naves divididas por veinte columnas antiguas, de mármol griego, es hoy un sitio de peregrinacion para ver la estatua del Moisés de Miguel Angel.

Dicha estatua, tan grandiosa como original, debió ser colocada sobre el mausoleo del papa Julio II, que no se concluyó, como tampoco las treinta esculturas que Miguel Angel debia hacer para él, y si solo, una de las cuatro caras del monumento, el Moisés, y un esclavo que hoy se conserva en el museo del Louvre, formando uno de sus mas bellos adornos.

No colocada la estatua de Moisés en el lugar para que se hizo, se la metió en un nicho de la fachada terminada del mausoleo y fué mirada con desprecio, llamándole: la cara de macho cabrío, hasta que, segun Beyle, el príncipe regente de Inglaterra, á fines del año 1816, pidió sacar una copia de ella. Para tal objeto, la tuvieron que trasladar del lugar que ocupaba, y entonces conocieron los artistas su gran mérito y la dejaron en el sitio donde se vació en yeso, junto á la misma iglesia. X.